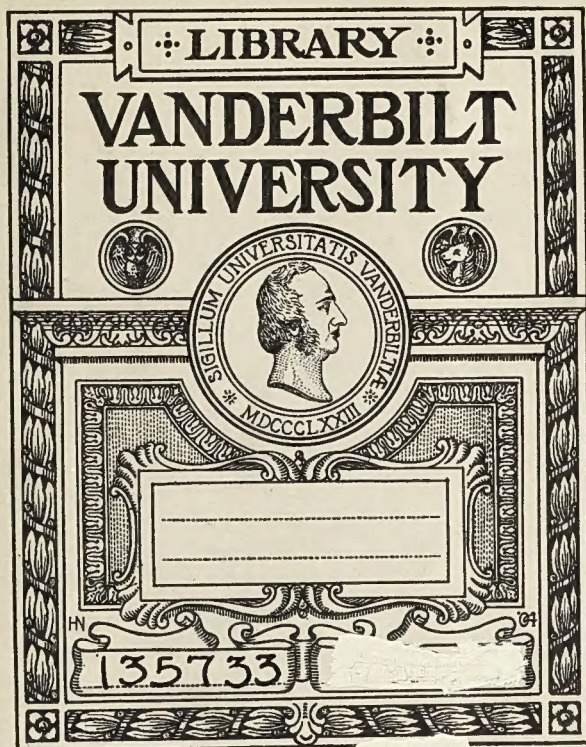
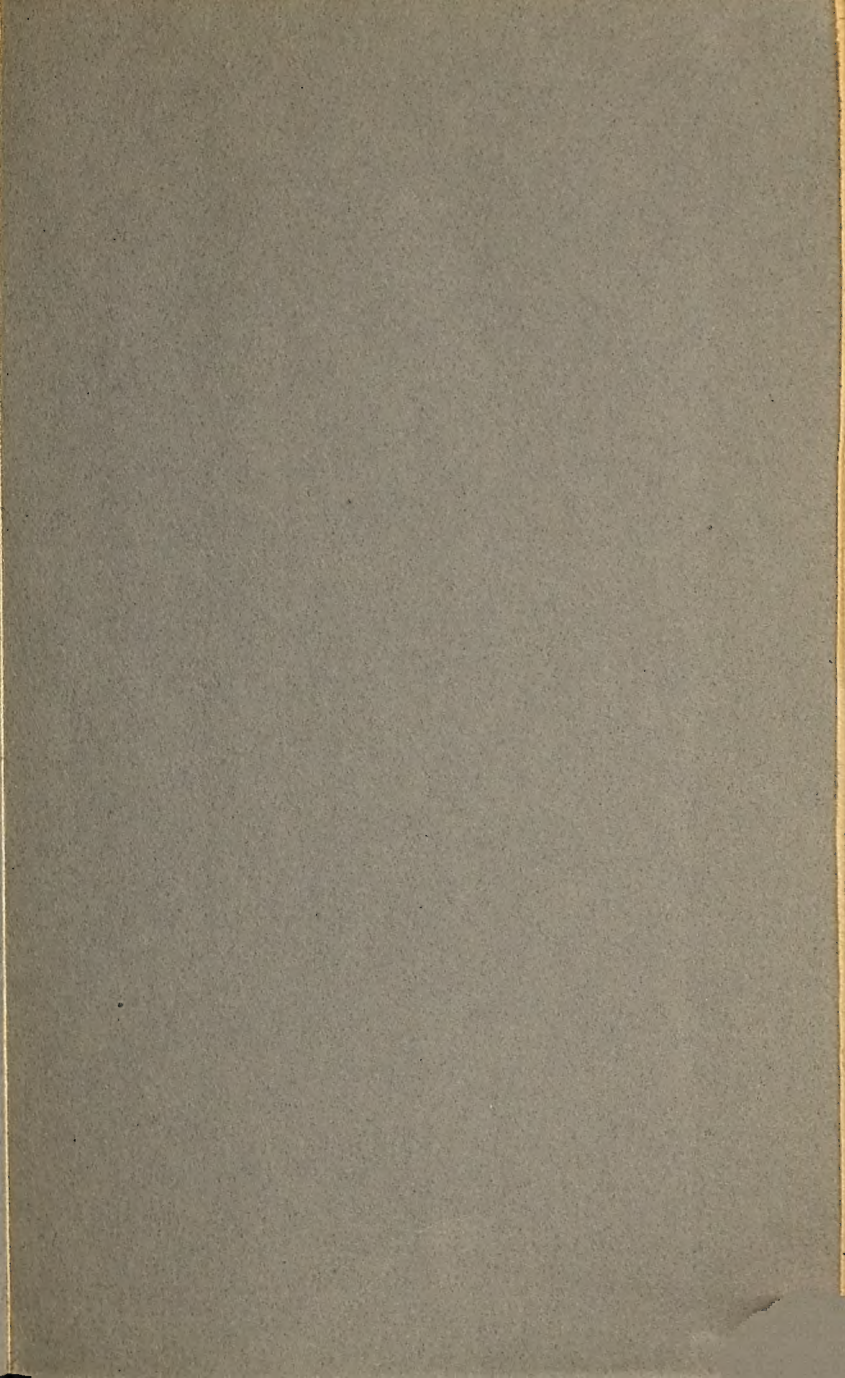


3 0081 007 948 718

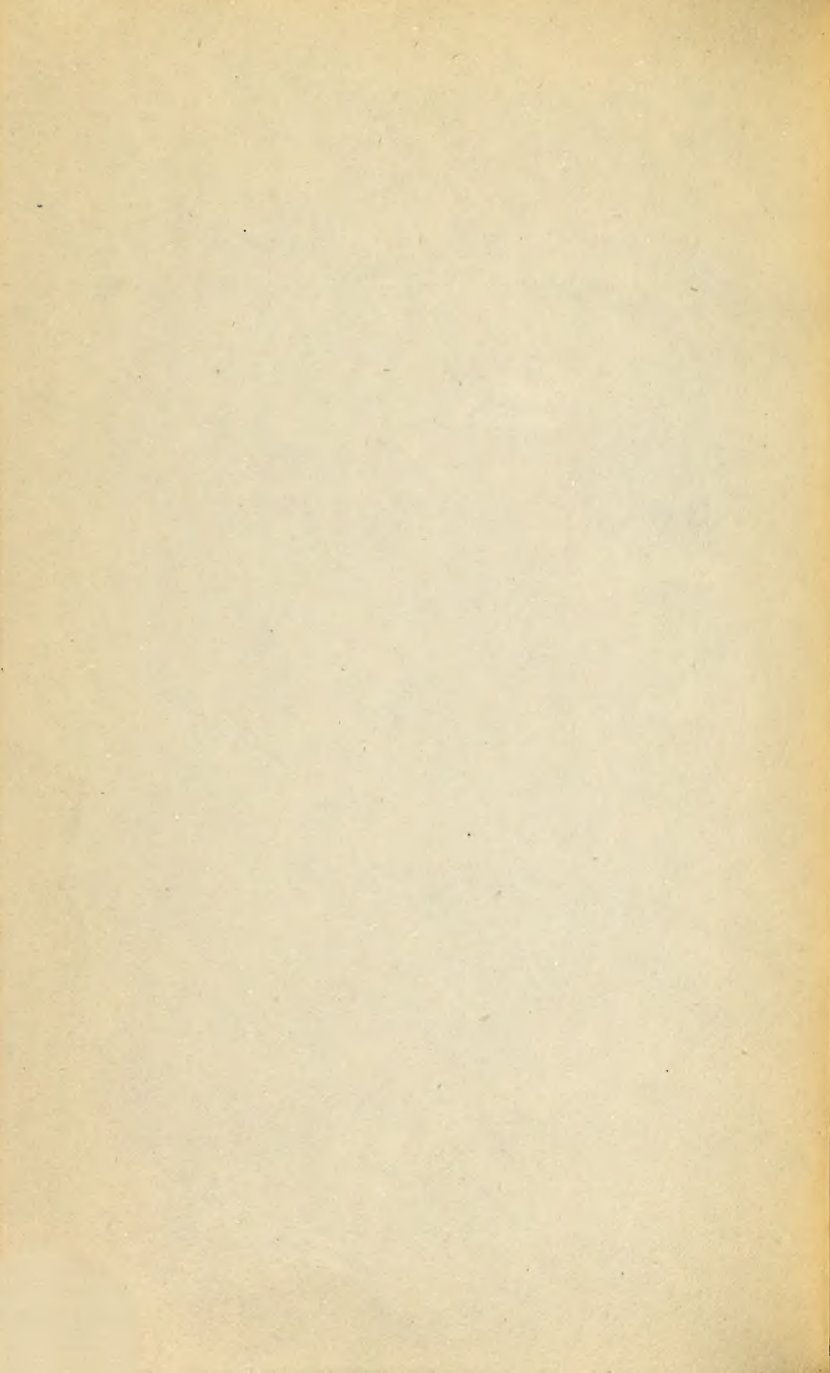


V.6
cop. 2



TEATRO COMPLETO

TOMO VI



SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO VI

COMEDIAS Y DRAMAS

LA ZAGALA. - AMOR A OSCURAS. - LA CASA
DE GARCÍA. - A LA LUZ DE LA LUNA



MADRID

1923

ES PROPIEDAD
DE LOS AUTORES



MADRID.-IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

Don. Lang.

135733

L A Z A G A L A

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 17 de enero de 1904



*Al insigne autor de DULCE Y SABROSA,
DON FACINTO OCTAVIO PICÓN,
sus fervientes admiradores y devotísimos
amigos,*

SERAFIN Y JOAQUÍN

R E P A R T O

PERSONAJES

ACTORES

ENCARNA	MARÍA GUERRERO.
ROMANA.....	MARÍA CANCIO.
CARMITA.....	JOSEFINA BLANCO.
AMPARO.....	MARGARITA COLORADO.
PEPA RUIZ.....	CONCEPCIÓN ARANAZ.
LEONOR.....	AMALIA SÁNCHEZ.
DOÑA JUSTA.....	MATILDE BUENO.
DOÑA RUFINA.....	ENCARNACIÓN BOFILL.
CURRITA	AMPARO ÁLVAREZ.
DON BALTASAR DE QUIÑONES.....	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.
POLANCO.....	FRANCISCO PALANCA.
VENTURA.....	MANUEL DÍAZ.
ANDRESILLO.....	MARIANO DÍAZ DE MENDOZA.
EL PADRE MIGUELITO..	FELIPE CARSI.
RAFAEL.....	FELIPE AGUDÍN.
DON JULIO.....	MANUEL SORIANO.

Todos, a excepción de Carmita, Don Baltasar, Polanco y Rafael, hablan con acento andaluz.

L A Z A G A L A

ACTO PRIMERO

Sala baja, rectangular, en casa de don Baltasar de Quiñones, rico propietario de Olivares del Llano, ciudad andaluza. Muros muy gruesos; paredes blancas. Estera de junco. Una gran puerta a la derecha del actor, que conduce al patio. Una de cristales al foro, que da al jardín, con sendas ventanas a los lados. Pocos muebles, pero añejos y ricos. Algún cuadro al óleo, de asunto religioso. Es de noche y en el mes de mayo. La sala está en una media luz agradable. Por la puerta del patio penetra claridad más viva. Un trozo del jardín lo alumbra la luna.

Don Baltasar viene del jardín. Este don Baltasar es un caballero de empaque altivo y ceremonioso, mitad natural, mitad debido a una idea de superior cultura. Espiritu sencillo y blando, con visos de carácter de acero. Compone madrigales y se perece por la poesía bucólica. Habla con natural afectación, exagerando y recortando un poco la dicción castellana. Su frente es noble; su cabello gris, peinado con raya y abundante; el bigote, muy largo y fino; las cejas, negras y pobladas.

Usa traje de lanilla amplio y rico, camisa floja y chalina al aire.

DON BALTASAR. *Asomándose a la puerta del patio. ¡Qué charlal! ¡Qué bullicio!... Déjase caer con cierto abatimiento en una butaca y suelta un suspiro profundo. ¡Ayl...*

Sale Pepa Ruiz por la puerta del patio. Es una señorita bien acomodada, llena de salud y exuberante de colores, que se defiende de los cuarenta con heroísmo. Andaluza redicha y neta, ni por equivocación deja de rematar perfectamente los finales en ado y en ido, y sus análogos.

PEPA RUIZ. ¡Jesús, que demonio de muchachas! No me dejan un momento, don Bartasá.

DON BALTASAR. ¿Ellas a usted o usted a ellas?

PEPA RUIZ. De todo hay. Ya sabe usté mi genio, vesino.

DON BALTASAR. Y ¿qué se hace ahora?

PEPA RUIZ. Sentensiando prendas estamos. Me ha tocado «tres veces sí y tres veces no».

DON BALTASAR. Decir tres veces que sí debe de ser muy agradable.

PEPA RUIZ. ¡Ya lo creo!

DON BALTASAR. Pero usted preferiría decirlo una sola.

PEPA RUIZ. Fuera der juego, sí, señó. *Suspirando. ¡Ayl...*

DON BALTASAR. ¿Adónde va ése, Pepa?

CURRITA. *Dentro, en voz alta. ¿Sí o no?*

PEPA RUIZ. Cáyese usted ahora. *Alto también.*
¡Sí!

Risas dentro, un poco lejos, que se repiten con escándalo a cada contestación de Pepa.

CURRITA. ¿Sí o no?

PEPA RUIZ. ¡No!

CURRITA. ¿Sí o no?

PEPA RUIZ. ¡Ay! ¿qué habrán preguntado? *Mirando a don Baltasar y envolviendo la respuesta en un suspiro.* ¡Sí! ¡Cómo se ríen las pícaras!

CURRITA. ¿Sí o no?

PEPA RUIZ. *Repitiendo la mirada.* ¡Que sí! ¡que sí!

CURRITA. ¿Sí o no? ¡Ya no tienes más remedio que desir que no!

PEPA RUIZ. Eso es ponerle a una la soga ar cueyo. *Con cierta resistencia.* ¡No!

CURRITA. ¿Sí o no?

PEPA RUIZ. ¡No! ¡Qué tormento! ¡Sabe Dios a lo que habré yo dicho que no! Porque ésas son atroses.

Don Baltasar se rie, haciendo coro a los del patio.

Por la puerta de éste llega Polanco, y se encara con Pepa Ruiz.

POLANCO. Que si le gustan a usted los militares, que sí; que si le gustan a usted los abogados, que sí; que si le gustan a usted los toreros, que sí; que si le gustan a usted los curas, que sí; que si le gustan a usted los monaguillos...

PEPA RUIZ. ¡Ande usté y que lo prendan! ¡Jesús, qué hombre más chocante! *Vase de estampia.*

Don Baltasar y Polanco sueltan la risa.

Polanco es un amigote reciente de don Baltasar, con ínfulas de camarada de la niñez. Es de los que toman a pechos el papel de amigo. Viste con desaliño y va de zapatillas y gorra a todas partes, con temible familiaridad. No usa corbata y lo acompaña un perro casi siempre. Es montañés, fabricante de harinas y un poco aficionado a las buenas letras. Poco.

DON BALTASAR. ¿Sabes, Perico, que te encuentro en vena esta noche?

POLANCO. Y ¿cómo no, con las mujeres que hay en el patio y las miradas amorosas que veo por todas partes? Esa endiablada Pepa Ruiz es de las que tuestan castañas con los ojos.

DON BALTASAR. *Riendose sin querer.* ¡Ja, ja, ja! ¡Peregrina hipérbole!

POLANCO. Te aseguro que si como tiene blasones y talegas, y se baña a diario y se perfuma y se emperejila, fuese una fregoncilla de poco fuste, a estas horas estaba ya apuntada en mi libro verde.

DON BALTASAR. Pero ¡qué bellaco y harto de ajos eres en tus gustos! Ni sé siquiera cómo somos amigos.

POLANCO. Pues es bien claro, Baltasar: porque allá en lo hondo, en lo hondo, somos completamente iguales.

DON BALTASAR. Muy en lo hondo tiene que ser, Perico.

POLANCO. ¿Cómo es eso? ¿Es que por ventura te ofende parecerte a mí?

DON BALTASAR. Ni con cien leguas, hombre.

POLANCO. Eres un ingrato conmigo. Te obstinas en negarme delicadeza de sentimientos...

DON BALTASAR. ¿Quieres callar?

POLANCO. Porque he venido de la tierruca montañesa a tu suelo andaluz por la carretera adelante, con el hatillo al hombro, y soy un poco adán, y fabrico harinas... y me agradan las cocineras.

DON BALTASAR. Te suplico que no desbarres. Considera que mi situación esta noche no es la más propia para discusiones pueriles.

POLANCO. Hombre, cualquiera que te oiga... ¡Tu situación! ¡Casar a una hija, y casarla a gusto, no ha sido jamás una desgracia! ¿Qué te duele? ¿Que el chico es de Madrid y se la lleva de tu lado? ¡Pues mejor para ella, que no te aguantará más chifladuras! Déjate de gemir y vente al patio.

DON BALTASAR. Ahora voy.

POLANCO. Mira que se te echa de menos; que acaso caes en falta... *Al ir hacia la puerta, deteniéndose.* ¿Ves? Ya tienes aquí a dos señoras, seguramente a despedirse.

DON BALTASAR. ¿Sí? ¿Quiénes son ellas? *Vien-dolas.* ¡Ah, vamos!

Vase al patio Polanco, dejando pasar antes a doña Justa y doña Rufina, que llegan con Amparo.

Doña Justa y doña Rufina son dos viejecitas que chochean. Por su traza y pelaje se adivina que hace años acabaron de enterrar a su generación. Amparo es una mujercita agraciada y gentil, resuelta y viva, en la que se advierte esa entereza de carácter propia de toda persona acostumbrada a mandar y a hacer sus gustos.

AMPARO. Papá, que se marchan estas señoras.

DON BALTASAR. ¡Ah! Doña Justa... Doña Rufina... Ustedes perdonen que las haya desatendido... Me dolía tanto la cabeza...

DOÑA JUSTA. Pero, simple, ¿qué nos vas a decir a nosotras?

DOÑA RUFINA. Los cumplidos guárdalos para las de Márquez, que se sienten de todo.

DOÑA JUSTA. ¿Conque te abandona esta pícara?

AMPARO. *Acariciando a don Baltasar.* Es que no tengo más remedio que irme. Me trataba tan mal, tan mal, que si sigo a su lado me mata.

DOÑA RUFINA. ¿Te parece la tunantona? Córtales la lengua.

DON BALTASAR. No puedo: se me cae la baba de oírlo.

DOÑA JUSTA. Siempre has sido un padrazo.

Llega Rafael de repente, del patio también.

RAFAEL. Pero, hombre, ¿y mi novia?

AMPARO. Aquí estoy: no chilles.

RAFAEL. ¡Mujer, es que no nos dejan hablar dos palabras seguidas!

DOÑA RUFINA. Haberse quitado de en medio de cuando en cuando. Su palique robadillo... y al patio otra vez.

DON BALTASAR. Esta noche no puede ser eso... Es la última... Se debe a sus amigas: que aguarde el amor.

DOÑA JUSTA. Y que es una noche inolvidable: ya lo verás, Amparo, ya lo verás... ¡Ah! ¡la víspera de la boda!... Se ve amanecer; bien me acuerdo.

DON BALTASAR. Usted puede decirlo, doña Justa. *A Rafael.* Esta señora se ha casado tres veces.

RAFAEL. ¿Según eso, ha pasado usted por tres vísperas?

DOÑA JUSTA. Sí; pero la que no se olvida es esta de hoy.

RAFAEL. Celebro hallarme en la mejor.

DOÑA JUSTA. El segundo matrimonio es cosa tan distinta... *A Amparo.* Ya verás, ya verás...

RAFAEL. ¡Señoral!

Todos se ríen.

DON BALTASAR. ¿En el segundo no se ve amanecer?

DOÑA JUSTA. No, hijo mío.

DOÑA RUFINA. Y en el tercero hace falta un despertador con toda la cuerda.

RAFAEL. ¿Usted también se ha casado tres veces?

DOÑA RUFINA. No, señor: cuatro.

Nuevas risas.

DOÑA JUSTA. En fin, Baltasar, muchas felicidades... dormir a gusto.... y hasta mañana, si Dios quiere.

DON BALTASAR. Gracias; mil gracias.

RAFAEL. Adiós, señoras.

DOÑA RUFINA. Hasta mañana.

DON BALTASAR. Hasta mañana.

Se van las viejas por el jardín con Amparo, que vuelve a poco.

RAFAEL. *Mientras se retiran, bajo a don Baltasar.* Oiga usted, ¿y estas viejas, cuándo se mueren?

DON BALTASAR. Calla, que van a oírte. Te advierto que yo siempre las he conocido con la misma edad. Y mi padre creía a pie juntillas que eran las Santas Justa y Rufina de Triana: las dos alfareras.

Rafael se ríe.

Sale por la puerta del patio el Padre Miguelito limpiándose la mano derecha con el pañuelo.

P. MIGUELITO. Pero ¿por qué diablos se pintarán los labios algunas devotas? — ¿Qué es eso, Baltasar? ¿En dónde te metes?

DON BALTASAR. Vago por aquí y por allá... Habéis de dispensarme todos.

Llega Amparo.

RAFAEL. Lo que es yo me voy a molestar en serio. ¿Qué cara es ésa, porque mañana me llevo a su hija? ¿Es que usted cree que no va a ser dichosa a mi lado? ¡Que lo diga ella!

DON BALTASAR. Ni ella lo puede creer, ni yo tampoco. Pero...

RAFAEL. Viva usted en calma, don Baltasar. Será feliz. Si usted quiere, hasta le leeré a Virgilio en los ratos perdidos. La traducción de usted, por supuesto; del latín Dios me libre. ¿Qué más puede hacer un hombre por su suegro?

Risas de todos.

DON BALTASAR. Burlaos, burlaos de mí... Ya tendréis hijos...

AMPARO. Mira, vente al patio, porque mi padre también dice unas cosas...

RAFAEL. No, pues eso último que ha dicho no puede ser más razonable.

AMPARO. ¡Otro que tal baila! Vente, vente.

DON BALTASAR. No te vayas tú, Miguelito; quédate y echaremos un párrafo.

P. MIGUELITO. ¡Si no deseo otra cosa!

Se van riendose y arrullándose Amparo y Rafael.

Don Baltasar y el cura pasean y luego se sientan.

Es el Padre Miguelito un vejete alegre, calmoso

y pacienzudo. Tiene ochenta años y se propone vivir otros ochenta. Viste de paisano.

DON BALTASAR. Me rejuvenece verte aquí; me rejuvenece... y me apena.

P. MIGUELITO. Es natural; eso es muy natural.

DON BALTASAR. Cuando se unen en la memoria dos fechas muy distantes, el espacio que las separa está lleno de tantas cosas... ¡de tantas lágrimas casi siempre!

P. MIGUELITO. Bueno; pues te prevengo que yo no he venido a Olivares del Llano a verte hacer pucheros.

DON BALTASAR. Me esforzaré por darte gusto, ya que tú por dármelo dejas tu rincón malagueño y vienes a casar a mi hija.

P. MIGUELITO. Alto, alto. Las cosas en su punto, Baltasar. Yo no he venido aquí por complacerte, ni mucho menos; sino por darte en la cabeza, que es todo lo contrario. Cuando te casé con la pobre Aurora, te dije: «Así como te caso a ti, casaré a tus hijos.» Y tú te reíste a cuenta de mis ilusiones... Bueno, pues ahora me toca a mí reír de tu incredulidad. Si te pica, ráscate. Más te digo: ¡casaré a tus nietos también! ¡Nada, que la he tomado con la familia!

DON BALTASAR. Padre Miguelito, tú no sabes lo que ocurre en el que fué apacible hogar de don Baltasar de Quiñones.

P. MIGUELITO. ¿Qué ocurre? Desgracia no co-

nozco más que la muerte de tu pobre Aurora.

DON BALTASAR. ¿Te acuerdas de Carmita, mi hija menor?

P. MIGUELITO. ¿No he de acordarme? Y la he visto una sola vez; pero aquella cara no se olvida... En Suiza la tienes con tu primo Joaquín, ¿no es esto?

DON BALTASAR. Cabal. Ya va para tres años.

P. MIGUELITO. Y ¿no mejora de salud?

DON BALTASAR. Sí; ya está buena, a Dios gracias. Su mal era más bien del espíritu que del cuerpo. Es tan delicadita, tan sensible... Así como Amparo es fuerte, serena, equilibrada, mi Carmita—no sé cómo te diga—es tierna, mimosilla, doliente, soñadora... Sutil como el aire, viva como el fuego... Aire y fuego juntos; incendio fácil y perenne, como le dije yo en mis versos mejores. La quité de aquí, no sé si lo sabes, porque se prendó como una heroína de novela, a pesar de sus quince años, de un mocito rico del pueblo, de figura pérfidamente simpática, pero menguado de corazón y torpe de costumbres. No tiene el diablo por dónde desecharlo. Uno de estos retoños podridos de la nueva edad—no extrañes la pasión con que le acuso: me ha hecho brecha en el alma—, uno de estos señoritos viciosos que no saben salir de las bodegas ni de los lupanares.

P. MIGUELITO. Todo eso es nuevo para mí. Ciertamente que no hemos tenido ocasión de hablar... Sigue, sigue.

DON BALTASAR. Mes y pico estuvo en relaciones con mi hija, bien contra todo mi torrente. Y la hazaña que determinó la ruptura fué digna del mancebo: una noche, cuando la niña lo esperaba en la ventana, pasó ante ella borracho perdido y con dos mujerzuelas del brazo.

P. MIGUELITO. ¡En el nombre del Padre!

DON BALTASAR. ¿Cabe agravio más grosero al pudor de una niña?

P. MIGUELITO. Calla, calla por Dios.

DON BALTASAR. Imagínate lo que pasó en esta casa. Para Carmita no había consuelo: no hizo sino llorar durante muchos días. Su salud, siempre delicada, se quebrantó de suerte que llegó a poner en peligro su vida. Hubo que alejarla de aquí. El cambio de lugar y de costumbres haría menos difícil el olvido y le sería muy provechoso.

P. MIGUELITO. ¿Y en Suiza está?

DON BALTASAR. Sí: con sus tíos.

P. MIGUELITO. ¿Curada por completo?

DON BALTASAR. Curada, sí; pero cada vez más sensible; sustentando constantemente nuestra inquietud. Por eso no ha venido a la boda.

P. MIGUELITO. Entonces, ¿no la piensas traer?

DON BALTASAR. ¡Traerla... traerla!

P. MIGUELITO. ¿Qué?

DON BALTASAR. Eso es lo que me quita el sueño. A los dos meses de salir Carmita de aquí, salió para siempre, para no volver más, la compa-

ñera de mi vida. ¿Cómo se le decía entonces a la niña: «Tu madre ha muerto»? Imposible; imposible.

P. MIGUELITO. Es natural: en su estado... Se comprende; sí.

DON BALTASAR. Se le ocultó la terrible verdad... Se esperó el momento menos peligroso de revelársela... La salud de Carmita sufría alternativas dolorosas, crueles... ¿Quién era el insensato...? Ni Amparo ni yo nos atrevíamos nunca. Y pasó el tiempo, y cuando malita, porque lo estaba, y cuando no, por temor de que volviera a estarlo, hemos vivido en constante ficción. Y es el hecho espantoso que a la hora presente cree Carmita que su madre vive.

P. MIGUELITO. ¡Válgame el Señor! ¡Qué desgracia! Justificadas están tus melancolías.

DON BALTASAR. Ya ves. Se casa la una... y se me va; y si quiero traerme a la otra, he de hacerla pasar por un dolor tan grande.

P. MIGUELITO. Bien, bien; pero, de todas suertes, es caso de conciencia que lo sepa ya. *Pasa Andresillo rápidamente, del jardín al patio.* Ni sé cómo habéis podido engañarla.... Y cuenta que en mi familia ha habido un caso semejante. Mis padres no supieron nunca que mi hermano José murió en la primera guerra del Norte.

DON BALTASAR. Aquí lo hemos ido amañando con los medios que nuestra misma zozobra nos inspiraba... Además, por coincidencia claramente

explicable, las letras de Aurora y Amparo—como la de la propia Carmita—son idénticas.

P. MIGUELITO. Ya, vamos, ya. Pues, hijo, sí que te compadezco con toda mi alma.

Salen Amparo y Andresillo por la puerta del patio.

AMPARO. Que entre aquí. La despacharé en un momento.

ANDRESILLO. Es mu bien *fachá*, señorita.

AMPARO. ¿Viene sola?

ANDRESILLO. Viene con uno, que si no es su padre le farta poco, porque tiene toa la pinta de eya.

AMPARO. Pues diles que pasen.

ANDRESILLO. Ahora mismo. *Se va por el jardín.*

DON BALTASAR. ¿Quién es?

AMPARO. Esa muchacha que nos ha recomendado Engracia Molina.

DON BALTASAR. ¿A qué viene?

AMPARO. A ver si la ajusto. Como yo me llevo a María Pepa...

DON BALTASAR. Es verdad; si me lo habías dicho... ¿Se ha ido ya la gente?

AMPARO. Casi toda. No quedan más que Polanco y Pepa Ruiz.

DON BALTASAR. ¿Y Rafael?

AMPARO. También se ha ido.

DON BALTASAR. ¡Sin decirme adiós!

AMPARO. Te vió tan mustio, que no ha querido afectarte con la despedida.

P. MIGUELITO. Pues aquí hay otro que se va; pero es a su cuarto, en busca de la cama.

AMPARO. ¿Tan pronto, Padre Miguelito?

P. MIGUELITO. Tan pronto, hija mía. Quiero dormir bien, no haga mañana un disparate contigo y con tu novio.

AMPARO. Si es por eso, a acostarse ahora mismo.

P. MIGUELITO. Aunque mayor disparate que el que van ustedes a hacer...

AMPARO. ¡Muy bonito, en un padre de almas! ¿Así habla usted del matrimonio?

P. MIGUELITO. Bueno, pero es en confianza y de paisano. Tú calcula: llevo cincuenta años con la oreja pegada a la rejilla... ¡conque si sabré yo a qué atenerme! Adiós, nena.

AMPARO. Que usted descanse, Padre.

P. MIGUELITO. *A don Baltasar.* Adiós, poeta melancólico. Duerme y olvida. ¡Buena temporada de campo te hace falta! Un cencerro al cuello... y a triscar por los montes.

DON BALTASAR. Poco menos necesito, no creas. ¡Oh! ¡El campol! ¡el campol...! ¡Mi gran consejo! ¡mi delicia!

P. MIGUELITO. *Deteniendo a don Baltasar.* Quieto aquí: no me hagas el cumplido. Sé perfectamente a mi cuarto. Buenas noches.

DON BALTASAR. Buenas noches.

AMPARO. ¿Vas a irte al patio?

DON BALTASAR. Ahora menos que antes. Esa Pepa Ruiz me divierte a ratos nada más.

AMPARO. ¡Cuidado si eres extremoso!

DON BALTASAR. Y por lo que toca a Polanco, te juro que me va siendo imposible aguantarlo en paciencia. Y mira que es leal y noblote y buen amigo si los hay; pero lo conozco de ayer, y me trata como si hubiéramos nacido juntos. Sin contar con la molestia del perro, que ha de colar en todas partes.

AMPARO. Un pique tuve ayer con él, porque lo eché de mala manera de la sala.

DON BALTASAR. ¿A Polanco?

AMPARO. Al perro.

DON BALTASAR. ¡Qué abominación! El día menos pensado le pego un tiro.

AMPARO. ¿Al perro?

DON BALTASAR. A Polanco. Y otro al perro después.

Vuelve Andrésillo por el jardín, seguido de Encarna y de Ventura.

ANDRESILLO. Pasen ustedes.

VENTURA. ¿Dan ustedes zu permizo?

DON BALTASAR. Adelante.

ENCARNA. Güenas noches.

AMPARO. Buenas noches.

VENTURA. Me alegro de verlos a ustedes güenos.

DON BALTASAR. Gracias, amigo.

Llega Pepa Ruiz por la puerta del patio. Ventura y Encarna se arrinconan. Andresillo contempla a esta fijamente con codiciosa admiración.

PEPA. Hija, ya están por mí.

AMPARO. Mujer, perdóname.

PEPA. Vamos, caya. Hasta mañana, que vendré a vestirme.

AMPARO. ¡Quita allá!

PEPA. ¡Ah! ni que sueñes otra cosa. Te visto yo. A las ocho me tienes aquí. Y como te encuentre vestida, te desnudo y vuelvo a vestirme.

DON BALTASAR. ¿Es empeño?

PEPA. Empeño y costumbre: las dos cosas. Todas las amigas mías que se han casado, han yevado la camisa de novia puesta por mí. Y disen que tengo buena sombra.

DON BALTASAR. ¿Y yo, puedo vestirme a la hora que me venga en gana?

PEPA. Sí, señó; no sea usted tunante. Adiós, don Bartasá.

DON BALTASAR. Adiós, Pepa.

PEPA. Adiós, Ampariyo: estás monísima. ¡Qué suerte tienen algunos hombres! Hasta mañana.

AMPARO. Hasta mañana.

PEPA. Quietesita.

Vase por la puerta del patio. Amparo la despiende con la mano desde la misma puerta.

AMPARO. A Andresillo, que continúa mirando a Encarna. ¿Y a ti qué se te ha perdido aquí?

ANDRESILLO. A mí na, señorita.

AMPARO. Entonces, ¿por qué no te has ido a la cochera?

ANDRESILLO. Porque en la cochera no se me ha perdido na tampoco.

DON BALTASAR. Bueno, pues vete ahora y no repliques.

ANDRESILLO. *Al irse, a Encarna, sin poder contenerse.* ¡Dios la conserve a usted tan güena, hija mía!

DON BALTASAR. ¡Qué descarado es!

AMPARO. Tú tienes la culpa. Le pasas carros y carretas...

Encarna es una muchachota hermosa y saludable. Causa impresión de fuerza y de frescura, y trae consigo cierto aroma campestre. Viste un trajecillo de percal, de tonos vivos, muchas veces lavado. La falda es muy corta. Le cubre los hombros un mantoncillo negro que con frecuencia se le desliza por la espalda. Su emoción ante los señores es grande, pero no le impide observarlo todo. Llena de vergüenza, apenas mira a la persona que le habla. Se expresa con ese cadencioso y suave ceceo que caracteriza a los lugareños andaluces. Ventura, su padre, es un tipo de campesino marrullero, interesado y socarrón. Habla con el propio ceceo que su hija. Sus ropas son viejas y pobres. Viene de cha-

quetón, faja negra y sombrero de ala ancha, negro tambien y deformado.

DON BALTASAR. Acérquense ustedes.

AMPARO. *Sentándose.* ¿Vienen ahora de casa de la señorita Engracia?

VENTURA. De ayá venimos. Nos mandaron yamá pa decirnos que no dejáramos de vení esta noche...

AMPARO. Sí; porque mañana iba a ser peor. Conque vamos a ver si nos entendemos. La señorita me ha dado los mejores informes de usted.

Don Baltasar pasea, atento al diálogo.

ENCARNA. La zeñorita es mu güena conmigo. Una zervidora hará lo que zepa... y aprenderá lo que le enzeñen.

VENTURA. A ezo está; porque pa ezo es probe y empieza a viví ahora.

AMPARO. ¿Es usted su padre?

VENTURA. Por muchoz años, zeñorita. Zi no fuea mirando que lo zoy, yo le diría a usté más e cuatro cozas e la muchacha. Pero de boca e un padre paece que no puean zalí más que alabanzas de zu hija.

AMPARO. ¿Ella ha servido alguna vez?

ENCARNA. Zerví, zerví... he zervío; pero zerví, zerví, zerví en una caza... que una diga zerví... no he zervío.

VENTURA. Pa que usté lo comprenda mejón, zeñorita, porque ésta no ze zabe explicá: lo que

toca a zerví, ha zervío; pero zerví, zerví, zerví, de veras zerví... que digamos zerví... no ha zervío.

AMPARO. Desde luego aquí, en Olivares, no ha estado en ninguna casa, ¿verdad?

VENTURA. En Olivares, no; no ha estao en caza ninguna.

ENCARNA. Nozotroz hemos pazao diez años cabales—mi pupá, mi mumá, una zervidora y mi hermaniyo Esteban—ahí guardando la *Güerta e las Palomas*, máz ayá de *Fuente Zalobre*.

VENTURA. Er zeñorito conocerá eza finca.

DON BALTASAR. En efecto; sí la conozco. ¿Es todavía de don Juan de Zuleta?

VENTURA. No, zeñó: lo ha zío hasta jace poco, y eza es nuestra esgracia.

ENCARNA. Don Juan no iba nunca por ayí, ni ze le importaba na de aqueyo. Como es tan raro... Azín es que nozotros, mejón que los guardas, éramos loz amos de to. Vivíamos en la gloria, zeñorito. Bien comíos, bien lavaos, bien dormíos, zin ninguna farta, y en medio de aqueyos campos tan alegres, ya podía er rey de Francia habernos dicho que zi cambiábamos con é.

VENTURA. Ayí ze ha criado ésta: azín está, que da orguyo mirarla.

ENCARNA. *Ruborosa*. ¡Pupál... Pero don Juan le ha vendío la finca a unoz ingleses de Jeré...

VENTURA. Porque aquí va rezurtando ya que zon ingleses jasta los cigarrones...

ENCARNA. Y jace coza e dos zemanas ze per-

zonaron ayí dos tíos que no cabían a entrá por eza puerta...

VENTURA. Con unas botas que parecían cajones e jigos...

AMPARO. ¿También ingleses?

VENTURA. También. Pero nos dijeron en españó que estábamos ayí de zobra. A la cuenta eran dos de los compraos.

ENCARNA. Yorando me pazé yo to er día, zeñorita... Como ayí me he criaó... Zi me zacan de entre mi gente, no lo ziento más.

VENTURA. Conque azín es que hubo que liá er petate, y rabo entre piernas, venirnos tos cuatro pa er pueblo a ganarnos la vía.

ENCARNA. Y jadiós la *Güerta e las Palomas*!

VENTURA. Y va usté a vé qué cuadro más esconzolao: mi mujé, bardá; lo único que pué mové es la lengua, y naturarmente, ze espacha a zu gusto... y to ze le güerve mandarme a mí que jaga argo.

ENCARNA. Mi hermaniyo Esteban, que zi gana un jorná de dos reales, zerá to lo e Dios.

VENTURA. Porque er campo está ca día más malo, zeñorita...

ENCARNA. Mi pupá, que ya es viejo pa mové los brazos...

VENTURA. Harto jaré con ganá otro peazo e telera que yevá a la boca...

ENCARNA. De mo y manera, zeñorita, que yo, que no zoy malina y que me veo de pronto con

toaz estas necezidaes alreó, he cogío y me he dicho pa mí: Encarniya, a procurá un zalarío... y una boca menoz en tu caza.

AMPARO. ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

ENCARNA. Encarniya.

VENTURA. En er pueblo le dicen Encarna; pero ze yama Encarnación.

AMPARO. Y ¿qué edad tiene usted?

ENCARNA. *Vacilando.* ¿Qué edá tengo, pupá?

VENTURA. *Lo mismo.* Tu madre lo zabe.

AMPARO. Pues aquí, si usted cumple, estará más contenta que en la *Huerta de las Palomas*. El salario ya lo sabe usted por la señorita. Viene usted para el cuerpo de la casa, pero de seguro que el trabajo no la matará. Mucha limpieza es lo que quiero.

VENTURA. A güena parte va usté a dí. Es más limpia que er chorro e una fuente. Ze lava más que un gato. Le zaca briyo a un rayo'er zó.

Oyese a Polanco silbar dentro. A poco, despues de la pregunta de don Baltasar, sale por la puerta del jardín silba que silba, con un collar con cadenilla en la mano.

DON BALTASAR. ¿Quién anda por ahí?

POLANCO. ¡Veneno! ¡Veneno!

AMPARO. ¡Si es Polanco!

POLANCO. ¿No habéis visto a Veneno?

DON BALTASAR. No hemos tenido esa ventura.

POLANCO. Loco me trae. Le he dado la vuelta

a la casa buscándolo, y no parece. ¡Veneno! ¡Veneno!

AMPARO. No; por aquí no ha pasado; no se canse usted. *Habla bajo con Encarnación y Ventura.*

POLANCO. ¿A que se ha ido a la panadería? ¡Seguro! ¡Sí; porque tiene allí la novial *Reparando de pronto en Encarna y mirándola con sorpresa y descaro.* ¿Hola? Buenas noches.

ENCARNA. Güenas noches.

VENTURA. Güenas noches tenga usted.

POLANCO. *Bajo, a don Baltasar.* Chico, ¡qué morenal ¿Es ésta la que viene a sustituir a Mariquilla?

DON BALTASAR. *Contestándole a regañadientes.* No sé... Quizás...

POLANCO. ¿Qué te detiene? Tómala, tómala; que salimos ganando en el cambio.— ¡Veneno! ¡Veneno! ¿En dónde se habrá metido ese bribón? ¡Veneno! *Vase por la puerta del patio sin dejar de silbar.*

DON BALTASAR. Y en fin, ¿se ha convenido usted con mi hija?

ENCARNA. ¿Cómo dice usted?

DON BALTASAR. Que si al cabo se resuelve usted a servirnos.

ENCARNA. Yo zí. ¿Verdá, pupá?

VENTURA. Zi eres gustoza de eyo...

ENCARNA. ¿Dónde vi a está mejón?

DON BALTASAR. Mucho me place esa confian-

za, y desde luego le aseguro que si cumple usted con su obligación, no tendrá por qué arrepentirse de ella.

AMPARO. Entonces...

DON BALTASAR. Aguarda un poco, hijita. Ahora quiero yo hacerle algunas advertencias, de que no te has curado tú, por entender, sin duda, que son de mi exclusivo fuero. *Encarna y Ventura lo oyen con la boca abierta.* En casa de don Baltasar de Quiñones nunca ha habido criados, en la baja acepción que da a esta palabra la mala crianza social. Mis criados son mis amigos. Por lo mismo que de mis mayores heredé blasones que no ostento, por estimar que la nobleza de las personas no está en su escudo, sino en sus acciones, trato a los que en mi servicio se emplean con aquella delicadeza y aquella bondad que únicamente pueden endulzar a los humildes el haber pobremamente nacido. El bienestar de que yo disfruto es por igual de todos cuantos me rodean; y mis escasas luces, mis discretas lecturas, son también para todos, puesto que procuro alumbrar su espíritu con mis enseñanzas. Todos mis criados aprenden, bajo mi inmediata dirección, por lo menos a leer y a escribir. Es costumbre que heredé de mis padres. Algunas burlas de los maliciosos e ignorantes me cuesta el practicarla, y en el Casino de este inculto pueblo, donde no se sabe hablar más que del ganado lanar y de cerda, se hace chacota de mí y se parodian mis lecciones: lo sé, y me

importa un ardite. ¿No se ha de sembrar porque haya gorriones en el mundo? He dicho cuanto tenía que decir. *Se echa las manos atrás y vuelve a sus paseos.*

VENTURA. *Después de un momento de vacilación.* Güeno, pos... ¿A ti qué te paece, Encarniya?

ENCARNA. Que me queo aquí... ¿qué va a parecerme?

VENTURA. ¿Tú te has jecho cargo bien de to lo que ha jablao er zeñorito?

ENCARNA. Zí, zeñó.

VENTURA. Ziempre has zío tú la más lista e la caza.

ENCARNA. Conque zi usté, zeñorita, no tiene ra que mandarle a una zerviora, mi pupá y yo nos vamos con zu licencia, y usté dirá desde cuándo tengo que vení.

AMPARO. Desde mañana. Venga usted mañana. *A su padre.* ¿No te parece?

DON BALTASAR. Tú lo dispones a tu conveniencia.

ENCARNA. Mañana, ¿verdá?

AMPARO. Sí; mañana.

ENCARNA. Ea, pupá, pos vámonos.

VENTURA. Antes quieo yo decirle también dos palabras ar zeñorito.

DON BALTASAR. ¿A mí?

VENTURA. Zi usté me lo conziente.

DON BALTASAR. ¡Ya lo creo!

VENTURA. Mi niña, jasta ahora, en güena hora

lo diga, ¿sabe usted? nunca ha cerdeao, que yo zepa...

DON BALTASAR. ¿A qué llama usted cerdear?

VENTURA. Tocante a novios, zeñorito...

DON BALTASAR. ¡Ah, vamos!

VENTURA. Y aunque eya es fié, y formá, y de ley, ziempre es güeno que haiga quien la vegile... ¿usté me entiende? De mo, zeñó don Bartazá, que zi usté güele tanto azín de noviajo, tiene usté mi permizo pa eslomarla.

DON BALTASAR. Ha debido usted comprender, después de haberme oído, que no entra en mis principios deslomar a nadie. Ni siquiera a las bestias. Mucho menos a quien en lugar de lomos tiene espaldas.

VENTURA. Pero zi le zale argún novio...

DON BALTASAR. Si le sale algún novio, cosa demasiadamente natural, puesto que es bella y joven, y el amor no sabe andar ocioso entre la belleza y la juventud, así como me propongo cuidar de su inteligencia, cuidaré también de su moralidad.

ENCARNA. Zeñorito, zi yo no pienzo en novios; zi es que a mi pupá le gusta abochornarme...

DON BALTASAR. Ni una palabra más sobre este asunto.

VENTURA. Poz entonces, jasta mañana, zeñorito.

DON BALTASAR. Vayan con Dios.

ENCARNA. Jasta mañana, zeñorita.

AMPARO. Adiós; hasta mañana.

ENCARNA. *A su padre, en tono de riña, mientras se encaminan al foro. ¿Por qué dice usted esas cosas, pupá? ¡Ni que fuera yo una cabra local... Se van por el jardín disputando.*

AMPARO. ¿Sabes que me gusta mucho esta mujer?

DON BALTASAR. Sí que tiene muy buena gracia.

Vuelve Polanco por la puerta del patio con «Veneno», sujeto ya con la cadenilla. «Veneno» es un perro insignificante, pero algo cómico. Momentos antes de salir lo anuncia el ruido de un cascabelito que lleva en el collar.

POLANCO. ¿Se queda? ¿se queda?

DON BALTASAR. ¿Cómo?

AMPARO. ¿Qué?

POLANCO. ¿Se queda?

DON BALTASAR. Pero ¿quién se queda?

POLANCO. ¡La criada! ¿Estás tonto?

AMPARO. Sí se queda, sí.

POLANCO. Me alegro.

DON BALTASAR. ¿Dónde estaba ése?

POLANCO. En tu cama. Dormido como un ángel.

DON BALTASAR. Sí, ¿eh?

POLANCO. No te enfades, hombre. Como la tienes junto al balcón y allí corre fresco... *Acari-*

ciando al animal. ¡Granujal... Bueno, yo me voy. Adiós, nenita. ¡Ah! Ya sabía yo que tenía que decir algo. Mañana, en la ceremonia, me presento así. Yo no me visto.

AMPARO. ¿Así, Polanco?

DON BALTASAR. Mira, Perico; en serio te hablo ahora. No por consideración a ti ni a mí, sino por respeto a mi hija, a su novio, a la solemnidad del acto y a las personas que han de asistir a él, te ruego que mañana por excepción te laves, te cepilles un poco, te limpies el calzado y te pongas una corbata.

AMPARO. No es mucho pedir.

POLANCO. ¿Conque una corbata? *Dolido.* ¿Es decir, que juzgáis una amistad como la mía por un cintajo?

DON BALTASAR. No es eso, hombre...

POLANCO. ¡Sí es eso, hombre!

AMPARO. Váyase usted a la cama, Polanco. No la enredemos.

POLANCO. Me voy, me voy: y con muy mal sabor de boca, por cierto.

AMPARO. Ya se le pasará. Si Romana está en la puerta, díglele usted que cierre y que apague la luz.

POLANCO. Hasta mañana, niña. Que pases buena noche. Anda, *Veneno. Vase por la puerta del patio.*

DON BALTASAR. ¿Y no se despidió de mí? ¡Es eminentemente ridículo!

POLANCO. *Asomándose a la puerta picadísimo y retirándose en el acto.* Cuando se marcha una persona de una habitación, se espera un poco más para hablar mal de ella. Buenas noches.

DON BALTASAR. ¡El diablo que te lleve!

AMPARO. ¡Virgen María, qué buen señor! Este nos da la boda mañana.

Llega Andresillo por el jardín.

ANDRESILLO. ¿Se ofrese alguna cosa, señorito?

DON BALTASAR. Nada ya: puedes acostarte.

AMPARO. Escucha: ¿llevaron a *Pinatares* el vino?

ANDRESILLO. Sí, señorita: desde antes de anoche sí está ayí. Esta noche en er cortijo no duerme naide. Hasta funsiones van a echá. Y mañana, me ha dicho el aperaó que ar paso der tren van a salí tos los hombres ar camino pa saludarla a usté con los sombreros.

AMPARO. Bueno está eso: no es mala despedida.

ANDRESILLO. ¿Manda usté algo más?

AMPARO. Nada. Hasta mañana.

ANDRESILLO. Hasta mañana.

DON BALTASAR. Adiós.

ANDRESILLO. ¿Suerto er chorro e la fuente?

DON BALTASAR. No; que luego no me deja dormir.

Vase Andresillo. Extinguese la luz que entraba del patio.

Sale por la puerta de este Romana, criada vieja

de la casa, dulzona y solícita, de corazón tierno y lágrimas fáciles; más respetada por la tradición que por sus servicios presentes. Tiene los cabellos blancos y viste de oscuro. Los brazos siempre al aire.

ROMANA. Güenas noches, don Bartasá. Güenas noches, niña.

DON BALTASAR. Que descanses, Romana.

AMPARO. ¿Y Leonor?

ROMANA. En la ventana con er novio.

AMPARO. Pues dile que se meta dentro, que son las once ya.

ROMANA. ¿Te yamo mañana temprano?

AMPARO. No hará falta: yo me despertaré.

ROMANA. Ea, pos güenas noches. *Vase.*

AMPARO. Buenas noches. ¿Y tú, vas a acostarte?

DON BALTASAR. No tan pronto. Quiero estar un rato contigo. Deseaba que todos se fueran...

AMPARO. Yo también.

DON BALTASAR. Es la última noche que pasamos juntos... la última que estás en tu casa. Ven acá. *La sienta a su lado.* Al despertar de la de mañana, otra gente, otro mundo, otra vida... En torro tuyo, otros muros que los de esta casa, que te han visto crecer entre ellos; frente a ti otros ojos, que te miren como quieran, nunca te mirarán como yo.

AMPARO. Papá, si te vas a poner triste, lo dejamos.

DON BALTASAR. Pues ¿cómo quieres que me ponga? Malo sería que yo estuviera alegre esta noche. Me dejas muy solo, nenita; muy solo.

AMPARO. No te apures: ya vendré a verte; ya irás tú a Madrid. Además, Carmita...

DON BALTASAR. Sí; Carmita es preciso que vuelva. No es posible dilatar más tiempo... No es posible, no. Ni siquiera es humano.

AMPARO. Si vieras... Su última carta me ha hecho llorar yo no sé las veces... Siempre que la leo. No te la he dado porque no padecieras tú. ¡La ilusión en que vive le hace decir unas cosas tan tristes al hablar de mi boda!

DON BALTASAR. Cállate, por Dios... Menester es que esto concluya, cueste lo que cueste... ¡Pobre estrellita mía!... ¡Se asomó a la vida creyendo que estaba en el cielo, y se encontró con que estaba en la tierra!.. *Silencio.* Yo he pensado—a ver qué te parece a ti—que así que pase esta tu primera temporada de mieles y de flores, si Rafael no tiene en ello reparo alguno, vengas conmigo, y juntos los dos vayamos por ella.

AMPARO. Sí; es lo mejor. Rafael no tendrá inconveniente.

DON BALTASAR. ¡Qué triste la vuelta de mi niña a esta casa!

AMPARO. ¿Ves, papá, por lo que yo no quería que hablásemos solos?

DON BALTASAR. Falta de ella quien la supo llenar con su alma en vida, y ahora la llena con su recuerdo.

AMPARO. No llores...

DON BALTASAR. ¿Para llorarlo todo tú?

AMPARO. Dices bien. Siempre que hablamos de esto acabamos así.

DON BALTASAR. A Dios gracias, hija.

AMPARO. Bueno; pero ya esta noche no hay más lagrimitas.

DON BALTASAR. ¿Lo quieres tú?

AMPARO. Lo mando.

DON BALTASAR. Entonces... *Nuevo silencio. Se levanta.* ¿Vas a acostarte ya?

AMPARO. Sí. Y tú también.

DON BALTASAR. Yo, no. Ahora me sería imposible conciliar el sueño. Daré unos paseos por el jardín, a ver qué me dicen los árboles.

AMPARO. ¿Qué te han de decir? ¡Que te acuestes!

DON BALTASAR. Se guardarán muy bien, porque no les haré caso ninguno. Me hablarán de mis melancolías...

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Los árboles no dicen más que lo que uno quiere que le digan. Por eso los prefiero siempre a las personas.

AMPARO. ¿Insistes en quedarte?

DON BALTASAR. Como no te enoje mucho, me quedo.

AMPARO. Haz tu gusto. *Besándolo.* Hasta mañana, papaíto.

DON BALTASAR. Hasta mañana, señora de Peñalver.

AMPARO. Aún no lo soy. ¿Por qué cambias las cosas? Yo te he dicho lo que todas las noches: hasta mañana, papaíto.

DON BALTASAR. Pues entonces hasta mañana, corazón. *Amparo se retira por la puerta del patio, en la cual se detiene un momento para sonreírle cariñosamente a don Baltasar. Éste se inietta por el jardín diciendo los siguientes versos de Garcilaso:*

*¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!
Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan...*

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de don Baltasar. Al foro, una puerta que da al patio, el cual es de gran amplitud, y una ventana grande sin reja. A la izquierda del actor, una puerta más pequeña de cristales, que conduce a un patinillo limpio y alegre. A la derecha, un torno que comunica con la cocina y por el cual se sirve la comida. Mesa en el centro. Un aparador en el foro. Mecedoras, sillas de vaqueta y un sillón frailuno de lo mismo. Inmediato al torno, un aguamanil. Junto a la puerta del patinillo, en primer término, una pequeña anaquelera. Sobre su tabla superior, papel y varias carpetas para escribir, algunas plumas de ave y dos o tres tinteros. Las tablas inferiores, llenas de libros. Ante ellos, algunos retratos en fotografía. Suelo de lositas de colores. Zócalo alto de azulejos. Es de noche. Luces en el patio y en el comedor.

Encarna, Romana y Andresillo esperan al señor. Estos dos últimos están sentados: Andresillo, en una mecedora. Encarna, muy emperejlada y limpia, con flores en el pelo, delantal blanco y un pañolillo de espuma sobre los hombros. Andresillo, de «guayabera» de dril. Romana, como en el primer acto.

ENCARNA. Ze tarda er zeñorito.

ROMANA. Es que ar pobre se le viene la casa ensima, y cuando sale de eya no quisiea gorré.

ENCARNA. ¿Ande ha díó esta tarde: a *Pina-
tares?*

ANDRESILLO. A mí me mandó ensiyá er *Mori-
to*, y tiró como pa la Verea.

ROMANA. Yeva un mes, desde la boda e la se-
ñorita Amparo, que no es conosío. ¡Más triste,
más tristel... ¡con un semblante e desconsuelol...

ENCARNA. Poz a mí no me paece tanto.

ROMANA. Pos está, está mu caío.

ANDRESILLO. ¡Vaya si lo está! Como que tiene
toa la cara der Señor amarrao a la columna que hay
en San José.

ENCARNA. *Soltando la risa.* ¡Qué reburlón
eres!

ROMANA. Bonita condisión: divertirse de quien
le da er pan que come.

ANDRESILLO. ¡Señora, si me jase grasial... Eso
¿qué tiene que vé con que yo esté mu contento a
su vera?

ENCARNA. ¿Cuánto tiempo yevas tú en la caza,
Andreziyo?

ANDRESILLO. Cuatro años se han cumplío por
San Juan.

ENCARNA. ¿Y usted, Romana, yeva mucho?

ROMANA. Mucho: cuasi la edá que tengo. Mi
madre fué siempre lavandera de acá, y mi padre
hasía tos los años la matansa... Conque aplica er
cuento... *Suspirando.* ¡Ay, esta casa ha dao más

guertas que una jaspera e molino! To está onde estaba; pero to ha cambiao. Ni siquiera las golondrinas vienen ya por agosto a los alambres e la vela.

ENCARNA. *Con curiosidad infantil, que va creciendo por momentos.* ¿La zeñora era mu reguapa, verdá usté?

ROMANA. Mu reguapa, y mu recariñosa, y mu regüena, y to lo que se quiera desí; porque to es poco pa ponderarla. Yenaba la casa eya sola.

ANDRESILLO. Como aqueya mujé no se amasan ya más mujeres. Tenía un aqué, una manera de mandá, que la servía uno deseando gustarle. ¿Ves lo tieso que es er señorito, que paece que toa la vía lo están tayando?

ROMANA. ¿Quiés dejá ar señorito, hombre?

ANDRESILLO. Pos ar revés. Y aluego, era un aire de santa er suyo, y un agrao en to, que alargaba la mano asín pa darte dos pesetas, y te creías tú que te daba dos mil reales. ¿Verdá, Romana?

ROMANA. Como esta es noche.

ENCARNA. Don Bartazá me han dicho a mí que era mu zeloso.

ROMANA. Más que un turco. Si yo contara las ersenas que he visto en este mismo comedó... Un día pensé que se liaba a tiros con toas nosotras.

ENCARNA. ¡Ay, Jezús, qué miedo! Y diga usté, Romana: la zeñorita que ze ha caza, ¿ze paece a zu mamá?

ROMANA. No pué negá que es hija suya, ¿sabes

tú? pero es más mandona, más tiesa; tiene más der genio e su padre. En cambio, Carmita es toa una estampa a doña Aurora.

ENCARNA. ¿Cuá Carmita?

ROMANA. La más chica de las dos hermanas.

ENCARNA. ¡Ah! la más chica.

ROMANA. Sí; la que está fuera.

ENCARNA. ¡Ah! la que está fuera.

ANDRESILLO. Esa me gusta a mí tanto como la madre. ¡Valiente niña más presiosa!... Aqueyo es un regalo.

ENCARNA. *Cogiendo uno de los retratos.* ¿Es ésta, no?

ROMANA. Sí; pero ese retrato es mu antiguo. *Cogiendo otro.* ¿Ves este de su madre? Pos más se le parese aquí.

ENCARNA. ¿Zí, verdá?... ¡Ya lo creo que era guapa la zeñoral Y ¡qué coza más particulá tenía en la vista!

ROMANA. Dos años antes de morí se lo hiso la pobre.

ENCARNA. Y ¿ze peinaba azín? *Deja los retratos en su sitio.*

ROMANA. ¡Claro, mujél

ENCARNA. Pos yo ziempre que me vi a retratá me pongo otro peinao.

ROMANA. ¿Y vas tú a compararte con el ama, peaso e borrica?

ENCARNA. En mi baú tengo yo un retrato —mañana ze lo vi a enzeñá a usté — que ez estar-

me viendo. *Describe a lo vivo con candorosa vanidad la actitud que tomó para retratarse y cómo se vistió.* Me puze azín, con una mano azín, y la otra aquí azín; la cara azín; dos zarcayos de mi madre que me caían azín; un mantón de mi prima con er fleco jasta aquí azín, y ezte deo zeparao azín, enzeñando una zortija e briyantes que me prestó mi zeñorito. Aquí azín: estoy aquí azín.

ANDRESILLO. ¿Y la cara es la tuya o te la prestaron también?

ENCARNA. *Amenazándolo.* ¡Verás tú zi te doy un guantazo!

ANDRESILLO. Estate quieta, que les temo a tus manos más que a enganchá las mulas.

ENCARNA. ¿Zí, eh? ¡Pos toma! *Echa violentamente hacia atrás la mecedora en que está Andresillo, el cual se tira de ella para no caerse. Despues corren persiguiéndose el uno al otro por todo el comedor. Ella no cesa de reír.* ¡Pa que me lo digas de veras!

ANDRESILLO. ¡No seas bruta, Encarniya! ¡Ahora verás tú!

ENCARNA. ¡Como que me vaz a cogél

ROMANA. A vé si se lastiman ustedes.

ANDRESILLO. ¡Es que esta cabra se cree que está toavía a campo abiertol

ENCARNA. ¡Como que me vaz a cogél

ROMANA. Juegos de manos, juegos de viyanos.

ANDRESILLO. ¡Ahora no te escapas, ladronal

ENCARNA. ¡Ya jumates! ¡Como que me vaz a cogé!

ROMANA. ¡Er señorito!

ANDRESILLO. Verás tú luego.

ENCARNA. *Por lo bajo.*

*Rabia, rabiña,
tengo una piña,
tiene piñones
y tú no los comes.*

Quietud completa. Llega Don Baltasar por la puerta del patinillo. Viene de dar un paseo a caballo. Trae amplio sombrero de fieltro, al que parece que le falta una pluma, justa en la mano y espuelas de plata. Su continente es grave y melancólico.

DON BALTASAR. Dios os guarde.

ROMANA. Sea usted bien venío, señó.

ENCARNA. Tenga usted güenas noches.

ANDRESILLO. Güenas noches.

Don Baltasar, reposadamente, deja en una silla el sombrero y la fusta, se enjuaga los dedos y se sienta en su sillón frailuno. Estira las piernas y Andresillo le quita las espuelas sin decir palabra.

ROMANA. ¿Estaba Diego en la cochera?

DON BALTASAR. ¿Pues quién, si no, me iba a abrir el postigo? ¿Había yo de saltar por las bardas? *Silencio largo. Se acomoda para comer; los criados lo miran esperando órdenes. Mis fieles servidores, dadme de yantar.*

ENCARNA. *A Andresillo, bajo.* ¿De qué ha pedío?

ANDRESILLO. *Lo mismo, a Encarna.* De comé: sólo que jabla en griego.

DON BALTASAR. ¿Qué murmuráis ahí? ¿No habéis oído lo que he dicho? Obedecedme.

Andresillo y Romana se van por la puerta del foro hacia la derecha. Encarna se sitúa junto al torno y da dos golpes en el con los nudillos.

DON BALTASAR. *Gritando de pronto, sin conciencia de lo que hace.* ¡Amparo!

ENCARNA. ¡Zeñorito!

DON BALTASAR. ¡Jesús!

ENCARNA. ¿Yamaba usted a la zeñorita?

DON BALTASAR. Ya lo ves. Hace mucho tiempo que llamo... que llamo... dando al aire distintos nombres, y sólo el eco me contesta.

ENCARNA. ¿Qué ze le va a jacé?

DON BALTASAR. Bien dices.

Callan.

ENCARNA. *Volviendo a dar golpes en el torno.*
¡Leonól! ¡Las zopas!

Abrese el torno que comunica con la cocina, y por el va recibiendo y devolviendo los platos Encarna, que sirve la comida a don Baltasar en el transcurso de esta escena.

DON BALTASAR. *Contrariado, pero con dulzu-*

ra. ¡Mujer! ¿Cuántas veces he de corregírtelo para que no lo olvides?

ENCARNA. ¿Er qué, zeñorito?

DON BALTASAR. Bien que se trata de un defecto general de tu pronunciación, sencillamente gracioso por otra parte; pero es el caso que en esa palabra me crispa los nervios. ¿Por qué no dices *sopas* y no *zopas*?

ENCARNA. ¡Ay! es verdá; que me lo riñe usté tos los días.

DON BALTASAR. No te lo riño; te lo afeo.

ENCARNA. ¿Cómo es? ¿cómo es?

DON BALTASAR. Simplemente con *ese*: sopas.

ENCARNA. ¿Con *eze*, verdá?

DON BALTASAR. ¡Con *esel*!

ENCARNA. De manera que ze debe decí: zo...

DON BALTASAR. ¡Sol...

ENCARNA. *Haciendo un esfuerzo supremo.* So...

DON BALTASAR. ¡Justo!

ENCARNA. *So... pas.*

DON BALTASAR. Así, así. Dilo ahora seguido.

ENCARNA. *Con mucha decisión.* Zopas.

DON BALTASAR. ¡Vaya por Dios! Tráemelas ya, con ese o con zeta, que aguardan en el torno.

ENCARNA. Zeñorito, es que me atorruyo; pero ya aprenderé.

DON BALTASAR. ¡Aturrullo!

ENCARNA. Atorruyo; güeno.

DON BALTASAR. Poco he de comer hoy. Me llevó el jamelgo hasta el *Molino de las Brujas*,

más por su voluntad que por la mía, y quieras que no quieras, aquella pobre gente me regaló con un trozo de queso fresco de sus cabras, y un trago de vino de sus vides. Bien me supo el obsequio, esta es la verdad; pero me ha quitado el apetito.

ENCARNA. Y ¿cómo están los campos, zeñó?

DON BALTASAR. Como tú, de lozanos y alegres.

ENCARNA. ¿Como yo?

DON BALTASAR. Como tú, ¿qué te admira? Cien veces te he dicho que más pareces fruto de la tierra y del sol, que hija de los hombres.

ENCARNA. ¿Y ezo es malo?

DON BALTASAR. *Kiendo a pesar suyo.* No... Nada te diré yo que lo sea, zagala gentil. Escúchame: ¿echas mucho de menos tu vida libre de la *Huerta de las Palomas*?

ENCARNA. No, zeñó.

DON BALTASAR. Con franqueza.

ENCARNA. No, zeñó; no, zeñó: que estoy mu a gusto en zu caza de usté.

DON BALTASAR. Que me place. *Se atusa el bigote.*

ENCARNA. Claro que acordarme... me acuerdo. Y azín tiene que zé: aunque no zea más que por las veces que he dormío la ziesta entre aqueyos pinares, y que me he bañao er cuerpo en aquel arroyo. Y zi usté zupiera una coza...

DON BALTASAR. ¿Qué cosa?

ENCARNA. *Avergonzada.* Na...

DON BALTASAR. ¿Qué cosa, mujer?

ENCARNA. Na, zeñorito... Toas las tardes ze lo quieo decí a usté... y toas las tardes me entra er mismo bochorno...

DON BALTASAR. Sabes cuánto me enoja que me tratéis como a señor de horca y cuchillo. De suerte, Encarna, que habla lo que quieras.

ENCARNA. *Decidiéndose al fin.* La noche que yo me ajusté acá, azín que zalimoz a la caye, ze lo conté a mi padre: me estaba dando güertaz en la cabeza... ¿Usté no ze acuerda de haberze perdío en er campo ninguna vez?

DON BALTASAR. Una no: muchas.

ENCARNA. ¿Ze acuerda usté de una mañana que iba usté buscando la *Hacienda e las Flores*?

DON BALTASAR. ¿*La Hacienda de las Flores*?

ENCARNA. Zí: máz ayá del *Arminarejo*... Ahorra hace cuatro años. Iba usté en una jaca negra.

DON BALTASAR. Cabalmente. Y recuerdo que me perdí aquella mañana.

ENCARNA. Por ezo lo digo. ¿No ze acuerda usté de na más?

DON BALTASAR. Aguarda... aguarda...

ENCARNA. ¿No iba usté abrazaíto e zé... y le pidió usté agua a una chiquiya?

DON BALTASAR. Sí; justo..:

ENCARNA. Y ¿no acierta usté quién era la chiquiya?

DON BALTASAR. ¿Acaso tú?

ENCARNA. Yo mismita. ¿No ze acuerda usté de que tenía un zagalejo colorao, y de que usté me dijo luego que le parecía una graná?

DON BALTASAR. Del requiebro no hago memoria, aunque está en mi naturaleza decirlos. Lo que sí recuerdo es que fuimos juntos en busca de la fuente...

ENCARNA. Que está mu escondía...

DON BALTASAR. Y no había vasija para beber...

ENCARNA. Y yo corté una pita der camino y le jice a usté una copa en un instante...

DON BALTASAR. Y bebimos los dos...

ENCARNA. Pero usté quizo que yo bebiera primero... Y azín que descansó usté un poco, yo misma lo guié jasta er cazerío de la *Hacienda* pa que no gorviera a perderze.

DON BALTASAR. Es verdad. Y por el camino te hablaba yo de algunas cosas que tú no entendías...

ENCARNA. Ezo iguá que ahora: lo mismo que ahora... Zi por ezo he caío yo en que era usté... Porque usté está cambiao. Entonces yevaba usté er pelo de otra manera.

DON BALTASAR. Para cambio el tuyo: ¡lo que has espigado, muchacha! ¡De tierno brote, a fruto sazonado y maduro! —¿Está esto soso, o es mi boca?

ENCARNA. No zé: como no lo he probao...

DON BALTASAR. Prueba a ver.

ENCARNA. ¿Que pruebe?

DON BALTASAR. Sí, mujer; toma.

ENCARNA. Zeñorito...

DON BALTASAR. Toma, simple. ¿Qué mal hay en ello?

ENCARNA. *Obedeciendolo con cierta vergüenza.* Yo lo encuentro en zu punto; pero zi quiere usted la zá...

DON BALTASAR. No, déjalo. Ya no la toma bien...—¡Vaya, vaya! ¿Con que somos amigos antiguos?

ENCARNA. Azín parece, zí, zeñó...

DON BALTASAR. Todo lo bueno que viene a mí, del campo viene... Sus aires me olean, sus olores avivan mis sentidos... *Mostrándole una yerbecilla que trae en el ojal de la solapa.* A ver, tú, ¿qué es esto?

ENCARNA. ¿Ezo? Mejorana.

DON BALTASAR. Mejorana es.

ENCARNA. ¡Qué oló más der campo!

DON BALTASAR. Huele, si te gusta.

ENCARNA. No es menesté: desde aquí la güelo.

DON BALTASAR. Acércate, mujer.

ENCARNA. *Volviendo a obedecerlo, siempre ruborosa y cortada.* Lo que usted quiera, zeñorito...

DON BALTASAR. Pero no te pongas colorada. Dime: ¿y a ti, a qué te huelen los cabellos?

ENCARNA. A pretolio. Me junto pretolio pa zacarles lustre.

DON BALTASAR. Pues haces mal en dos cosas:

en darte eso, y en llamarlo como lo llamas. No se dice *pretolio*, sino *petróleo*.

ENCARNA. ¿Cómo?

DON BALTASAR. Petróleo. Dilo a mi vez. Pe...

ENCARNA. Pe...

DON BALTASAR. Tro...

ENCARNA. Tro...

DON BALTASAR. Leo...

ENCARNA. Leo...

DON BALTASAR. Pe-tró-le-o.

ENCARNA. Pe-tró-le-o.

DON BALTASAR. A ver tú sola.

ENCARNA. Pretolio.

DON BALTASAR. ¡Bueno val Hoy no estás para lecciones de prosodia.

ENCARNA. Y ¿por qué me dice usted que no me junte ezo?

DON BALTASAR. Porque el brillo que tus cabellos adquieran, será postizo y contrahecho; y nunca son más bellas las cosas que en su ser natural.

ENCARNA. Yo lo que zé es que ze me ponen más bonitos.

DON BALTASAR. Lo dudo, zagala; pero puesto que así sea, observo que te desvela el emperejilarte y pulirte. ¿A quién le quieres gustar tanto?

ENCARNA. A mí na más.

DON BALTASAR. ¿Nada más que a ti?

ENCARNA. Na más, na más...

DON BALTASAR. *Con oculta emoción.* ¿No quedó

por aquellos contornos de la *Huerta* ningún pastor enzamarrado que para pastora te soñase?

ENCARNA. *Turbada.* No, zeñó, zeñorito.

DON BALTASAR. Pues ¿por qué te turbas?

ENCARNA. ¿Qué?

DON BALTASAR. ¿Que por qué te turbas y te amohinas?

ENCARNA. Porque me da mucha vergüenza de usted...

DON BALTASAR. ¿Vergüenza de mí?... Ya... ya lo veo... Harto dice tu rubor que es verdad que la sientes... Y ahí tienes tú cómo lo natural es lo bello: mira tu rostro, transformado, sin afeitado alguno, de rosa pálida en clavel encendido... *Advirtiendo que el rubor de Encarna sube de punto.* ¡Y de clavel en amapolal

ENCARNA. Y zi no ze caya usted vi a yorá...

DON BALTASAR. ¡Muchachal

ENCARNA. Me da mucho bochorno, zeñorito... no lo pueo remediá... Me da mucho bochorno...

DON BALTASAR. ¡Pero no te vayas!

ENCARNA. Zi es que están yamando a la cancela...

DON BALTASAR. ¡Ah! bien...

ENCARNA. Me da mucho bochorno... me da mucho bochorno... *Volviendo la cara desde la misma puerta.* ¿Qué?

DON BALTASAR. Nada, hija mía; nada. No he dicho nada...

ENCARNA. Me da mucho bochorno... *Se va.*

Don Baltasar quedase silencioso, suspira despues, y últimamente recita, saboreándolos, los siguientes versos de Virgilio:

DON BALTASAR.

*Malo me Galatea petit, lasciva puella,
et fugit ad salices, et se cupit ante videri...*

Me arroja una manzana Galatea,
y entre los sauces a esconderse huye
procurando primero que la vea...

Llegan Pepa Ruiz y don Julio. Vienen a pasar la velada. Don Julio es tío de Pepa: un señor sin personalidad; de esos que se mueren un día y no lo nota nadie. Habla con cierto sonsonete monótono que no se puede resistir. Pepa viene con mantón de espuma en forma de chal. Encarna, durante esta escena, recoge los restos de la comida, quita el mantel y cubre con un tapete la mesa, ayudada por Andresillo.

PEPA RUIZ. Pero ¿qué es esto? ¿Aún no ha terminado usted de comé? Vesino, usted va a perder el estómago.

DON JULIO. Sí, es tardecillo, sí...

DON BALTASAR. Es la hora de fumar un cigarro. Conque si usted quiere acompañarme, mi señor don Julio...

DON JULIO. Sí; echaremos un cigarro, sí...

PEPA RUIZ. Vengo esta noche porque no me diga usted descastada; pero tengo que marcharme muy pronto. Lo que sí me traigo es er mundiyo, como siempre. Por supuesto, voy a dejarlo acá, porque en casa no pongo mano en las labores.

DON BALTASAR. Haga usted lo que quiera y deje el mundillo donde le plazca: yo, de mis servidores y de mí, respondo; del perro de Polanco, no.

PEPA RUIZ. *Riendose. Pero ¡qué manía le tiene usted ar pobre Veneno! Se sienta a la mesa a hacer encaje de bolillos.*

Don Baltasar se sienta a su lado en una mecedora. Don Julio, que tambien se sienta a la mesa, saca del bolsillo varias cartas cerradas y se dispone a abrirlas.

DON JULIO. *Consultando su reloj.* Sí, ya hace hora y media, sí...

DON BALTASAR. ¿Eh?

DON JULIO. No; que ya hace hora y media que he comido... No me sentará mal. Con permiso de usted, voy a leer estas cartas.

DON BALTASAR. Usted está en su casa, amigo don Julio.

DON JULIO. Ahí tiene usted: en mi casa no me gusta leer la correspondencia.

DON BALTASAR. Ya, ya lo veo.

DON JULIO. ¡Manías! *Entregase a su tarea con gran ahinco. Por cierto que es miope y lee incrustando las narices en el papel.*

ENCARNA. ¿Quiere usted algo, zeñó?

DON BALTASAR. Nada: vete a comer, que es tarde.

ENCARNA. Güenas noches, doña Pepa.

PEPA RUIZ. Adiós, Encarniya.

ANDRESILLO. Güenas noches. *Se va con Encarna por la puerta del foro.*

PEPA RUIZ. Le tengo que desí a esa muchacha que no me yame doña Pepa.

DON BALTASAR. Pues ¿cómo ha de llamarla?

PEPA RUIZ. De cuarquier modo menos así. Ese nombre es de pupilera. Y yo estaré ya *fondonsiya*, don Bartasá, pero no pa echarme a los perros.

DON BALTASAR. Ciertamente que no, vecina.

PEPA RUIZ. ¿Le sirve a usted bien?

DON BALTASAR. A pedir de boca.

PEPA RUIZ. Si no se malea...

DON BALTASAR. Creço que no.

PEPA RUIZ. No le dé usted muchas alas, por si acaso.

DON BALTASAR. Es fundamentalmente buena: candorosa, sin tocar en la tontería; con un candor primitivo, selvático, infantil... Luego, tiene una condición para mí inestimable: la de ser limpia como la arena de la playa, y tan cuidadosa de la persona, que no parece sino que está enamorada de su cuerpo. Además...

PEPA RUIZ. *Cortando la conversación.* ¿Y de Amparo, ha sabido usted?

DON BALTASAR. De tarde en tarde... y por tarjetas. Y cuenta que si me escribiese cada vez que mi corazón y mi pensamiento la reclaman... ¡Me he quedado muy solo, Pepa; muy solo!

PEPA RUIZ. *Suspirando.* ¡Ay!... sí, señó. Mañana le pondré yo dos letras a esa pícara... Le diré que ha orvidado a su padre...

DON BALTASAR. No... si yo la disculpo... Usted calcule: luna de miel... y cuarto creciente.

PEPA RUIZ. Sea er cuarto que sea: en la luna de mié todos los cuartos son buenos.

DON BALTASAR. ¿Usted qué sabe?

PEPA RUIZ. Se me figura a mí. Y diga usted: ¿quién le corta a usted ahora las uñas de la mano derecha?

DON BALTASAR. ¡He tenido que aprender yo solo! ¿Qué remedio?

PEPA RUIZ. ¡Cuántas fartas estará usted notando, vesino!... ¡Cuántas fartas!... Yo digo que una casa sin mujé es como una iglesia sin santos.

DON BALTASAR. ¿Y una casa sin hombre?

PEPA RUIZ. ¡Oh! Eso es una cosa que no se puede resistí. *Mirando el sombrero de don Baltasar.* Un sombrero en la percha acompaña mucho.

DON BALTASAR. Vamos a ver, Pepa; en confianza: ¿cuándo hace usted feliz a don Federico?

PEPA RUIZ. ¿Yo a don Federico? ¡Ave María! No me considere usted tan prosaica. Don Federico es un sepiyo de betún. Con los pelos que le salen por las orejas se puede hasé un pinsé.

DON BALTASAR. ¡Ja, ja, ja!

PEPA RUIZ. Ríase usted, pero es la verdad pura.

DON JULIO. *Comentando abstraído una de las cartas.* ¡Animal!

DON BALTASAR. ¿Eh?

DON JULIO. Este se ha empeñado en no sulfatar, y vamos a tener epidemia. ¡Lástima de viñas!

DON BALTASAR. ¡Ah, vamos!

PEPA RUIZ. Además, vesino: Don Federico es un hombre sin corasón. Y a mí déme usted un hombre que, si a mano viene, se emborrache, y que juegue er dinero, y... ¡vaya! hasta que ande tras otras; pero que yegue un momento y tenga corasón. Yo estoy muy gorda, don Bartasá; pero soy muy tierna. Lo primero en este mundo es sentí.

DON BALTASAR. ¡Bah, bah, bah! Hablemos claros, Pepa: usted le teme a don Federico porque es viudo... y la cencerrada sería inevitable.

PEPA RUIZ. Pierda usted cuidado. Con ese viudo no me dan senserrada a mí. *Volviendo a suspirar.* Con otro... no sé.

DON BALTASAR. Por si llega el caso, cuente usted desde luego con mi cencerro. *Riendose.* ¡Asistiré a la ceremonial!

PEPA RUIZ. Parese mentira que gose usted con una cosa tan grosera, tan insiví, tan basta... tan de poblacho... ¡Jesús!

DON BALTASAR. Mi espíritu, Pepa, es por de-

más flexible... Lo mismo admiro una costumbre como esa de las cencerradas, con su dejo popular y bravío, que me hechizo contemplando cómo esas manitas de nácar tejen encaje tan sutil.

PEPA RUIZ. ¿De verdá?

DON BALTASAR. Me parecen dos mariposas que andan por la nieve, y van dejando tras de sí las delicadas huellas de sus patitas.

PEPA RUIZ. ¡Ay, pero qué cosas tan presiosas se le ocurren a ustél!

DON BALTASAR. Viendo cosas bonitas, no se pueden ocurrir cosas feas.

PEPA RUIZ. *Haciendo que se turba.* ¡Jesús, qué galantel...

DON JULIO. Tus cochinos con la viruela, niña.

PEPA RUIZ. ¡Ay, tito, déjame de cochinos ahora!

DON JULIO. Por mí, ya ves: poco me da que se mueran todos.

Se oye en el patio el cascabel del perro de Polanco. Don Baltasar lanza hacia la puerta una mirada que equivale a un aparte.

DON BALTASAR. ¿Oye usted, Pepa?

PEPA RUIZ. ¿Er cascabelito de Veneno?

DON BALTASAR. Ya tenemos ahí a Polanco. Miran los dos hacia la puerta, esperando verlo llegar. Hablan a media voz. Ese sí que es un partido que le conviene a usted. La fábrica de harinas sube como la espuma.

PEPA RUIZ. Y ér va siempre como si se hu-

biera revorcado por la fábrica. Parese que lo van a freí.

DON BALTASAR. Pero ¿qué hace ya que no entra?

PEPA RUIZ. ¿Habrà venido er perro solo?

DON BALTASAR. ¡Ojalá!

Óyese en la cocina gran algazara. Pepa y don Baltasar miran hacia el torno.

PEPA RUIZ. ¡Jesús! ¿Qué pasa en la cosina?

DON BALTASAR. *Levantándose incomodado.* ¡Por vida de...!

POLANCO. *Abriendo el torno desde dentro y asomando la cabeza por el.* Hola: ¿qué hay?

PEPA RUIZ. ¡Digol!

DON BALTASAR. ¡Pero, hombre! ¿Qué haces ahí? Vente aquí con nosotros.

POLANCO. ¡En seguida!

DON BALTASAR. Deja a los criados comer tranquilos.

POLANCO. Si han acabado ya. ¡Ahora les estoy contando cuentos verdes! ¡Je, je!

PEPA RUIZ. *Con mucho susto.* ¿Les está usted contando cuentos verdes?

POLANCO. Sí, señora: todos los que usted me ha contado a mí.

PEPA RUIZ. ¡Ay, por Dios! ¡No sea usted animál! ¡Er demonio del hombre!

Polanco ríe a carcajadas.

DON BALTASAR. Pero ¿desde cuándo estás ahí?

POLANCO. ¡Andal Desde el principio de la comida, casi.

PEPA RUIZ. Nos ha engañado er perro entonses.

DON BALTASAR. Bueno, pues vente, vente; que ya sabes cuánto me enoja ese linaje de confianzas.

POLANCO. *Haciendo burla de su amigo.* ¡Oh! ¡ohl! ¡qué atrocidad! ¡Cuánto te enoja! ¡ohl! ¡ohl! ¡Cuidado, Baltasar, que eres tonto!

DON BALTASAR. Y cuidado, Perico, que eres indiscreto e impertinente.

POLANCO. Mira, no quiero incomodarme. Adiós.

DON BALTASAR. Pero, escucha...

POLANCO. No quiero incomodarme, hombre; no quiero incomodarme. *Se retira del torno y lo cierra.*

Pepa Ruiz, mientras tanto, ha dejado su labor, ha colocado el mundillo sobre un mueble y ha hecho levantar a don Julio, dispuesta a marcharse.

DON BALTASAR. ¡Pues, señor, está bien! Le aseguro a usted, Pepa... Pero ¿qué es eso? ¿Ya se van ustedes?

DON JULIO. Sí; ya nos vamos, sí.

PEPA RUIZ. Quiero yegarme a casa de mi prima. Hase días que anda un poco malucha...

DON BALTASAR. Entonces nada arguyo... *Óyense en la cocina nueva algazara y grandes risas. Don Baltasar se vuela y aprieta los dientes y los puños mirando hacia allá.* Digo, ¿eh?

PEPA RUIZ. Con Dios, vesino.

DON BALTASAR. Adiós, amiga Pepa.

DON JULIO. Quede usted con Dios, don Baltasar.

DON BALTASAR. Adiós, mi buen don Julio.

PEPA RUIZ. Hasta mañanita. *Deteniendolo.* No sarga usted... *Con las de Caín.* ¿Teme usted que me yeve argo de esta casa?

DON BALTASAR. Llévase lo que quiera.

PEPA RUIZ. ¿Lo que quiera?... No me va usted a dejá. Pero le tomo la palabra.

DON BALTASAR. Adiós; adiós... *Pepa se va por la puerta del foro con su tío. Don Baltasar permanece en ella viendolos irse, hasta que se supone que pasan la cancela. Hace entonces una extremada cortesía, e inmediatamente corre hacia el torno y pega en el la oreja, rabioso de curiosidad y mortificado por el incipiente hormigueo de los celos. Este hombre... no sé con qué derecho... Nervioso y desasosegado. Yo no debo tolerar en mi casa... ¿De cuándo acá se ha visto?... ¿Qué dice?... ¿Qué dice?... No oigo bien... Suenan otra vez en la cocina risotadas y gritos. ¿Le parece a usted el escándalo? Llamando con los nudillos en el torno y dando voces. ¡Pericol! ¡Pericol! Se redobla el barullo. ¡Pericol! Sale al patio gritando. ¡Pericol! ¿No oyes que te llamo? Vuelve al comedor. ¡Pues, hombre!... ¡Pues estaría preciosol... ¡Le digo a usted que estaría preciosol*

Llega Polanco por la puerta del foro, con mucha calma.

POLANCO. ¿Qué tripa se te ha roto, Baltasar?

DON BALTASAR. Tripa, ninguna.

POLANCO. Entonces, ¿para qué me llamas con esas voces?

DON BALTASAR. ¡Para preguntarte si has creído que estás en una casa decente o en un burdell

POLANCO. ¡Baltasar!

DON BALTASAR. ¡Calla! ¡Para preguntarte si allá en tu tierra es uso y costumbre prescindir de los señores de la casa y de sus amigos, y colarse en la cocina de rondón a animar la tertulia de los criados!

POLANCO. ¡Baltasar!

DON BALTASAR. ¡Calla! ¡Para decirte si crees tú que está bien que en mis propias barbas cortesjes de amor a una doncella que vive bajo mi techo y vigilancia, con la confianza absoluta de sus padres!

POLANCO. ¡Veneno!

DON BALTASAR. ¿A qué llamas al perro ahora?

POLANCO. Porque me voy.

DON BALTASAR. ¡Qué has de irtel!

POLANCO. ¡Vaya si me voy! ¡Veneno! Pero no será sin que me oigas, como yo a ti.

DON BALTASAR. Habla, que no me arredro.

POLANCO. Baltasar, eres el más ingrato de los amigos. ¿De manera que un afecto como el que yo te guardo, firme, leal, noblote, sin repliegues,

lo pagas tú con una escandalosa semejante? ¡Está bien, hombre, está bien! ¿Es decir, que un amigo del alma tuyo, cuya vida está a tu disposición cuando te haga falta, no puede pellizcar a tu fregona?

DON BALTASAR. ¡Claro que no! ¡Y mucho menos en mi casal!

POLANCO. ¡Bonito modo de entender la amistad! ¡*Veneno!*

DON BALTASAR. ¡Y dale con *Veneno!*

POLANCO. Te confieso que me he llevado chasco. Yo pensé que tú tendrías en más estima la delicadeza de mis sentimientos; el eco que en mi alma encuentra la tuya; la consideración de que yo soy la única persona de la ciudad que escucha tus madrigales sin dormirse.

DON BALTASAR. ¿Es que vas a añadir la burla al abuso?

POLANCO. ¡Es que las verdades escuecen! ¡*Veneno!* ¿En dónde está *Veneno*?

DON BALTASAR. ¡Estará en mi cama, por variar!

POLANCO. ¡Ah! ¿también te molesta que el animalito se acueste en tu cama?

DON BALTASAR. ¡Naturalmentel

POLANCO. ¡Tú me dirás, entonces, para qué soy tu amigo!

DON BALTASAR. ¡Para achicharrarme la sangrel! ¡Nada más!

POLANCO. Está bien, está bien... La ingratitud

es la esposa natural del hombre... Me voy; no lo digo más. Me voy, me voy; es lo mejor. Y con muy mal sabor de boca.

DON BALTASAR. Peor me lo dejas a mí.

POLANCO. Adiós, Baltasar. No sé si volveré.

DON BALTASAR. Adiós, Perico. Sé que vuelves.

POLANCO. *¡Vencenc! Vase por la puerta del foro hacia la derecha, silbando. A poco se oye el cascabel del animalito.*

DON BALTASAR. *Paseándose agitadísimo.* Lo pongo a raya... lo pongo a raya... Soy tolerante, pero no quiero que se burlen de mí. *Tocando con los nudillos en el torno.* ¡Vamos! ¡A dar la lección! ¡Habéis oído? ¡Basta ya de retozo! Ahora tengo que estar doblemente enérgico, para borrar el mal efecto de las liviandades de ese majagranzas.

Sale Romana con Leonor, por la puerta del foro.

ROMANA. Señorito.

DON BALTASAR. Hola.

ROMANA. Esta...

DON BALTASAR. ¿Qué?

LEONOR. Na, señorito; que yo quisiera que usted me dispensase de dá la lesión.

DON BALTASAR. ¿A qué santo?

LEONOR. Sabe usted que desde esta tarde no estoy güena: pa mí que me va a dá calentura, señorito.

DON BALTASAR. Como la otra noche, ¿verdad?

LEONOR. Sí, señó.

DON BALTASAR. Pues bien: pase por ésta, pero procura en lo sucesivo que no coincida el recar-go con la hora de pelar la pava.

LEONOR. Señorito, si es que usted se figura...

DON BALTASAR. Ni una palabra más.

LEONOR. Ea, pos güenas noches.

ROMANA. Adiós.

DON BALTASAR. Buenas noches... *y que te alivies.*

LEONOR. *Yendose.* Muchas gracias.

ROMANA. Toa la calentura de ésa es er novio, ¿sabe usted?

DON BALTASAR. Lo sé: ¿me supones tan lerdo como para no dar en el hito? *Sálese al patimillo, en busca de más dilatado espacio para sus excitauos nervios.*

ROMANA. ¡Ay, Dios mío, cómo está esta no-chel... Y lo ha puesto así ese sinvergonsón de Polanco. *Se sienta a la mesa y se cruza de brazos, segura de que nada tiene que hacer.*

Llegan Andresillo y Encarna por la puerta del foro, soñolientos, bostezando mucho y con poquísimas ganas de leer y escribir.

ANDRESILLO. ¡Miste que un hombre que se ha yevao to er día bregando en la cuadra y en la co-chera, tené que vení a estas horas a escribí de los moros y de los cristianos!

ENCARNA. Dímelo a mí, que me vi a queá cuajá en los palotes. No veo de zueño.

ANDRESILLO. ¡Qué afán de que se istrya uno! *(Como dirigiendose a don Baltasar.* ¡Er día que sepa yo más que Salomón y se me esboquen los cabayos por la cuestesiya e Torreblanca, vas a echá güen pelo!

ROMANA. Cayarse ya y ponerse a escribí. Cuanto antes, mejó.

ENCARNA. No, zi a mi me gusta que me enzeñen; zino que esta noche me piya mu canzá. Dame mi carpeta, Andreziyo.

ANDRESILLO. Cógela tú si quieres, que te vas gorviendo mu señorita.

ENCARNA. Y tú mu fino.

Ponen sobre la mesa sus carpetas, tinteros, varias plumas y las cartillas y los libros de la lección diaria. En seguida se sientan y se disponen a escribir.

ANDRESILLO. ¿Por qué no empesaría er mundo er miércoles pasao?

ENCARNA. ¿Pa qué, hombre?

ANDRESILLO. ¡Pa que no hubiera Historia'Españal

ENCARNA. Esta noche va a habé que pedirle que nos lea zus verzos. Azín ér ze emboba y nos deja dormí.

ROMANA. ¡Schssss! Cayarse, que viene.

Al sentir al señor, Andresillo empieza a escribir copiando de un libro y Encarna a hacer

palotes con ayuda de todos los músculos de la cara.

DON BALTASAR. ¿Se trabaja, eh? Eso me gusta.

ENCARNA. *Mostrándole su plana a don Baltasar.* Miste, zeñó.

DON BALTASAR. ¿Cuáles son los de hoy?

ENCARNA. Ezos tres de la esquina y este medio.

DON BALTASAR. Torcidillos salen todavía... Tienes que domar ese pulso.

ENCARNA. A purzo no me gana usted.

DON BALTASAR. Ni a pulso ni a nada; pero aquí no se trata de fuerza, sino de educación. Sigue. *Encarna obedece. Don Baltasar la observa encantado. Luego bromea.* Encarnilla, ¿has comido mal?

ENCARNA. Tan bien como tos los días, zeñorito.

DON BALTASAR. Entonces ¿por qué te comes los palotes?

ENCARNA. *Soltando la risa.* ¡No ze divierta usted conmigo! Zi no me ayúo con la cara me zalen peó.

DON BALTASAR. Peor es imposible. Dame acá, mujer, que te gué yo la mano.

ENCARNA. Ande usted. *Guiada, en efecto, por su maestro y señor, hace casi perfectamente varios palotes.* ¡Huy, qué bien zalen!...

DON BALTASAR. ¿Ves? Así... así... así...

ENCARNA. No me apriete usted mucho, que éste ha zalío más gordo.

DON BALTASAR. *Suspendiendo la tarea un si es no es acalorado.* Continúa tú. *La observa otra vez.* ¿Vuelta a los mohines?

ENCARNA. ¡Zi no pueo remediarlo, zeñorito!

DON BALTASAR. ¡Pues haz un esfuerzo! Cierra bien la boca y escribe.

ENCARNA. *Vamoz a vé zi zé.. Hace cuatro o cinco palotes frunciendo la boquita y se pone preciosa. Don Baltasar la contempla embobado. Ella lo mira de repente, y el, con cierta vergüenza, cambia como por resorte de expresión y disimula hablando con Andresillo.*

DON BALTASAR. ¿Y tú, cómo llevas tu plana? ANDRESILLO. Mistela.

DON BALTASAR. ¡Amigo! ¡amigo! Adelantas por manera notable. ¡Pero fíjate más en la ortografía!

ANDRESILLO. Es que tengo sueño esta noche.

DON BALTASAR. No es disculpa ésa. Boabdil no se escribe *Voaváil*, sino Boabdil.

ANDRESILLO. En no apretando ar pronunsiá, ya está bien escrito.

DON BALTASAR. Salidas donosas no le faltarán a tu ingenio.

ENCARNA. *Entusiasmada.* ¡Viva er lujo y quien lo trujol! ¡Vaya un palote!

DON BALTASAR. *Reparando en Romana, que duerme como un ángel.* La pobre Romana se ha dormido...

ENCARNA. Como noz hemos puesto más tarde...

DON BALTASAR. Sí; que yo he comido a las

tantas... ¿Os parece bien que leamos un ratillo y lo dejemos para que descanséis?

ANDRESILLO. A mí me paese superió.

ENCARNA. No dirá usté otra coza tan güena.

DON BALTASAR. Pues anda, Andrés: en tu mismo libro de Historia: lee dos párrafos al azar.

ENCARNA. No, zeñorito; léanos usté zus verzos esta noche.

ANDRESILLO. Sí, sí; los versos de usté nos gustan mucho más que la Historia.

DON BALTASAR. *Con íntima satisfacción.* ¿Más que la Historia?

ENCARNA. Mucho más, zeñorito.

DON BALTASAR. ¿No me lo decís por halagarme?

ENCARNA. ¡Por la zalú e mi madre que no!

DON BALTASAR. Basta. Sea como queréis. Ningún poeta sabe negarse a decir sus versos. *Coge de la anaquelería un tomo chiquitín encuadernado en pergamino, y de pie, cerca de la mesa, se pone a leer como si estuviera escutpiendo.* Me herís por el flaco: tengo acendrado amor a mis madrigales. Oíd primero éste, a la manera de Cetina.

ENCARNA. *Perpleja.* ¿De Cetina, verdá?

Mientras lee don Baltasar como queda dicho, Andresillo deja llegar el sueño a sus ojos, y Encarna, con una de las plumas, se entretiene en hacerle a Romana cosquillas en la punta de la nariz. Romana, entre sueños, cree que se trata de una mosca y se la sacude a manotazos. Esto le produ-

ce a Encarna gran risa, que sofoca a duras penas para que no la advierta su señor.

DON BALTASAR.

Palpitando de amor el níveo seno,
se miraba mi ninfa a su albedrío
en el cristal sereno
que alegre cruza el pradecillo ameno.

Y al ver las florecillas
que pintó Primavera en las orillas,
la imagen bella que copiaba el-río,
de tan raros encantos codiciosas,
lloraban envidiosas,
vertiendo limpias perlas de rocío.

El Céfiro pasó cantando amores;
y al contemplar atento
el lastimero llanto de las flores,
rizando el agua con su leve aliento,
de la beldad divina
presto borró la imagen peregrina.

ENCARNA. Mu gracioso.

DON BALTASAR. Pues oye este otro, que me ensalzó en extremo un gran poeta sevillano:

Yo te quiero expresar, Filis hermosa,
la pasión que me abrasa silenciosa...

Encarna, viendo dormido a Andresillo, le mete por la boca, hasta la campanilla, la pluma de marras, haciendolo despertar medio ahogado. La lectura, naturalmente, se interrumpe.

ANDRESILLO. ¡Ah!

DON BALTASAR. ¿Qué es eso?

ENCARNA. *Riendose.* Na, zeñorito; que éste...

ANDRESILLO. ¡Diga usté que ha sío éstal...

DON BALTASAR. Ni digo, ni dejo de decir. Si lo echáis a chacota, cierro el libro.

ENCARNA. No, no...

ANDRESILLO. No...

ENCARNA. Ziga usté, que atendemos. *Se sienta en una mecedora.*

Uno y otra se esfuerzan en vano por atender. A los pocos versos Andresillo vuelve a dormir y Encarna se contagia.

DON BALTASAR.

Yo te quiero expresar, Filis hermosa,
la pasión que me abrasa silenciosa,
y no encuentra mi pobre pensamiento
palabras que te digan lo que siento:
y en lucha el corazón y la cabeza,
crece al par que mi anhelo mi torpeza.

Mas ya, Filis divina,
que eres de ello la causa peregrina,
si curiosa siquiera
quieres saber mi cuita verdadera,
o si a lástima al menos te provoca
este callado amor, este embeleso,
deja que bese tu purpúrea boca...
y aprende bien cuanto te diga el beso.

Mira a sus servidores, para ver el efecto causado, y al encontrar el sueño en lugar de la admiración, se queda de una pieza. No obstante, la herida de su amor propio se cicatriza pronto. La visión de Encarna dormida, con la hermosa cabeza hacia atrás, entreabierta la boca, palpitante el seno y los brazos caídos, lo transporta a otro mundo.

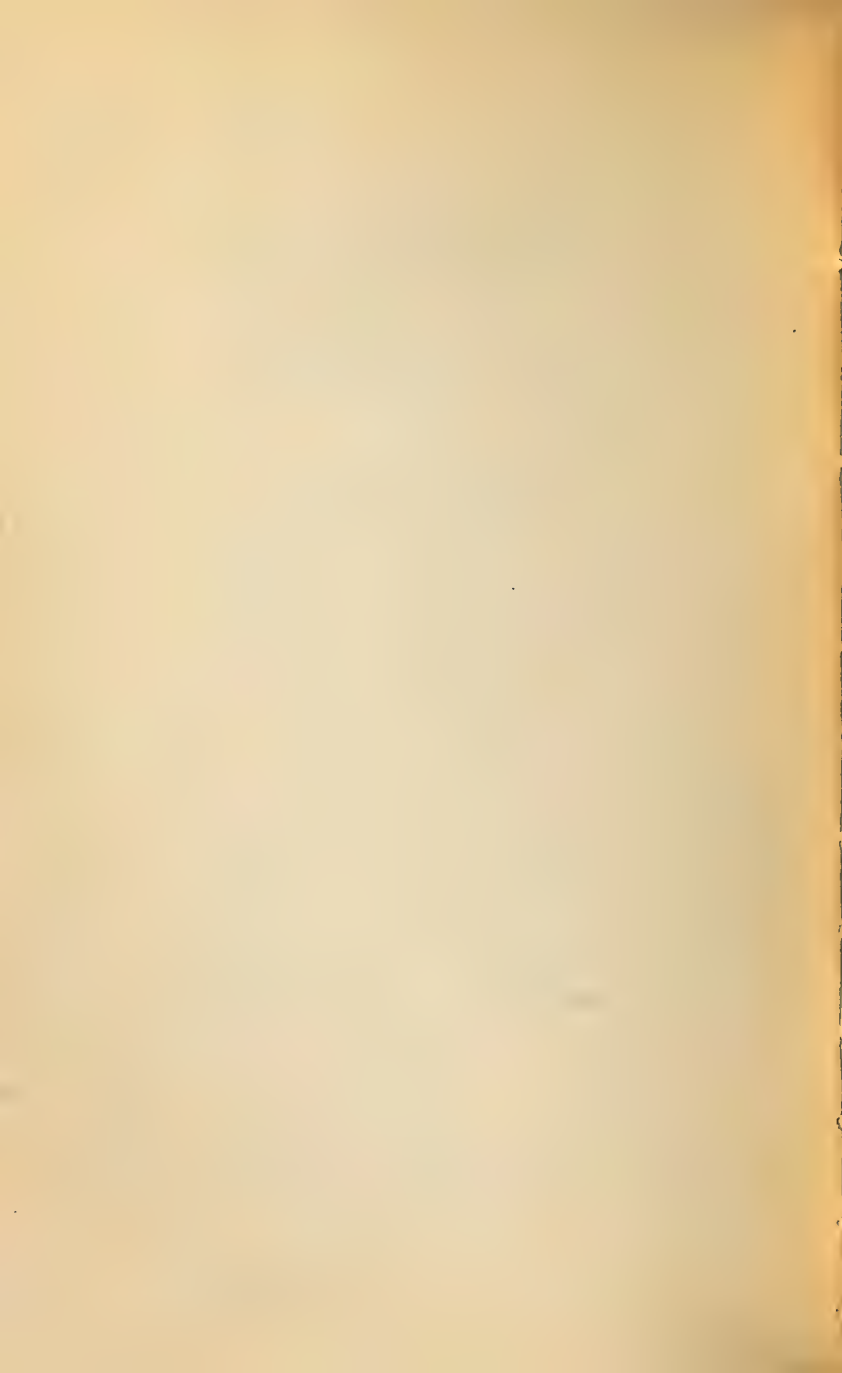
¿Eh?... ¡Pobre gentel... Rendidos por la labor del día... *Fijándose en Encarna.* Mas ¿qué hermosura es esta que a mi vista se ofrece?... Salgo de un madrigal para entrar en otro... A fe que no valdrían lo que tú, zagala imponderable, aquella Amarilis de Títiro... aquella Aminta de Menalcas... ¡Jesús!... ¿Qué pasa por mí?... ¿Qué vergüenza es ésta?... *Silencio.* Me enciendes... y me hielas a la vez... Mientras más lejos quisiera mirarme de ti... más cerca me veo... *Aproximándose a Encarna, atraído por la admiración y el amor.* ¡Qué dulce movimiento el de su seno virginal!... ¡Qué frescura la de su boca!... *Con voz tremula.* ¿Romana?... Duerme ha rato... ¿Andrés?... ¿Andresillo?... También duerme Andresillo... Y yo tiemblo... tiemblo ante esta idea... que llena mi ser... ¿Soy un malandrín o un enamorado?... ¿Encarna?... ¿Encarna?... Nada... ni un eco...

La picó, sacó miel, fuese volando...

Acerca su rostro al de Encarna para darle un beso. En el estantillo resbala un retrato y cae al suelo con ruido. Don Baltasar se estremece todo,

se aparta de Encarna y trata de inquirir con los ojos la causa de aquel. Mudo de espanto ve al fin en el suelo el retrato de la que fue su esposa, y exclama lleno de angustia y de vergüenza: ¡Ah!... ¡El retrato de Auroral... ¡Jesús María! Pálido y tembloroso lo recoge del suelo y va a colocarlo donde estaba. Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es por la mañana. Han pasado dos meses.

Don Baltasar está sentado en su sillón. Encarna, en una silla a su lado. Viste un traje entre su merced y señoría, corbata de gasa y delantal blanco. A la cintura lleva una cadenilla o una cinta de la cual pende un llavero con llaves diversas. En la mano tiene unas tijeras de uñas.

DON BALTASAR. *Después de mirarse detenidamente las uñas de ambas manos y presentándole a Encarna la derecha.* Redondéame un poquito esta del meñique, que encuentre menos roma que su compañera de la otra mano.

ENCARNA. *Obedeciéndolo.* ¡Jezús, qué vista tiene ustél! Ez usté capaz de verle las pestañas a un mosquito. ¿Azí?...

DON BALTASAR. *Remedándola.* Azí... como tú dices. Tres meses, poco más, hace que te trato, y ya se me va pegando tu gracioso ceceo.

ENCARNA. A mí también ze me han pegao argunas cozas...

DON BALTASAR. ¿Mías?

ENCARNA. De usted, zeñorito.

DON BALTASAR. *Suplicante.* ¡Señorito, no! ¡Prefiero un don Baltasar como una casa!

ENCARNA. No ponga usted los ojos así, que me da tentación de riza.

DON BALTASAR. ¡Pícaruelal...

ENCARNA. Vámonos a ver si queda más que recorda. Ze cuida usted las manos como una monja.

DON BALTASAR. Ahora, Filis, tu labor es perfecta.

ENCARNA. Encarna me yamo. A mí no me ponga usted ningún mar nombre.

DON BALTASAR. No lo es ciertamente el de Filis. Y aún te reservo otro más dulce.

ENCARNA. ¿Cuál?

DON BALTASAR. Otro: ya te lo diré.

ENCARNA. ¿Cuándo?

DON BALTASAR. Cuando me autorice tu confianza; cuando dejes de ver en mí completamente al amo y señor, para ver tan sólo al amigo... al amigo galante, que no me atrevo a decir al galán.

ENCARNA. ¿Poz atrevase usted... Las cosas, por su nombre. La vereíta no puede ser más derecha... Y me parece que ningún perro le ha ladrao a usted todavía.

DON BALTASAR. Y ¿qué hay al final de la vereíta?

ENCARNA. Ezo... usted lo sabe mejor que yo. Ningún camino bueno yeva a ninguna parte mala.

DON BALTASAR. *Cogiéndole con pasión una mano.* Dices bien, zagalilla mía.

ENCARNA. *Retirándola.* ¡Zuerte ustél

DON BALTASAR. ¡Si no nos ve nadiel

ENCARNA. Por ezo.

DON BALTASAR. Si éste es el principio de la veredita...

ENCARNA. No, zeñó... que éze ez er finá. Después de ezo ya to es cuesta abajo.

DON BALTASAR. Pero ¿quién te ha enseñado a ti tales cosas, muchacha?

ENCARNA. Eza cencia nace con una; no es como la lertura y la escritura que enzeña usté. Pa lo que está bien y lo que está má no jace falta maestro.

DON BALTASAR. Admiro tu ingenio, tanto como deploro tu esquivéz. ¿Por qué eres tan arisquilla conmigo?

ENCARNA. ¿Arisca yo?

DON BALTASAR. Arisca, no; arisquilla. Y hasta ingrata, si me apuras mucho.

ENCARNA. Ezo lo dice usté porque quiere: zin razón pa decirlo. Usté ha estao malo díaz atrás, y creo yo que no me he portao como ninguna fiera dañina... No es que yo me alabe...

DON BALTASAR. Dulce fué tu trato, en verdad. Tan dulce... que hubiera querido seguir enfermo eternamente.

ENCARNA. ¡Jezús, y qué ponderativo!

DON BALTASAR. Trátame ahora como entonces, enfermera mía.

ENCARNA. ¿Pa qué? ¿Pa que la gente, que es mu

mala, ze figure lo que no hay? ¿Pa que vengan cartas zin firma poniéndome como los trapos?

DON BALTASAR. No hables de eso ahora, ni te preocupes de tales insultos. Mi caballerosidad y tu honradez nos escudan de todo. Responde a mi ruego.

ENCARNA. Zi ya está usted curao...

DON BALTASAR. De la fiebre, sí; pero me hallo más malito que nunca.

ENCARNA. ¿De qué?

DON BALTASAR. *Apasionado.* De sed.

ENCARNA. Pos beba usted agua fresca.

DON BALTASAR. ¿Ves si eres ingrata? No es agua lo que anhelan mis labios: es miel.

ENCARNA. La miel es mu ardiente.

DON BALTASAR. La de tu boca, no.

ENCARNA. ¡Zeñorito!

DON BALTASAR. ¿Así me llamas todavía?

ENCARNA. Pero ¡zi dice usted unas cozas de prontol...

DON BALTASAR. ¡Usted! ¡usted!... ¿Cuándo no te escucharán mis oídos esa palabra?

ENCARNA. En cuanto usted lo mande...

DON BALTASAR. ¿Cómo mandar? ¿Ves tú?... Aquí no hay más voluntad que tu capricho: aquí el siervo soy yo. ¡Ah! ¡bien claro me dicen tus razones que sólo te inspiro un respeto enojoso... un afecto frío... muy lejos de ser como este que mi sangre caldeal...

ENCARNA. ¿Usted qué zabe?

DON BALTASAR. *Con viva emoción.* ¿Has dicho «usted qué sabe?» ¡Ven acá!...

ENCARNA. ¡Quieto!

Romana asoma a la puerta del foro y hace gestos de indignación y disgusto al ver lo que ve. Después avanza un poco y se dirige a Encarna.

ROMANA. Joven...

ENCARNA. Encarnación me yamo.

ROMANA. Y ¿qué más da?... Er vinagre se ha concluío.

ENCARNA. ¿Er vinagre?

ROMANA. Er vinagre. En la cosina, por supuesto: en la despensa hay mucho.

ENCARNA. ¡Jezús, y qué fuertes van a zalí las cozas!

ROMANA. Pos, hija, yo no me lo bebo: no tengo ganas de ponerme amariya. Colorá ya me pongo argunas veces sin ganas.

DON BALTASAR. ¿Qué?

ROMANA. Que colorá ya me pongo argunas veces, señorito.

DON BALTASAR. *Picado.* Lo celebro: eso prueba salud.

ENCARNA. Güeno; vamos por er vinagre.

ROMANA. Vamos ayá.

Se levanta Encarna y se van las dos por la puerta del foro: Encarna, buscando una llave entre todas; Romana, silenciosa y triste.

Se oye hacia el patinillo el cascabel del perro de Polanco.

DON BALTASAR. Esa mujer... amparada en sus canas... ¡Bueno val Polanco por añadidura.

Llega Polanco por la puerta del patinillo.

POLANCO. Quieto ahí, *Veneno*. Baltasar, Dios te guarde.

DON BALTASAR. Buenos días, Perico.

POLANCO. ¿Estás solo?

DON BALTASAR. Toda la mañana.

POLANCO. *Sentándose en la silla que ocupaba Encarna y levantándose en seguida.* Pues aquí no había un muerto. Esta silla echa bombas.

DON BALTASAR. *Desconcertado.* ¡Ah... sí... Como que ha estado ahí un buen rato... el hijo del aperador de *Pinatares*...

POLANCO. *Con retintín.* ¿El hijo... del aperador... de *Pinatares*?

DON BALTASAR. Sí, hombre, sí. ¿Lo dudas?

POLANCO. Lo niego.

DON BALTASAR. ¡Pericol

POLANCO. No te alteres. Aguarda. *Se encamina al foro y cierra la puerta.*

DON BALTASAR. ¿Qué haces?

POLANCO. Ya lo ves. *Encarándose con su amigo, revestido de gran seriedad.* Baltasar...

DON BALTASAR. ¿Qué quieres?

POLANCO. ¿Te encuentras enteramente bien de tus pasados males?

DON BALTASAR. ¡Pero si aquello no fué nada!...
¿A qué viene ahora?...

POLANCO. ¿No ha vuelto a dolerte la cabeza...
ni el hígado?...

DON BALTASAR. ¡No!

POLANCO. ¿De manera que estás fuerte del
todo?

DON BALTASAR. Del todo.

POLANCO. ¿Es decir, que se te puede dar un
disgusto?

DON BALTASAR. ¡Hombrel! ¡Eso no!

POLANCO. Pues yo vengo a dártelo.

DON BALTASAR. Será si yo te dejo.

POLANCO. Aunque no me dejes: es igual. Si la
amistad no sirve para dar los disgustos a tiempo,
¿para qué sirve entonces?

DON BALTASAR. ¡Bah! Siempre han de ser tus
cosas...

POLANCO. Poco a poco. *Cierra la puerta del
patinillo, echándole antes al perro un terrón de
azúcar que saca del bolsillo, y vuelve.* Baltasar:
vox populi, vox Dei: la voz del pueblo dice que
estás en amoríos con una fregona de tu casa.

DON BALTASAR. *Blanco de cólera.* ¿Qué?

POLANCO. Lo dice el pueblo y lo afirmo yo.

DON BALTASAR. ¡Pues ni hay fregonas en mi
casa, ni yo tengo amoríos con nadie, ni tu amis-
tad, con todos sus fueros, te autoriza para ofen-
derme así!

POLANCO. ¡Holal! El que se pica, ajos come.

DON BALTASAR. ¡Los comerás tú, que debes de tenerlos por alimento natural desde que naciste!

POLANCO. Mira, Baltasar, menos desplantes y vamos claros: esa mujer—y ya sabes tú qué mujer digo—te ha trastornado el seso, te ha puesto una venda en los ojos, te ha vuelto idiota... El pueblo entero censura tu conducta; tus amigos se burlan de ti; no hay señora que quiera pisar esta casa... La misma Pepa Ruiz, amiga de siempre, está retraída; y si vengo yo a todas horas es porque no lo puedo remediar... porque te me has metido en el alma, ¡jinojo!

DON BALTASAR. Y ¿qué caso tengo de hacer yo de las calumnias de un pueblo hipócrita y ruin, que no se ocupa más que de la vida ajena, porque le asusta pensar en la propia?

POLANCO. ¿Ves? ¿Ves cómo estás loco?

DON BALTASAR. ¡Soy yo más caballero que todos esos que me ponen en la picotal! ¡El que no quiera venir a mi casa, que no venga; y eso irá ganando mi casa!

POLANCO. ¿Ves cómo has perdido el juicio?

DON BALTASAR. Pero ¿eres tú, tú, el que se escandaliza so capa de moralidad?

POLANCO. Yo; yo mismo.

DON BALTASAR. ¿Tú, el Tenorio de cocinas y corrales, el salteador de fogones?

POLANCO. Yo; yo mismo. ¿Crees que con esa acusación estoy aplastado? ¡Pues te equivocas! A mí me gustan las criadas a perecer...

DON BALTASAR. ¡Y tanto!

POLANCO. Pero yo...

DON BALTASAR. Pero tú...

POLANCO. ¿Me dejas que hable?

DON BALTASAR. ¿Para qué, si no has de confesar el móvil que te hace hablar así? ¡Bajo esa máscara hipócrita de tu amistad, lo que hay en este caso es una intención bastarda y egoísta!

POLANCO. *Enterneciéndose.* No, Baltasar; eso de ninguna manera. Por ese aro se resiste a pasar tu fiel Perico. ¡La pasión te trastorna! ¡Los celos te ciegan! ¡Jinojol! Yo seré chinche, yo seré molesto, yo te llevaré la contraria muchas veces, yo vendré siempre hecho un adán, yo no podré soportar a Horacio, tú odiarás al pobre *Veneno...* que está ahí fuera escuchándolo todo... pero otra cosa no... ¡otra cosa no, Baltasar! Tan leal es el perro como el amo, el amo como el perro... y nunca pensé que en tu obcecación llegaras al punto de dudar de una verdad como ésta. *Termina sollozando.*

DON BALTASAR. ¿Lacrimoso te pones después de haber querido meter el infierno en mi alma?

POLANCO. Yo no he querido más que cumplir con un deber de amigo; hacerte ver que estás en el ridículo más lamentable... y a dos dedos de la mayor vergüenza.

DON BALTASAR. ¿Vergüenza has dicho? ¡Cállate, o no respondo de mi cólera!

POLANCO. Debiera callarme, después del agra-

vio que he recibido de ti; pero Polanco no se calla así comoquiera. He dicho vergüenza y lo sostengo. Pues qué, ¿no lo es grande que una fregona vaya a suplantar...?

DON BALTASAR. *Asiendolo violentamente.* ¡Calla o te ahoga!

POLANCO. *Logrando desasirse.* ¿Qué?

DON BALTASAR. ¡Vete de mi casa ahora mismo!

POLANCO. ¿Me echas?

DON BALTASAR. ¡Te echo!

POLANCO. *Enterneciendose otra vez.* ¿Que me echas, dices?

DON BALTASAR. ¡Dicho está! ¡Vete!

POLANCO. No lo repitas; ya me voy... Me voy herido en lo más hondo de mi corazón, pero tranquilo en mi conciencia... *Llorando.* Tú te arrepentirás de haberme arrojado de tu casa.

DON BALTASAR. ¡De eso, nunca!

POLANCO. Bien está... bien está... no eches leña al fuego... Embárcate con esa prójima en buen hora... que quizás algún día... algún día... Vaya, no puedo hablar. *Abre la puerta del patinillo, y como dirigiendose al perro dice: Veneno, vámonos... que nos arrojan de esta casa... Se va, en efecto, acompañado de la música del cascabelito, que se pierde en la distancia para siempre.*

DON BALTASAR. *Paseándose como fiera enjaulada, en todas direcciones.* ¡Mentecato atrevidol... ¿Quién es él para...? ¡Ni él ni nadiel... ¿Me han de gobernar a su antojo?... ¡Gentecilla rutinaria y ne-

cial... *Sale Andresillo por la puerta del foro, corriendo hacia la del patinillo, con un cencerro grande en la mano. Va riendose y pasa sin ver al señor. Este lo detiene.* ¿Adónde vas tú?

ANDRESILLO. Usté dispense, señorito: no había reparao...

DON BALTASAR. ¿Qué llevas ahí?

ANDRESILLO. *Riendose.* Místelo: un senserro.

DON BALTASAR. ¿Un cencerro?

ANDRESILLO. Vengo de enseñárselo a Leonó, que tiene dispuesto pa lo mismo un latón de petróleo. ¡Güena se la preparamos a la viuda!

DON BALTASAR. ¿Cómo?

ANDRESILLO. A la viuda de la tienda, que se casa luego y le vamos a amenisá la noche e novios. *Suena el cencerro.*

DON BALTASAR. *Estallando.* ¿Sí, eh? ¡Pues yo prohibo terminantemente a toda la servidumbre de mi casa, so pena de quedar despedida *ipso facto*, que tome parte alguna en broma tan grosera y vituperable!

ANDRESILLO. *Desalentado y triste.* Señorito... ¡si va a dí to er pueblol!

DON BALTASAR. Razón de más para que no vayáis vosotros. El pueblo es inculto y soez.

ANDRESILLO. Pos a la senserrá der tío Lucas nos dejó usté dí... y a usté le jiso mucha gracia.

DON BALTASAR. *Furioso.* ¡Pues he cambiado radicalmente de criterio! ¡Y basta: que no tengo para qué discutir con mis lacayos!

ANDRESILLO. Güeno está; pero ¿qué me jago yo con er senserro después de compraó?

DON BALTASAR. ¡Te lo pones!

ANDRESILLO. *Entre dientes.* ¡Mardito sea er demoniol...

DON BALTASAR. ¡Y menos murmurar! Sigue tu camino.

ANDRESILLO. Está bien, señó. Lo guardaré por si con er tiempo se tersia otra... *Vase por la puerta del patinillo, resignado al parecer y sonando el cencerro intencionadamente.*

DON BALTASAR. ¿Qué ha dicho?

Sale Romana por la puerta del foro, cabizbaja y emocionada.

ROMANA. ¿Da usté su lisensia, señorito?

DON BALTASAR. Adelante, Romana. ¿Qué quieres?

ROMANA. Yo quería hablá con usté de una cosa...

DON BALTASAR. Si no es ninguna impertinencia, puedes hablar; que no parece sino que todos se han propuesto hoy encenderme la cólera.

ROMANA. Pos verá usté, don Bartasá... Er caso es que usté va a desirme...

DON BALTASAR. Sepamos primero lo que vas a decirme tú.

ROMANA. No se incomode usté conmigo, señó; que poco tiempo le quea de aguantá mis choches.

DON BALTASAR. ¿Qué significa ese lenguaje?

ROMANA. Na... sino que como ya soy vieja... ¿sabe usted?... er trabajo me cansa... y no estoy pa er trajín de una casa tan grande como ésta...

DON BALTASAR. Atendiendo precisamente a eso mismo, te he relevado en ella de algunas funciones.

ROMANA. Ya lo sé... y le estoy muy agrade-sía... Pero es que también hago farta en mi casa... Más que acá... Mi hija Consuelo ha empesao a echá chiquiyos ar mundo... y se ve sola en su solo cabo pa bregá con tos... De mo y manera, señorito, que si usted me lo permite... yo he pensao de dirme con eya.

DON BALTASAR. Pero ¿no pueden ser compatibles el auxilio que a tu hija le prestes y la permanencia en mi servicio?

ROMANA. No, señó; no, señó... Y que ya se me ha puesto en la cabeza dirme con mi Consuelo, y los viejos somos como los chiquiyos de caprichosos...

DON BALTASAR. Por capricho, más bien que por razón, me inclino a pasarlo.

ROMANA. Mírelo usted por el lao que quiera, señorito... Y dispéñseme usted que sea tan clara... pero me voy... me voy...

DON BALTASAR. Basta, pues. Es una determinación que lamento con toda mi alma; no sólo porque tus servicios me son necesarios...

ROMANA. Mis servisios no valen pa na...

DON BALTASAR. No me interrumpas. No sólo

—decía—porque tus servicios me son necesarios, sino además porque tengo presente que casi casi has nacido aquí.

ROMANA. *Con amargura, sin poder reprimir su protesta.* Por eso mismo no pueo vé siertas cosas...

DON BALTASAR. *Colerico.* ¿Qué?

ROMANA. Que usted comprende mejó que yo puea desírsela la rasón de mi despedía... y que vale más que eche un punto a mi boca. Conque vamos a cayarnos, señó, que sin hablá nos entendemos.

DON BALTASAR. ¡Voto val! ¿Hase visto reticencia más procaz ni más intolerable osadía?

ROMANA. *Llorando.* Señorito, a usted lo han hechisao, a usted le han hecho mar de ojo...

DON BALTASAR. ¡A mí me han hechol... ¡a mí me han hechol... ¡No te consiento que me juzgues! ¡Y ten en cuenta que sólo tus cabellos blancos y tu representación en mi casa son capaces de contener mi enojol

Sale Leonor tambien por la puerta del foro.

LEONOR. Señorito.

DON BALTASAR. ¿Otra?

LEONOR. *Mirándolo asustada.* La señorita Pepa Ruiz lo espera a usted en la sala.

DON BALTASAR. ¿A mí?

LEONOR. Eso me ha dicho.

DON BALTASAR. ¡Pues a fe que no tengo los nervios para otra cosa! ¡Serán menester toda mi

prudencia y mi cortesía para no cometer con ella un desafuero, si viene a hablarme también de lo que ya presumo! *Se encamina hacia el foro, y en la misma puerta se vuelve y se encara con Romana de nuevo.* ¡Ah, tú, Romanal! Puesto que en tu voluntad, o en tu capricho, o en tu chochez, está el marcharte de mi casa, mucho me guardaré de retenerte en ella. ¡Abiertas están sus puertas para ti, como para cualquiera de mis servidores o amigos que no respire entre sus muros a todo su talante y satisfacción! *Vase de estampía.*

LEONOR. ¿Se va usted, Romana?

ROMANA. Ya lo ves, hija. *Lloriqueando.* Me he despedido, porque yo comprendo que estorbo; y me deja dí... porque ér se hase cargo también.

LEONOR. Pos sí que lo siento. No vi yo a sabé manejarme sin usted a mí lao.

ROMANA. Ya te irás acostumbrando a la otra.

LEONOR. Pero no yore usted, Romana...

ROMANA. ¿Y qué vi a hasé sino yorá? ¡Se me agorpan tantas cosas en la cabeza!...

Aparece Andresillo por la puerta del patinillo, con cierta cómica precución.

ANDRESILLO. ¿Anda por ahí er loco?

LEONOR. Escucha, Andresiyo: ¿sabes que Romana se va?

ANDRESILLO. ¿Que se va usted, Romana?

LEONOR. ¿No la ves yorando?

ANDRESILLO. ¿A que va a habé que amarrá a ese hombre?

ROMANA. ¿Tú te crees que pueo resistí las cosas que estoy viendo en esta casa?

ANDRESILLO. Esa arrastrá mujé tiene la curpa. Lo ha levantao de cascós... y está er tío que hase títeres en la plasa como eya se lo mande.

LEONOR. ¡Quién se lo había e desíl .. Porque Encarna no vale pa eso.

ROMANA. Y aunque varga, señó: ¿dejará de sé una de nosotras y no una iguá suya? ¿No es una vergüenza que un cabayero como éste ande por ahí en lenguas de to er mundo? ¡Si levantara la cabeza la señoral... ¡Jesús, Dios míol... Pos ¿y las niñas?... ¡Cuando las pobres niñas se enteren!... A Carmita le cuesta la vía.

ANDRESILLO. ¿Ha reparao usté que ya no habla de eyas pa na?

ROMANA. Y que cuando se le habla muda de coló.

ANDRESILLO. Como que ca vez que se acuerda de sus hijas le sale una cana.

LEONOR. En mala hora entró esa mujé por las puertas.

ANDRESILLO. ¿Ves tú lo que te he dicho muchas veces? Sacando a tres o cuatro pa mí, a toas las mujeres debían quemarlas en parriyas.

ROMANA. Y a muchos hombres. Yo no la curpo a eya tanto como a é.

ANDRESILLO. Pero ¿no habrá un amigo que le tire un poco de las riendas y lo sujete?

ROMANA. *Suspirando.* ¡Ay, esto no tiene compostura, Andresiyol! El amo es otro ya.

ANDRESILLO. Cuéntemelo usté a mí, que le enseñé hase un rato er senserro pa la viuda, y por poco me pega un tiro.

ROMANA. Es otro, es otro...

ANDRESILLO. Lo que no sabe é, que vi a guardarlo pa cuando se case con *Doña Perejila*.

LEONOR. Pero ¿se va a casá?

ANDRESILLO. ¡Toma! Por ahí acaban tos estos viejos encaprichaos.

ROMANA. ¡Jesús! ¡Jesús! La Virgen Nuestra Señora lo ilumine.

ANDRESILLO. Yo, en cuanto me cargue mucho de estera, me voy también. Así no aprendo más Historia'España. *Mirando hacia la puerta del foro.*
¡Atisal

LEONOR. ¿Viene ahí?

ANDRESILLO. Er señorito, no; su *suegro*: ¡*Don Pedro er Cruel*!

LEONOR. ¡Ay, pos yo me voy, que está er tío mu tontol

ROMANA. Y yo también: que le dé conversasión su hija.

ANDRESILLO. O su padre.

Presentase Ventura de tiros largos, como si dijéramos.

VENTURA. Güenos días.

ANDRESILLO. Güenos días. *Desde la puerta del patinillo, yéndose al momento.* ¿Quiere er señorito que enganche?

VENTURA. *Volviéndose hacia el.* ¿Qué?

LEONOR. *Desde la del foro, lo mismo.* Aunque la mona se vista de sea...

VENTURA. *Volviéndose hacia ella.* ¿Qué? Zi ze vendiera la envidia, éza ze jacia miyonaria.

ROMANA. Pos si se vendiera la vergüenza, no ganaba usté ni dos cuartos. *Escupiéndole y yéndose por el patinillo.* ¡Psál

VENTURA. ¿Ah, zí? *Escupiéndole tambien.* Pos... ¡pzál Más vergüenza tiene mi niña y tengo yo, que toz ustedes juntos. Una coza ez una coza y otra coza ez otra coza... ¡Acá vamos por er camino réal... ¿Qué ze habrán figurao?

Vuelve Encarna por la puerta del patio.

ENCARNA. Dios guarde a usté, padre.

VENTURA. Ér te bendiga, hija e mi arma. Ca día estás más jermozota y más güena.

ENCARNA. Er trato de acá...

VENTURA. Ya ze conoce que no te matas trabajando.

ENCARNA. No me ocupo más que der jardín... y der cargo e la caza. Estoy mejón que quiero.

VENTURA. Paeces una princeza. Jasta vergüenza me da de zé tu padre. *Confidencialmente.* Escúchame, Encarniya: ¿y el amo?

ENCARNA. Erretío está; entregaíto a mi capricho... Jago lo que me da la gana... Mi gusto es ley.

VENTURA. ¡Ole! Por ahí, por ahí va la coza...

ENCARNA. ¡Miste que paece un cuentol... ¡Quién había e decirle a Encarniya, ayá en la *Güerta e las Palomas*, que iba a mandá y a zé la reina en un palacio como éstel... Cuando lo pienzo azín de pronto me pongo colorá. ¿Y madre, qué dice?

VENTURA. A madre ze le cae la baba. ¡Como eya ha tenío ziempre tantos muñecos con la aristocracial... En fin, jestá penzando en jacerze trajetetas; conque ya ves túl...

ENCARNA. ¡La pobrel... ¿Y Estebiya, qué dice?

VENTURA. Que le tienes que mercá una capa este invierno.

ENCARNA. Un gabán es más zeñorito.

VENTURA. Zí, pero ponez a Estebiya con gabán y no yega vivo a la plaza.

ENCARNA. Ezo le paece a usté. To es que la vista ze acostumbre. ¿Zoy yo la mesma?

VENTURA. ¿Qué vaz a zé, zi ca vez que vengo te jayo con un trapo distinto? Eza corbata es mu precioza. Y este vestío mu principá.

ENCARNA. ¡Pos zi viera usté cómo voy por dentro de tiras bordás y de encajel...

VENTURA. ¿También por dentro te compones?

ENCARNA. Mejón que por fuera. Miz ojos valen más que los de la gente.

VENTURA. Dices bien.

ENCARNA. ¡Y me echo una de ezencias que me güervo local *Haciendole oler, sucesivamente, lo que va nombrando. Ventura aspira los olores con embeleso.* Miste la bluza... Miste er pañuelo... Miste er delantá... Miste er moño...

VENTURA. ¡Jezúl ¡Jezúl ¡zi ze esmaya unol... Amigo, ezo tiene er meterze en er zeñorío...

ENCARNA. *Mostrándole a Ventura una sortija que tiene puesta.* Ayé me regaló este aniyó.

VENTURA. *Admirado.* ¡Arzá!

ENCARNA. Y antié, esta medaya e la Virgen. *La saca del seno y se la enseña.*

VENTURA. ¡Arzá!

ENCARNA. Y tras de antié una caja e jabones, que no jace más que tocá el agua la pastiya y levanta una espuma que yega ar techo.

VENTURA. *Sacudiendoy sonando los dedos, para expresar más a lo vivo su admiración.* ¡Arzá!

ENCARNA. ¡Padre, no zuene usté los deos azín, que ezo está mu bastol

VENTURA. Zerá ahora; porque yo lo he jecho toa la vía.

ENCARNA. Poz a mí me ha dicho é que no los zonara.

VENTURA. No hay más que jablá entonces.

ENCARNA. Es mu güeno conmigo... Sobre que lo tengo farcinao... prendaíto de mi perzona... ¡Ze me quea mirándome azín con la boca abiortal... To le gusta en mí, to le gusta: loz ojos, los dien-

tes, el arranque'er pelo, mi coló, mi manera de andá, mi manera de zentarme...—*Llevándose una mano a la mejilla y apoyando el codo del mismo brazo en la otra mano*—esta coza que yo jago azín cuando me pongo azín... er jociquito zi me enfao... la riza zi me río... er mismo zapateo con que jablo... ¡To, to, to le gusta en mí; to me lo tiene ponderao!... ¡Y hasta me zaca verzos, padrel

VENTURA. Eze jinca er pico.

ENCARNA. Padre, no lo trate usté azín.

VENTURA. Pero es mesté que te mantengas ziempre der lao acá der río.

ENCARNA. Como que otra coza no estaría ecente.

VENTURA. Déjalo que ze abraze; no le des ni un buchito de agua; ni ziquiea que ze yeve la taya a los labios... y tú lo verás caé reondo lo mesmo que un zegaó en medio e la era.

ENCARNA. Es mu cabayero, no vaya usté a creerze otra coza... No ze propaza en tanto azín. Y ¡zi viera usté qué palabras más finas tiene conmigol...

VENTURA. Pos que vaya buscando un cura, que están baratos.

ENCARNA. ¡Miste que yo cazarme con un zeñól... ¡Miste que Encarniya por Olivares der Yano der brazo de eze hombre!... ¡Los refregonas que vi yo a dá a más e cuatro zeñoritas der pan pringaol... Porque ha e zabé usté, padre, que me mermuran, que me zacan tiras e peyejo, que me ofenden... que cuazi me escupen...

VENTURA. ¡Envidiozas!

ENCARNA. Cuando entro en miza los domin-
gos me jacen cerco, como zi yo estuviera apes-
tál... ¡Y voy más limpia que toaz eyas; y güelo
más bien que toaz eyas; y zoy más ecente que
toaz eyas... y como mejón que toaz eyas!...

VENTURA. ¡Ezo que tú has dicho!

ENCARNA. Ar zalí de la igeleza el otro día ¡ze
me pazaron unas ganas!... Trompezó conmigo la
de don Jenaro, la mayó, la bizca, y me jizo un
mojín de desprecio que fué pa mí como una pu-
ñalá por la esparda. Me fartó er canto ' una pe-
zeta pa decirle: «Oiga usté, cara ' arcuza, menos
mojines y más vergüenza; que a mí ningún hom-
bre me ha puesto un deo encima... y usté es zor-
tera... y ze ha tenío que dí de viaje.»

VENTURA. *Sacudiendo los dedos otra vez.* ¡Arzál

ENCARNA. *Contrariada.* ¡Que no zacúa usté
los deos, padre!

VENTURA. ¡Mujé, tampoco ze pué uno afiná
en un repentel

ENCARNA. Poz es precizo jacé un podé.

VENTURA. Te prevengo que en ezo ando. Er
mesmo *Diario* que viene acá le he dicho ar niño
'er ciego que me lo yeve toas las noches. Pa dir-
me dezasnando poco a poco... Y desde primeros
e mes me lo yeva.

ENCARNA. Ezo está mu bien. Yo ya leo cuazi
de corrío.

VENTURA. ¡A mí me cuesta zuores e muertel

ENCARNA. Ya ze irá usté jaciendo. ¿Ha visto usté los verzos que vienen en er de hoy?

VENTURA. ¿Qué vi a vé yo, chiquiya? ¡Zi toavía voy en er primero que me yevaron! ¡Tiene aquí yo más letras de lo que paecel

Óyese a Don Baltasar gritar dentro.

ENCARNA. Caye usté.

VENTURA. ¿Qué paza?

ENCARNA. Que está gritando y viene pa acá. Hoy ze han propuesto darle er día. No ze pué zé tan güeno.

VENTURA. Pos yo quería hablarle de lo de Estebiya... Porque ponte tú que cae zordao...

ENCARNA. No, padre; no le diga usté na. No ze figure que acá penzamos zaquearlo.

VENTURA. Pero ¿vamos a dejá que Estebiya cargue con er chopo?

ENCARNA. Ayá veremos lo que ze jace. Váya ze usté primero que yegue. Por ahí... por ahí...

VENTURA. Por ande tú quieras. Jasta mañana, Encarniya.

ENCARNA. Jasta mañana, padre.

Vase Ventura por la puerta del patinillo.

Por la del patio llega Don Baltasar dado a los demonios.

DON BALTASAR. ¡Almas de cántaro!... ¡Canalla ruin!... ¿Cómo habéis de comprender en vues-

tra bajeza moral los altos sentimientos de Don Baltasar de Quiñones?

ENCARNA. ¿Qué ez ezo?

DON BALTASAR. *Reparando en ella.* ¡Ah, tú! ¡Encarna! ¡Bendito sea Dios que pone por fin ante mis ojos persona cuya vista les es agradable!

ENCARNA. Pero ¿qué ocurre?

DON BALTASAR. ¡Ocurre lo natural, supuesto que Olivares es una madriguera de bellacos! ¡Como viven de la murmuración, se creen con derecho a husmear en mis acciones y a fallar sobre mi conducta!... Y ¡voto va, que si imaginan que han de torcerla, se engañan del todo! ¡Soy quien soy, y hago cuanto hago por mi libre albedrío! ¡Ante nadie me tengo que justificar, si no es ante mi propia concienzal!... Esa Pepa Ruiz ha venido a colmar mi indignación y a desbordar mi cólera... ¡No más! ¡no más! ¡Digo que no más!

ENCARNA. ¡Pepa Ruiz! ¡Envidiozal... ¡Lástima es lo que da, no corajel... Quien espera y no arcanza, lástima na más es lo que merece.

DON BALTASAR. *Encantado de oírla.* ¿Lástima has dicho, Encarna? Si no te quisiera ya, desde ahora te querría por esa revelación de tu alma sencilla y generosa.

ENCARNA. Pos ¿qué vi a tenerle más que ezo? Eya venía aquí buscando argo que no ze yeva...

DON BALTASAR. *Con arrebató.* ¿Qué? Dilo.

ENCARNA. Lo que voy a yevarme yo...

DON BALTASAR. ¡Sí!

ENCARNA. Pero me lo yevo por gracia naturá, zin pedirlo, zin rogarlo, zin buscarlo de mala manera, zin queré quitárzelo a nadie... Aquí me trajeron der campo... aquí cayó bien mi perzona... aquí mis cozas y mi hablá farcinaron a quien mandaba en esto... y aquí me jayo bien y de aquí no me voy porque bien me quieren... ¿En qué libro está escrito que zea pecao enamorarze de una pobre?

DON BALTASAR. *Con apasionado abandono y delicadeza.* Por tus labios brota, zagala gentil, la inocente filosofía de las almas buenas... Tu boca es manantial de agua pura; panal de miel dulce y sabrosa...

ENCARNA. ¡Qué cozas tan zuaves me dicel...

DON BALTASAR. ¡Me dicel... ¡me dicel... ¿Quién te las dice?

ENCARNA. *Ruborosa.* Me las dice... usté...

DON BALTASAR. ¿Aún no se atreve tu confianza?

ENCARNA. ¡Zi es que me da mucho bochorno!

Sale Romana por la puerta del patinillo, dispuesta para irse a la calle, con un envoltorio de ropa. Su presencia corta de improviso el diálogo de los amantes. Apenas puede hablar de emoción.

ROMANA. Señorito.

DON BALTASAR. ¿Qué? Romana.

ROMANA. Me voy.

DON BALTASAR. Adiós.

ENCARNA. *Sorprendida.* ¿Que ze va usté, Romana? ¿Por qué?

DON BALTASAR. Por su gusto; por su voluntad caprichosa.

ROMANA. Ya lo oyes. A la noche mandaré a Juaniyo por mi baú y por la ropa que me quea.

DON BALTASAR. Bien está. Por última vez te invito a permanecer en mi casa.

ROMANA. No pueo, señorito; no pueo. De aquéya, de la grande, de la antigua, no queaba aquí más que esta vieja... y esta vieja se va. La casa es otra... Con Dios, señorito... *Se encamina con lentitud y reprimiendo el llanto hacia la puerta del patio. Al llegar a ella rompe involuntariamente a llorar. Se detiene un momento, vuelve a despedirse con un ademán, porque no puede articular palabra, y vase entonces.*

Silencio. Don Baltasar permanece inmóvil. Encarna la mira alejarse con angustia, y al fin exclama, dirigiéndose a don Baltasar:

ENCARNA. ¡Yámala!

DON BALTASAR. *Sorprendido de lo que le dice y encantado de cómo se lo dice. ¿Qué?*

ENCARNA. ¡Yámala!

Va don Baltasar hacia Romana entre perplejo y gozoso. Cae rápidamente el telón.

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana y en el mes de setiembre.

Rafael, sentado, fuma. A poco llega don Baltasar por el jardín.

DON BALTASAR. ¿Rafael?

RAFAEL. Don Baltasar, muy buenos días.

DON BALTASAR. ¿Has dormido bien? ¿Has descansado del ajetreo del viaje?

RAFAEL. A medias nada más. Los mosquitos de Olivares son muy cumplidos: ni uno solo ha dejado de saludarme durante la noche.

DON BALTASAR. ¿Y Amparo?

RAFAEL. Esperándola estoy. Quiere que la acompañe a dar una vuelta por ahí.

DON BALTASAR. Ya.

RAFAEL. ¿Carmita duerme?

DON BALTASAR. Presumo que sí. Hace poco dormía. Entré a verla cuando me levanté, y salí de puntillas de su habitación para no turbarle el reposo.

RAFAEL. La verdad es, respetable suegro, que, sin ningún género de salvedades, el engaño en

que han tenido ustedes a Carmita respecto de su madre ha sido tan peligroso como inútil. Mil veces se lo he repetido a mi mujer.

DON BALTASAR. No hemos de renovar en este punto una discusión sobre lo pasado. Lo hecho, hecho está. Hablemos, sí, de lo reciente; ya que anoche, vuestra imprevista llegada y el tropel de emociones que nos asaltó, fueron causa de que no dijéramos cosa con cosa.

RAFAEL. Mire usted; cabalmente quería yo que echáramos un párrafo sobre el particular. Más que para nada, para justificación de Amparo y mía.

DON BALTASAR. Esa no la habéis menester ante vuestro padre.

RAFAEL. De todos modos... Yo sé que Amparo le escribió a usted dos cartas, con intervalo de ocho días o diez, hablándole del proyectado viaje a Suiza de usted y ella, para recoger a Carmita. ¿Es verdad?

DON BALTASAR. Sí.

RAFAEL. Usted no contestó a esas cartas.

DON BALTASAR. No contesté. Mis nervios... preocupaciones diversas... ¡qué sé yo! El hecho es que no contesté.

RAFAEL. Pues en vista de que usted se hacía el sordo...

DON BALTASAR. Yo no acostumbro hacerme el sordo nunca.

RAFAEL. Ni en mi ánimo está molestarle. Per-

done usted las crudezas de estilo. En vista de que daba usted la llamada por respuesta, Amparo, por consejo mío y para ir preparando a Carmita, le puso dos letras diciéndole que su madre se hallaba en Madrid con nosotros, un poco quebrantada de salud.

DON BALTASAR. ¿Es posible?

RAFAEL. ¡Algo habíamos de hacer! A esa primera carta siguieron dos o tres más, llenas de peores noticias, y cuando menos lo esperábamos, se nos entró la niña por las puertas con el tío Joaquín.

DON BALTASAR. ¡Tremenda sacudida para vosotros!

RAFAEL. Puede usted calcular. Ya Carmita, cuando llegó, sabía la desgracia terrible, y estaba al cabo de toda la triste ficción. El tío Joaquín, durante el viaje, consideró oportuno desengañarla.

DON BALTASAR. ¡Pobrecita mía!

RAFAEL. Yo no quiero recordar el encuentro de las dos hermanas: sería muy doloroso para usted. Carmita se obstinó desesperadamente en salir para acá en seguida, y no hubo forma de reducirla a la idea contraria. Por la mañana llegaron a Madrid ella y el tío, y por la tarde salimos todos para Olivares. Yo puse a usted un telegrama previniéndoselo; pero, naturalmente, vino dos o tres horas después que nosotros. Ahí tiene usted toda la verdad.

DON BALTASAR. *Reflexivo.* No hay novela como esta de la vida... ¡Qué complicada es, y cuán amarga de continuo!... Porque se mezclan lágrimas y risas en sus pasajes, pero el final es siempre el dolor.

RAFAEL. Pues hay que sacar fuerzas de flaqueza, querido suegro. Es preciso comunicarle a Carmita la energía que le falta. La misma Amparo necesita también desimpresionarse.

DON BALTASAR. ¿Amparo?

RAFAEL. Sí. Mucho antes de la llegada de su hermana a Madrid, dió en andar preocupada y nerviosa... Ella se me disculpaba alegando como causa de ello el teje maneje de la correspondencia con la niña; pero a mí se me ha metido en la cabeza que la causa es otra.

DON BALTASAR. Y ¿por qué había de tener reservas contigo?

RAFAEL. Mi mujer no me cuenta nada que en su concepto pueda disgustarme. Yo, en cambio, creo adivinar lo que a ella le disgusta. Y le aseguro a usted que Amparo ha tenido un soplo de algo desagradable, y que ese soplo ha partido de aquí.

DON BALTASAR. ¿De esta casa?

RAFAEL. No; de este pueblo. Cuidado que no tengo realidad alguna en qué apoyarme; dato seguro que me lleve a pensar estas cosas... Todas son suposiciones mías. Aquí viene.

DON BALTASAR. ¿Quién?

RAFAEL. Amparo.

Sale Amparo por la puerta del patio. Viste de oscuro y viene con velito a la cabeza.

AMPARO. Buenos días, papá.

DON BALTASAR. Dios te bendiga, hija de mi alma. ¿Has dormido bien?

AMPARO. No, señor; que estoy más rendida que antes de acostarme.

DON BALTASAR. A veces, el excesivo cansancio... impide...

AMPARO. El cansancio... y la loca de la casa. ¡Jesús, qué noche!

RAFAEL. Lo menos has pensado en mi fuga con una odalisca.

AMPARO. Cállate, Rafael. ¿Te parece que estamos para chirigotas?

RAFAEL. ¿Es decir, que ni una broma me consientes después que llevo dos horas esperándote? Le advierto a usted que de casada está más presumida que de soltera.

AMPARO. Bueno, mejor.

DON BALTASAR. Escucha, niña. ¿Y el tío Joaquín, no se ha levantado?

AMPARO. ¡Quiál

RAFAEL. ¡Si eso es un gusano de seda!

AMPARO. ¿Tú qué sabes?

RAFAEL. Lo que me has dicho tú. Creo que se despierta a la una en punto: porque, eso sí, va como un reloj. Se echa de la cama y se afeita; luego se da una ducha fría; después se pone a ti-

rar al florete, y cuando a cosa de las tres se sienta a almorzar, no deja ni los huesos de las aceitunas.

AMPARO. Pero ¡qué ganas de mortificarme tienes siempre!

RAFAEL. ¡Como que para eso me casé contigo!

AMPARO. Ea, pues levántate y anda. ¡Pesado!

DON BALTASAR. ¿Adónde vas, si no es indiscreción el que te lo pregunte?

RAFAEL. Yo no lo sé, pero me dejo llevar por ella.

AMPARO. No es indiscreción... ¿qué ha de serlo? *Mirando intencionadamente a su padre.* Voy a ver a Romana.

DON BALTASAR. *Con mal disimulada zozobra.* ¿A Romana?

AMPARO. Sí: quiero ver si la convenzo de que vuelva acá. Carmita y yo lo deseamos.

DON BALTASAR. Hice los imposibles por que no dejara esta casa... pero pretextando su mucha edad... y no sé qué deberes para con su hija...

AMPARO. Ninguna de las dos razones me convence. Algo más habrá que ella no te ha dicho, y eso es lo que a mí me dirá de seguro. ¿Vamos, Rafael?

RAFAEL. Vamos.

AMPARO. Hasta luego.

DON BALTASAR. Hasta luego.

AMPARO. Por aquí es más cerca.

Se encamina con Rafael hacia el jardín, y por él

se van ambos. En la misma puerta se cruzan con Encarna, que llega y se detiene para que pasen. Viste como en el acto anterior, pero sin joyas ni corbata. Amparo la mira con curiosidad, y ella baja los ojos. Despues, Encarna por una ventana y don Baltasar por la otra, acechan el momento en que se supone que Amparo y Rafael salen de la casa. Entonces se vuelven para hablar, a tiempo que viene Carmita por la puerta del patio. Don Baltasar se adelanta a abrazarla, y Encarna se retira turbadisima por la misma puerta.

ENCARNA. Escucha.

DON BALTASAR. Calla.

Carmita es una figurilla delicada y poética, blanca como el nardo, de cabellos negros, ojos brillantes y frente soñadora. Su expresión es de dolor contenido; su hablar, persuasivo y sereno. Viste de luto.

DON BALTASAR. ¡Nenal ¡Nena mía! Carmita se le abraza llorando. ¿Qué es eso?... Vamos, no llores... Tranquilízate, corazón...

CARMITA. ¡Amanecer en esta casa... y no verla a mi lado!...

DON BALTASAR. Son leyes de la vida, que dicta la muerte, ante cuyo misterio deben callar nuestras protestas.

CARMITA. ¡Buscarla y no encontrarla!... ¡Lla-

marla y que no me contestel... *Con gritos de dolor.* ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Qué pena tan grandel... El día que me habéis dicho que muió, soñé yo que había muerto. ¿Ves qué cosas?

DON BALTASAR. No ahondes en tu herida... Ven acá... siéntate aquí conmigo... ¡Tenemos que hablar tanto!... *Carmita se deja llevar por su padre y se sienta a su lado.* Cálmate... serena tu espíritu, abriéndolo al soplo suave del dolor resignado. No llores.

CARMITA. Dejaría de ser Carmita si no llorara.

DON BALTASAR. Es cierto, alma mía. Parece que las primeras lágrimas que llenaron tus ojos se enamoraron de ellos, y en ellos se albergan desde entonces.

CARMITA. Por todas partes se me figura que va a salir a darme la bienvenida; tan contenta, tan alegre de verme a su lado otra vez... No sabía dar un paso sin mí; ¿te acuerdas, papá?

DON BALTASAR. Me acuerdo.

CARMITA. Te encelabas tú de lo que me quería... Celos que acababan siempre en risas y en besos para mí.

DON BALTASAR. Por Dios, no evoques...

CARMITA. Ella no estará a mi lado, pero yo estoy al suyo; ella se fué de esta casa, pero ha de vivir aquí mientras vivamos todos; ¿verdad, papáito?

DON BALTASAR. *Con angustia.* Sí, hija mía, sí.

CARMITA. Nuestro cariño mantendrá su recuer-

do siempre a nuestro lado. Dondequiera que estemos nosotros, allí estará ella; nada nuevo entrará en nuestro corazón que borre su figura.

DON BALTASAR. *Dolorosamente.* ¡Ayl...

CARMITA. Lo que ella hacía, seguirá haciéndose como si viviera: la limosna a los pobres, la misa en el oratorio los domingos, la visita a Montemayor los días de santo... Lo que ella soñaba, lo realizaremos nosotros, para que lo vea y siga queriéndonos: la fuente del patio, la tapia de los jazmines en el jardín, el premio a los chiquillos en Nochebuena... ¿Qué tienes tú?

DON BALTASAR. Tu dolor y el mío disputándose mi corazón.

Callan los dos unos momentos: don Baltasar, porque acaso no puede decir todo lo que siente; Carmita, por dar una tregua a su dolor, no expresándolo con palabras.

CARMITA. ¿Quién cuida del jardín ahora?

DON BALTASAR. *Turbado.* ¿Ahora?

CARMITA. Sí.

DON BALTASAR. Esa muchacha... tú no la conocías...

CARMITA. ¡Ah, ya sé!... La más compuesta... una que es muy huraña... Por lo menos, a mí me huye.

DON BALTASAR. ¿Que te huye, dices?

CARMITA. Eso me ha parecido. El jardín lo tiene precioso. Lo he visto desde la ventana de mi cuarto. Está cuajadito de flores.

DON BALTASAR. Sí...

CARMITA. Todas han de ir a un mismo sitio... Todas... todas... Cuando vuelva Amparo iremos a llevárselas.

DON BALTASAR. Lo que quieras... lo que tú quieras...

CARMITA. El alma de ella está en toda la casa, guardándola y amparándola siempre... Le llevaremos a su cuerpo lo que de la casa le podemos llevar: flores... muchas flores.

Viene Encarna por la puerta del patio, algo desconcertada.

ENCARNA. Zeñó...

DON BALTASAR. *Con sobresalto.* ¿Qué hay?

ENCARNA. Er zeñorito Polanco... que lo busca a usté, porque dice que tiene que hablarle... y que viene pa acá.

DON BALTASAR. *Sorprendido.* ¿Polanco? ¿Es posible?

ENCARNA. Zí, zeñó... zí, zeñó...

DON BALTASAR. ¡Pobrecillo! Sea bien venido, ¡qué demoniol

CARMITA. *Deteniendo a Encarna, que hace ademán de irse.* No se vaya usted. A su padre. ¿Quién es Polanco, tú?

DON BALTASAR. Apenas lo recordarás... Aquel montañés que puso la fábrica de harinas.

CARMITA. ¿Y ése es ahora amigo tuyo?

DON BALTASAR. Es un alma de Dios... No puedo dudar que me estima...

CARMITA. *A Encarna.* Quiero que me acompañe usted al jardín. Acabo de decirle a mi padre que está primoroso. ¿Vamos a cortar las flores que haya?

ENCARNA. Lo que usted diga.

CARMITA. No le dé a usted pena cortarlas... Son para llevárselas a mi madre. Venga usted, venga usted... *Se va por el jardín. Encarna la sigue silenciosa.*

DON BALTASAR. *Viendolas alejarse.* ¡Ay, Carmita, Carmita!... ¿Por qué tus palabras se me clavan en el corazón?... ¿Cuál es mi delito? ¿Cuál es?...

Aparece Polanco en la puerta del patio y habla en tono un poco más grave que de costumbre.

POLANCO. ¿Baltasar?

DON BALTASAR. ¡Pericol

POLANCO. Pruebas te tengo dadas de que mi amistad es oro de mil y un quilates; pero ninguna como ésta. Me echaste de tu casa violentamente, y vuelvo, sin embargo; ¿sabes por qué? Porque sé que sufres. Mi amistad es mucho mayor que tu injusticia.

DON BALTASAR. Pasa, pasa... Si pude dudar de tu amistad, fué por alucinación pasajera; si te ofendí, yo te ruego que me perdones. Que sufro, es cierto.

POLANCO. ¡Pues ven aquí y descansa sobre un pecho leal!

DON BALTASAR. *Abrazándolo.* ¡De muy buena ganai

POLANCO. ¿Ves? Ya me enternezco como un tonto. ¡Y me llamaste traidor y bellacol

DON BALTASAR. Olvida...

POLANCO. ¡Ay, Baltasar, Baltasar! ¡cómo me he salido con ella!

DON BALTASAR. Pero, escucha: ¿vienes a que yo desahogue mi sufrimiento, o a darme tortura con tu testarudez?

POLANCO. Vengo, como siempre, a ser tu amigo antes que a nada.

DON BALTASAR. Pues no te olvides de ello.

POLANCO. Supongo, Baltasar, que tu primera resolución al llegar tus hijas, será plantar en la calle a esa señora.

DON BALTASAR. Respeto para esa señora es lo primero que te exijo.

POLANCO. ¿Cómo? Pero ¿estamos ahí?

DON BALTASAR. En respetar y hacer respetar estoy yo siempre.

POLANCO. ¡Parece mentira! ¿Serás capaz de consentir que se codeen tus hijas con ella?

DON BALTASAR. ¡No grites! De lo que seré capaz no lo sé, ni sé adónde voy, ni qué infierno es este que arde en mi alma.

POLANCO. Pero ¿es posible que en un corazón hidalgo como el tuyo haya echado raíces una pasión de bajo vuelo?

DON BALTASAR. ¡Alto allá! ¡Rechazo el torpe

calificativo! Y ten en cuenta que ni el corazón elige pasiones, ni la pasión elige corazones tampoco.

POLANCO. ¡Por amor de Dios, un poco de sentido común! ¡Un poco de razón, Baltasar!

DON BALTASAR. ¿Y si ya la hubiera perdido? No es cosa fácil imaginar, Polanco amigo, la batalla que en mi interior se riñe, destrozando mi ser... Pienso que en mi pasión por una mujer humilde no hay vergüenza alguna, y respiro a mis anchas tranquilo; pero pienso que mi Carmita ha venido a esta casa para hallar a su madre, soñando que vivía, y que no sólo no la encuentra, sino que puede ver en su sitio a otra mujer extraña para ella, sin remedio odiosa a sus ojos, y entonces mi razón se nubla, mi corazón se abre herido, desfallece mi cuerpo... y tiemblo, y lloro, y me asusto de mí.

POLANCO. No entiendo, no entiendo... Creo que le das al caso proporciones que está muy lejos de alcanzar. Digo, ¡a menos que sea verdad la especiotra que corre por Olivares del Llanol!

DON BALTASAR. ¿Corre una especie por Olivares referente al caso?

POLANCO. Corre, corre. Hasta que da con uno como yo que la para en firme.

DON BALTASAR. Pues ¿qué se miente?

POLANCO. ¡Figúratel *Echando bendiciones*. Nada menos sino que en secreto ya os habéis... *Don Baltasar baja los ojos en silencio. Polanco se alarma*. A ver, a ver... ¿Te has enterado, tú?

DON BALTASAR. Sí.

POLANCO. Y ¿qué dices?

DON BALTASAR. Nada. Dejo a los demás que lo digan todo.

POLANCO. Pero oye, oye, oye: mírame a la cara.

DON BALTASAR. Ya te miro.

POLANCO. ¿Te ha pasado por la imaginación alguna vez tamaño disparate?

DON BALTASAR. Y ¿por qué lo tachas de disparate, hombre ligero?

POLANCO. ¡Ave María Purísima!... ¡Tú te has casado!

DON BALTASAR. ¡Calla! ¡imprudente!

POLANCO. ¡Ave María Purísima!... ¿De manera que es cierto?

DON BALTASAR. Es cierto. ¿Podías esperar otra cosa de mi caballerosidad?

POLANCO. De tu locura sí que no podía menos de esperarla.

DON BALTASAR. ¡Ah, ya lo veo! Me juzgas por ti. Tu conducta hubiera sido muy distinta.

POLANCO. ¡Pero muy distinta! ¡Adónde va a parar!

DON BALTASAR. Pues ¿qué? ¿Crees que hay desdoro en ello?

POLANCO. *Irónicamente.* ¡Está bien!... ¡está bien!... ¡Bien!... ¡bien!... ¡Está bien!

DON BALTASAR. Ya sé yo que está bien: huelga que tú me lo repitas. Podrán condenarme las

circunstancias—me condenan sin duda, y ya me duele—, pero el hecho, en abstracto, está bien. De ahí no me afea nadie.

POLANCO. ¡Pues sigue en tu burra, hijo mío! Puesto en ella, aguantar los palos. Pero como amigo leal, como amigo de veras, lo lloraré con lágrimas de sangre; porque el hecho, en concreto, y no sirve que le dé vueltas vuesa merced, es que don Baltasar de Quiñones y Díez de Miranda, con toda la gala y pompa que desde luego exigen su esfera y su linaje, ha entrado en el gremio de los señores que se casan con la cocinera.

DON BALTASAR. *Palideciendo de rabia.* ¡Pericol ¡O te retractas inmediatamente de cuanto acaba de salir por tu boca, o estoy dispuesto a abofetearte!

POLANCO. Hombre, hombre, no lo tomes así...

DON BALTASAR. Pues ¿cómo lo he de tomar, mentecato? ¡Y quede esto aquí, y sabe de hoy más a quién debes en esta casa igual respeto que a mi persona! *Vase por el patio.*

POLANCO. *Viendolo marcharse.* Está loco. No me cabe duda: está loco. *Paseándose.* Pero, hombre, ¿es posible?... Y todo por una mujer... No, si ya lo dijo el otro: «¿Quién es ella?»

Vuelven del jardín Encarna y Carmita. Encarna trae muchas rosas recogidas en el delantal y Carmita algunas en la mano. Las dejan sobre una mesa al llegar, y luego se ocupan en agruparlas cuidadosamente en ramos distintos.

CARMITA. ¿Gritaba papá? *Reparando en Polanco.* ¡Ahl Buenos días.

POLANCO. Buenos días. ¿Usted no se acordará de mí?

CARMITA. ¿Es usted el señor Polanco?

POLANCO. ¡El mismo! ¡Carambal! ¡qué feliz memorial

CARMITA. ¿Espera usted a mi padre?

POLANCO. Al contrario: me espera él a mí. Voy allá; a seguir peleando.

CARMITA. ¿Peleando?

POLANCO. Sí. Nuestra amistad tiene por acicate las peloterías. ¡Jel! Si no reñimos, no somos amigos.

CARMITA. Es particular.

POLANCO. Usted suspiraría ya por volver a su casa.

CARMITA. *Con pena.* Sí, señor, sí; pero de otro modo...

POLANCO. De eso ya me hago cargo... Hay que conformarse... El claro oscuro de la vida es cruel... verdaderamente cruel... *Despidiéndose.* No quiero atormentarla... Si usted no tiene nada que mandarme...

CARMITA. Nada, no, señor; agradezco tanto...

POLANCO. Soy un amigo leal, señorita. Su papá de usted sabe cómo las gasto en ese terreno. A los pies de usted.

CARMITA. Beso a usted la mano, señor.

POLANCO. Buenos días. *Vase por la puerta del patio.*

CARMITA. ¿Viene mucho por aquí este señor Polanco?

ENCARNA. *Con voz temblorosa, sacudida por la emoción que ante Carmila siente.* Cuazi no zale de la caza... Pero ahora yevaba más e dos zemanas zin vení.

CARMITA. ¿Por qué?

ENCARNA. Porque riñó con er zeñorito.

CARMITA. Sí; ya ha dicho que se pelean...

ENCARNA. Eza vez fué más zerio.

CARMITA. ¿Qué hubo, sabe usted? *Encarna calla.* ¿No lo sabe?

ENCARNA. No me acuerdo ya...

CARMITA. ¿Vamos a hacer los ramos?

ENCARNA. Loz haré yo zola... pa que no ze espine usted las manos...

CARMITA. Los haremos entre las dos.

ENCARNA. Como usted diga...

Callan unos momentos.

CARMITA. *Suspirando.* ¡Ay! ¡qué tarea más tristet... ¿Le vive a usted su madre?

ENCARNA. Graciaz a Dios.

CARMITA. ¡Ojalá le viva a usted siempre! ¿Usted no vió a mi madre nunca?

ENCARNA. No...

CARMITA. Pues ¿usted no es del pueblo?

ENCARNA. Zí... pero ziempre he vivió en er campo...

CARMITA. ¿Ni le han hablado a usted de ella los otros criados?

ENCARNA. Mucho... mucho...

CARMITA. ¿Qué le pasa a usted?

ENCARNA. Que la pena de usted me yega, zeñorita...

CARMITA. Dios se lo pague. Con Romana hablaría usted mucho de mi madre, ¿verdad?

ENCARNA. ¿Con quién?

CARMITA. Con Romana. ¿O es que no la ha conocido usted?

ENCARNA. A Romana, zí.

CARMITA. ¿Qué tiempo lleva usted acá?

ENCARNA. Más e cuatro mezes...

CARMITA. ¿Y Romana se fué hace mucho?

ENCARNA. Coza de quince días...

CARMITA. ¿Por qué motivo?

ENCARNA. Yo no zé... no zé...

CARMITA. ¿Tampoco sabe usted eso?

ENCARNA. Tampoco.

CARMITA. Mi hermana ha ido a verla, porque queremos que vuelva a la casa. Usted considere: antes de que naciéramos nosotras, ya era vieja aquí. Aunque no sirva materialmente, acompaña mucho. ¿Verdad?

ENCARNA. Zí... zí...

CARMITA. ¿Y usted está contenta?

ENCARNA. Mu contenta...

CARMITA. Mi padre es bueno... Sabe tratar a los humildes... *Silencio.* Déme usted ese ramo.

ENCARNA. ¿Cuá?

CARMITA. Ese. Y ese otro también... Me los

voy a llevar a mi alcoba. *Al tomar los ramos de manos de Encarna.* Pero ¿está usted temblando, criatura?

ENCARNA. No...

CARMITA. ¡Vaya si tiembla! ¿Por qué es eso?

ENCARNA. No zé...

CARMITA. *Sorprendida.* Déme, déme acá...

ENCARNA. ¿Le yevo a usté argunos?

CARMITA. No; no hace falta. Puedo yo sola.

Se va por la puerta del patio con los ramos de flores cogidos con suma delicadeza, y sin dejar de mirar a Encarna. Ésta, baja la vista, juega maquinalmente con las hojas que quedan sobre la mesa. Así permanece algún tiempo. Por su frente pasan ideas contrarias, nacidas de la confusión que reina en su espíritu. «¿Se irá de la casa?» «¿Se quedará en ella?» «¿Podrá resistir su corazón la presencia de aquella niña que constantemente la acusa?» Su abstracción es completa y profunda. Don Baltasar viene al fin por el patio, receloso y sombrío. Llega junto a Encarna, sin que ella lo note. La llama entonces con voz sorda y turbada, y la moza vuelve de su abstracción, estremeciéndose de espanto.

DON BALTASAR. ¿Encarna?

ENCARNA. ¡Ahl

DON BALTASAR. Soy yo: no temas.

ENCARNA. Me azusté...

DON BALTASAR. Sosiégate.

ENCARNA. Desde anoche me azusta jasta er zilencio...

DON BALTASAR. ¿A ti?

ENCARNA. No ze me zale der penzamiento eza Carmita, que no para de mentá a zu madre... Como zi yo hubiera cometío argún delito en contra de eya.

DON BALTASAR. Ni tú ni yo lo hemos cometido.

ENCARNA. Poz argo malo habremos jecho cuando estamos de esta manera...

DON BALTASAR. En quererse rectamente no hay mal ninguno.

ENCARNA. Pa mí lo hay... Castigo de Dios es lo que me paza... Yo he nació pobre, pa trabajá como miz iguales, no pa lucí como las zeñoras... Me tentó er demonio, me cegó el orguyo, me gorví avaricioza y mala... y ahora voy a penarlo to.

DON BALTASAR. Rechaza esas ideas supersticiosas... No niegues nuestra pasión, que es nuestra disculpa.

ENCARNA. Yo no niego na... pero con tus palabras durces debí jacé lo que con la parva en la era: al aire... al aire...

DON BALTASAR. No, Encarna, no: tu zozobra y la mía nada tienen que ver con nuestro cariño.

ENCARNA. Er cazo es que noz azusta que ze zepa...

DON BALTASAR. ¿Qué dices?

ENCARNA. ¿A que no yamaz a Carmita pa decirle quién zoy?

DON BALTASAR. *Con súbito miedo.* ¡Ahl ¡Muy pronto ha de sabersel... Amparo ha ido a ver a Romana.

ENCARNA. ¿Ves cómo estáz amedrentao?

DON BALTASAR. ¡Si esto es lo que me tiene fuera de mí! Con Amparo vendrá la verdad—terrible y dolorosa... ¿a qué negarlo?—y yo, que saldría por esas calles diciéndole a la hipócrita gente: «¡Esto hicel», tiemblo de pensar en la tremenda conmoción de mi Carmita, que ya no quería vivir en el mundo más que para el santo recuerdo de su madre.

ENCARNA. ¡Jezús, qué espanto! ¡Yo me voy!

DON BALTASAR. ¡Encarnal

ENCARNA. ¡Yo no tengo való pa vé ezol... ¡Yo me voy de aquí!

DON BALTASAR. ¿Adónde?

ENCARNA. ¡Qué zé yol ¡Lo más lejos que puea! ¡A los campos tranquilos, jasta que me caiga de andál!

DON BALTASAR. Cállate. No pienses locuras.

ENCARNA. No zon locuras... Ez er mieo de jacé daño a nadie, que paece que me empuja pa fuera...

DON BALTASAR. Yéndote, me matarías a mí... Pero ¿qué hablo yo también, insensato?... No te irás, no te irás... Estamos unidos ante Dios por la atracción de nuestras almas... No te irás, Encarna, no te irás... Yo te hice mi esposa para no mancharte... No te irás, no te irás...

Dominado por la pasión ha ido estrechando a Encarna más y más. Ella lo mira subyugada, con supersticioso terror. Amparo, que momentos antes ha aparecido en el jardín, avanza hacia la sala atraída por lo que ve y se detiene en la misma puerta con dolorosa perplejidad, cubriéndose el rostro con las manos y dando un grito.

AMPARO. ¡Jesús!

Sobrecogidos los esposos, se separan violentamente. Don Baltasar mira a su hija con expresión en que se confunden la vergüenza, el dolor y el miedo. Encarna, avergonzada también y convulsa, vacila, tiembla, mira con espantados ojos, no sabe que dirección tomar. De improviso, y más bien arrastrada por impulso secreto que por claro estímulo de su razón, escapa por la puerta del patio, no como quien se va, sino como quien huye.

DON BALTASAR. Amparo... Hija mía...

AMPARO. *Con acento de recriminación.* ¡Qué has hechol

DON BALTASAR. No me mires así... no me huyas... ¡Perdóname!

AMPARO. ¡Qué has hechol

DON BALTASAR. Ven acá... Necesito hablarte...

AMPARO. No... ¿Para qué?

DON BALTASAR. Para que me perdones.

AMPARO. Déjame... No me digas nada... no

quiero oírte... No quiero saber más de lo que ya sé.

DON BALTASAR. Yo quiero que lo sepas. Lo que te diga yo, por doloroso que te sea, será honrado, será sincero; lo que la gente te haya dicho o te diga, será villano. Por eso quiero que me oigas a mí. No, no estoy loco; no estoy prostituído; conservo sano mi juicio, entero y puro mi ser moral. Eso quisiera el pueblo, cuyo aliento plebeyo acaba de turbar tu alma; eso quisiera, sí: que don Baltasar de Quiñones hubiese dado fundamento vergonzoso a sus torpes hablillas.

AMPARO. Vergonzoso o no, fundamento has dado...

DON BALTASAR. Amparo, nena mía: que te desconozco si me acusas así. Oye primero la verdad, y luego júzgame: pero oye primero la verdad. Encarna es mi esposa.

AMPARO. *Llena de turbación y angustia.* ¿Tu esposa?... ¿Has dicho que es tu esposa?...

DON BALTASAR. Pues ¿no has visto que la abrazaba?

AMPARO. ¡Jesús! ¡Jesús, Dios mío!

DON BALTASAR. Si antes no pude darme cuenta de tu injusticia, ahora comprendo perfectamente tu estupor. Me dejaste llorando mi soledad y evocando en todo momento la sombra de la que fué tu madre, y al volver inopinadamente me hallas así... ¿Cómo salvar este abismo en tu alma?... Yo lo salvaré... Necesito llenarlo, para que des-

canse la mía; para que la tuya también descanse.

AMPARO. *Anhelante, desconcertada.* Dime, dime, sí; háblame, por Dios; explícame cómo ha podido suceder esto, que no acierto a juzgar, pero que me aterra, que me aflige... Ahora nada me importa de lo que la gente murmure... Lo primero es que tú me cuentes... que tú...

DON BALTASAR. Sosiégate, corazón... Sosiégate... y escúchame en calma.

AMPARO. ¿No nos oirá Carmita?

DON BALTASAR. No. Hace rato subió a su alcoba con unas flores... Estará rezando.

AMPARO. ¿Ella nada sospecha?

DON BALTASAR. Aún no.

AMPARO. Ni después tampoco.

DON BALTASAR. ¿Qué?

AMPARO. Es una idea. Sigue tú...

Silencio.

DON BALTASAR. ¿Te acuerdas, nena, de nuestra última conversación la noche de vísperas de tu boda?... ¡Qué soledad la mía! ¡qué abandono más triste aquel en que yo me quedaba!... ¿Te acuerdas? Tu hermanita, lejos de mí, por dolorosa necesidad; tú, alejándote también, por ley de la vida; tu madre, más lejos aún... por ley de la muerte. ¡Qué solo me dejaron todos!... ¿Bastará mi soledad de tantas horas interminables a disculpar siquiera lo que he hecho?

AMPARO. Sigue.

DON BALTASAR. ¿Porque no basta, o porque lo quieres oír todo?

AMPARO. Sigue.

DON BALTASAR. Con Encarna entró en este caserón para mí un soplo de alegría... Pronto advertí que mi soledad no era ya absoluta, irremediable... La condición humilde de esa mujer, su traza campesina, que para otro señor hubieran sido un valladar, fueron para mí un incentivo, trajeron a mi alma como un reverdecer de mis aficiones más puras; y la atractiva belleza de su persona, juntamente con la ingenua sencillez de su corazón, acabaron de cautivarme. ¿Qué dices?

AMPARO. Nada te sé decir: estoy aturdida por el golpe. Se confunden en mi cabeza con tus razones las cosas que la gente habla, y me vuelvo loca.

DON BALTASAR. Desprécialas.

AMPARO. No puedo. No puedo tampoco vencer la impresión que esto me produce... No sé, no sé... Lo que has hecho... sin duda lo has hecho bien: no te lo niego... no te lo discuto... ¡Pero déjame a mí sentirlo con toda mi alma!

DON BALTASAR. ¡Oh, sí! ¡Muy insensato sería yo, y muy egoísta, y tal vez muy malo, si pretendiese regatearte esa penal!

AMPARO. Pues óyeme ahora tú. Y confórmate, por Carmita, con lo que ya he resuelto.

DON BALTASAR. ¿Qué?

AMPARO. Sí; es mi idea: la idea que te dije... Es una determinación necesaria. Oye.

DON BALTASAR. Dí.

AMPARO. En la verja espera el coche que ha de llevarnos a Montemayor. Allí dejaremos las flores que ella habrá cortado del jardín... Luego, yo la convenceré de que estos primeros días no los debe pasar en la casa, donde cada rincón tiene un recuerdo y cada objeto es un estímulo a su pena... Nos iremos al campo... a cualquier parte... Después, a Madrid.

DON BALTASAR. *Comprendiendo.* ¡Qué buena eres!... Mi dolor es el tuyo... ¡Carmita!... ¡Carmita!... Ella ha sido mi mayor tortura desde que llegasteis; ella, mi espanto y mi zozobra... ¡Oh, sí... sí!... Hágase lo que tú has pensado, aunque a mí se me vaya tras de vosotras lo mejor de mi corazón.

AMPARO. ¿Te conformas?

DON BALTASAR. Me resigno... *Con doloroso esfuerzo.* Pero, dime: ¿volveréis algún día?

AMPARO. Calla, que viene.

DON BALTASAR. ¿Quién?

AMPARO. Carmita. Calla.

DON BALTASAR. Descuida: callaré.

Llega Carmita, con gabancillo y velo negros.

AMPARO. *Saliendo a su encuentro.* ¿Te ha dicho Andresillo que te esperaba?

CARMITA. Sí. Ya están las flores en el coche. ¿Viste a Romana?

AMPARO. Sí. Ya te contaré.

CARMITA. ¿Vamos?

AMPARO. Vamos.

CARMITA. *A don Baltasar.* ¿Tú no vienes?

AMPARO. No.

CARMITA. ¿Por qué?

AMPARO. Está afectadísimo... Sufriría mucho...

DON BALTASAR. *Conteniendo en vano los sollozos.* ¡Mucho, sí!... ¡Mucho!

CARMITA. ¿Lloras?

DON BALTASAR. Lloro: ya lo ves.

CARMITA. Y ¿te vas a quedar aquí solo?

DON BALTASAR. Sí. Vosotras, a llevar las flores a Montemayor; yo, a llorar entre tanto.

CARMITA. Adiós, papáito.

DON BALTASAR. *Besándola con dolor reprimido.* Adiós, corazón.

AMPARO. Adiós, papá.

DON BALTASAR. Adiós, hija. *Don Baltasar calla. Las dos hermanas se marchan lentamente por el jardín. Antes de desaparecer por completo, vuelven la vista hacia su padre. Este las mira alejarse con estupor. Alguna vez sacude sus músculos el impulso de correr tras ellas. Se van... se van... Se fueron... Y me dejan solo... solo... ¿Por qué es esto?... ¿Por qué es así la vida?... Silencio. Me dejan solo... solo... Llamando dolorosamente a Encarna.* ¡Encarna! *Volviendo a gritar.* ¡Encarna! *Silencio. Espera.* ¡Encarna! *Con súbito temor de que Encarna haya huido.* ¡Ah!... ¡Encarna! *Vase por la puerta del patio, desconcertado y loco. Óyesele cada vez más lejos llamando a Encarna.* ¡Encarna!...

¡Encarnal... ¡Encarnal... *Silencio largo. Vuelvesele a oír por el jardín cada vez más cerca.* ¡Encarnal... ¡Encarnal... ¡Encarnal... *Llega a la sala de nuevo lleno de dolorosa angustia, buscando a Encarna sin cesar, inquieto y agitado, y como queriendo hallarla en todas partes.* ¡Encarnal... ¡Encarnal... ¡Encarnal... *Cae el telón.*

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, agosto, 1903.

AMOR A OSCURAS

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el TEATRO DE LARA el 19 de abril de 1906.

A CLOTILDE DOMUS,
*gentilísima actriz, sus admiradores
y buenos amigos,*

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ALICIA	CLOTILDE DOMUS.
RUPERTA.....	LEOCADIA ALBA.
DON LUIS.....	FRANCISCO PALANCA.
MANOLO	LUIS DE DIEGO.

AMOR A OSCURAS

Gabinete elegante en casa de Alicia, viudita de teatro; esto es, joven y guapa. Es de noche: profusión de luces.

Sale Alicia por una puerta, naturalmente. Verla y comprender la prematura muerte de su marido, todo es uno. Con mano de rosa toca un timbre de plata y aparece por otra puerta una doncella, que es un marroquí. La belleza de la señora y la fealdad de la criada, que encima se llama Ruperta, contrastan duramente. Alicia no estima en mucho sus encantos; Ruperta tiene pretensiones y frunce la boca para hablar. La una viste con sencillez y elegancia; la otra, con cierta distinción.

RUPERTA. Señora.

ALICIA. Ven acá, Ruperta.

RUPERTA. Mande usted.

ALICIA. ¿Has prevenido ya a Manolo?

RUPERTA. Manolo sabe ya la lección como el Padrenuestro.

ALICIA. ¿Y tú?

RUPERTA. En mí, descanse usted. Otra cosa no seré, pero lista...

ALICIA. Es verdad. A ti se te puede confiar cualquier asunto delicado.

RUPERTA. Muchísimas gracias.

ALICIA. Es justicia.

RUPERTA. Es favor. Está usted nerviosa.

ALICIA. No...

RUPERTA. Sí, señora, sí; otra cosa no tendré, pero ojo...

ALICIA. También es verdad: no se te oculta nada.

RUPERTA. Nada. El cariño que le profeso a usted hace que le adivine los pensamientos... las inquietudes...

ALICIA. Pues sí que estoy nerviosa: es cierto. Ese caballero va a llegar de un momento a otro... y no sé, no sé cómo saldremos de este lance, verdadero paso de comedia.

RUPERTA. Diablura le llamaría yo.

ALICIA. Bien dicho está: diablura.

RUPERTA. Como que otra cosa no tendré, pero tino para dar con la palabra propia... Y si usted reconoce que es diablura, ¿por qué se mete en ella?

ALICIA. ¡Ay, Ruperta, mi temprana viudez me ha abierto los ojos! Yo no conozco al señor de Salazar, ni el señor de Salazar me conoce a mí; pero yo sé bien a lo que viene, y él sabe mejor que yo lo espero.

RUPERTA. Pues por eso mismo creo yo que debiera usted recibirlo de día, a la hora acostum-

brada de las visitas de cumplido, y hablar con él, y cambiar impresiones... y nada más.

ALICIA. No, no; esta prueba la hago. Será capricho o tontería, pero la hago. Mi primer marido se enamoró de mí cuando yo tenía quince años: le cautivaban mis ojos negros, mi boca fresca, mi cabello abundante, mis manos finas y bien cuidadas, mis pies menuditos, mi cuerpo juvenil... ¡Ay! Al año de amores nos casamos... y a los dos meses de matrimonio, ni él podía soportarme a mí, ni yo a él. Mi cuerpo, mis pies, mis manos, mi cabello, mi boca y mis ojos perdieron a los suyos todo atractivo, todo encanto... Vino primero la indiferencia, luego la frialdad, después el hastío... A aquel hombre no le había gustado yo nunca más que por fuera: aquello no era un matrimonio. Se pegó un tiro. Yo creo que hizo bien. Han transcurrido ya cinco años, durante los cuales he pensado más de una vez en volver a casarme; porque una mujer sola está tan triste...

RUPERTA. ¡Ay, muy triste, muy tristel

ALICIA. Tengo muchos adoradores, no sólo en Guadalema, sino también en los pueblos de la provincia; y todos lo mismo que aquél: que si la boca, que si los ojos, que si la risa, que si el pie, que si el talle...

RUPERTA. ¿Y en qué se han de fijar, señora?

ALICIA. Bien está que se fijen en eso; pero yo quiero que si otro hombre me lleva al altar, antes que por mis hechizos de mujer bonita guste

de mí por mi condición, por mi carácter, por mis salidas, por mi charla tonta o discreta, por mis genialidades, por mis caprichos, por mí entera, en una palabra. ¿Comprendes ahora y disculpas la trampa en que quiero que caiga ese señor don Luis de Salazar?

RUPERTA. Sí, señora: la comprendo, la disculpo... y hasta la río... ¡Ja, ja, ja! Otra cosa no tendré, pero el don de hacerme cargo no me falta.

Sale Manolo con una tarjeta en una bandeja de plata.

MANOLO. Señora.

ALICIA. ¡Ah! *Después de mirar la tarjeta.* Que pase. *Vase Manolo.* Aquí lo tenemos. Sígueme tú.

Se marchan los dos rápidamente. A poco vuelve a salir Manolo con don Luis.

MONOLO. Pase usted, caballero. Haga el favor de esperar sentado. *Se va.*

DON LUIS. ¿Esperar sentado? No me hace gracia el doble sentido de la frase. ¡Bah! ¡qué tontería! *Este don Luis es un caballero de buen porte y mediana edad, que comprende que se halla en la de casarse, para no pasarlo peor andando el tiempo.* La casa revela buen gusto, bienestar... exhala aroma femenino... Aquí hay un mujer. Es claro que si no hubiera una mujer no habría ve-

nido yo. ¿Será bonita o fea? Lo natural es que sea bonita. Mi hermana dice que es preciosa; pero mi hermana no es voto imparcial: ¡es tan amiga suya! ¿Por qué no habrá querido enviar un retrato? Es alarmante... ¿Le habrá ocurrido algo desde que mi hermana no la ve?... Si tuviera por aquí alguno, anticiparía mi impresión y estaría seguro de mí cuando ella saliese. Soy tan impulsivo, tan fuguillas... Porque yo me quiero casar; comprendo que me ha llegado la hora; pero según y cómo. Casarme, sí; casarme, sin duda me conviene. Pasó ya la juventud alocada... y en la vida hay peligros... hay peligros graves para el soltero: una criada guapa... una lagartona un poco lista... ¡Horror! No pensemos en desatinos. Hay que casarse: estoy en punto de caramelo. *Apáganse todas las luces. El gabinete queda como boca de lobo.* ¿Qué pasa?

ALICIA *Dentro.* ¡Rupertal! ¡Manolo! ¡Rupertal! ¡Es mucho cuento!

DON LUIS. ¡Ah!

ALICIA. *Saliendo.* ¿El señor de Salazar está aquí?

DON LUIS. A los pies de usted.

ALICIA. Perdone usted este accidente inoportuno...

DON LUIS. Por Dios, señora...

ALICIA. Cada lunes y cada martes hemos de tener la misma función.

DON LUIS. Je...

ALICIA. Le digo a usted que la fábrica de luz de que aquí gozamos es una maravilla.

DON LUIS. En todas partes cuecen habas. (¡Qué frase más ridícula! Y es que estoy azoradísimo con esto de la luz.)

Alicia toca el timbre.

ALICIA. ¡Dichosos criaditos!...

DON LUIS. ¡Oh, los criaditos!...

MANOLO. *Presentándose en las tinieblas.* ¿Señora?

ALICIA. Velas, hombre, velas: ¿en qué estáis pensando?

MANOLO. Señora, no hay velas.

ALICIA. ¿Que no hay velas? ¡Dios mío, qué sofocación! Caballero, usted me dispense...

DON LUIS. ¡No faltaba más!

ALICIA. ¿Sabéis que ocurre lo mismo un día sí y otro no, y ahora no hay velas? ¡Que se llegue Juan por doce paquetes!

DON LUIS. Con una vela basta.

ALICIA. ¿Cómo?

DON LUIS. Nada: una tontería... Je... La situación es tan anormal... Je...

MANOLO. Juan ha ido a casa de su novia.

ALICIA. ¡Pues llégate tú; pero volando!

MANOLO. Sí, señora. *Se va.*

ALICIA. ¡Cuánto deploro, señor de Salazar, este contratiempo desagradable!

DON LUIS. Señora, doblemente lo deploro yo, porque me priva de contemplarla a usted.

ALICIA. Muchas gracias. Tenga usted la bondad de sentarse.

DON LUIS. ¿En dónde? Temo tirar algo.

ALICIA. ¡Jesús, es verdad! Encienda usted una cerilla.

DON LUIS. No puedo: no fumo.

ALICIA. Ya lo sé.

DON LUIS. ¿Que lo sabe usted?

ALICIA. Su hermana me lo ha dicho mil veces. Pero hay quien sin fumar las lleva. Aguarde: yo lo guiaré.

DON LUIS. Jamás en la vida tuvo un ciego lazarillo más encantador.

ALICIA. Agradezco la galantería; pero ¿usted qué sabe?

DON LUIS. No hace falta la luz para saber eso.

ALICIA. Aquí: siéntese aquí. Sin cuidado.

DON LUIS. *Sentándose con todo lujo de precauciones.* ¿Sin cuidado, eh? Mil gracias.

ALICIA. Y yo aquí. *Se sienta cerca de él.* Y esperemos la luz divina.

DON LUIS. Pero hablando mientras.

ALICIA. Es natural. Esto me recuerda un cuento muy gracioso.

DON LUIS. ¿El del túnel?

ALICIA. ¿Cuál?

DON LUIS. Ninguno: estoy yo confundido. (¡Qué bruto!)

ALICIA. ¿Su hermana de usted, buena, señor de Salazar?

DON LUIS. Sí, señora, sí. Me encargó mucho que no dejara de hacer esta visita. Nunca me perdonaría que yo hubiera estado en Guadalema y no hubiera venido a verla a usted.

ALICIA. ¿A verme?

DON LUIS. A verla, sí; porque supongo que llegarán las velas... o la luz.

ALICIA. ¿Y si no llegaran?

DON LUIS. ¡Aquí me esperaría hasta la salida del sol!

ALICIA. ¡Ja, ja, ja!

DON LUIS. Le confieso a usted que si mis deseos de conocerla eran muy vehementes, ahora lo son más. Tiene usted una voz tan agradable, tan dulce, tan acariciadora...

ALICIA. ¿A que va usted a compararme con un ruiseñor?

DON LUIS. Nada más natural, puesto que la oigo en la sombra y estoy encantado de oírla.

ALICIA. ¡Encantado! ¡Jesús! Derrocha usted galantería... ¡Encantado! ¡encantado!... ¿Cree usted que lo estaría lo mismo si hubiera luz?

DON LUIS. ¡Oh! seguramente.

ALICIA. ¡Con qué decisión lo afirma usted!

DON LUIS. Mi hermana se hace lenguas de su hermosura.

ALICIA. No es posible.

DON LUIS. ¡Vaya si es posible! De su hermosura y de su discreción. No se le caen de la boca, al hablar de usted, aquellos versos clásicos:

*Era hermosa, era discreta,
que aunque enemigas las dos,
en ella hicieron las paces
hermosura y discreción.*

ALICIA. *Fingiendo gravedad.* Señor don Luis, su hermana de usted habrá podido elogiar mi discreción, porque es muy amable; mi belleza sospecho que no, porque además de ser tan amable, es compasiva... y es buena.

DON LUIS. (¡Canariol)

ALICIA. (¡Le he oído tragar saliva!)

DON LUIS. No, no... pues aun a trueque de lastimar su modestia... je... yo le respondo... je... *Pausa angustiosa.* Se tarda el chico de las velas.

ALICIA. Se tarda, sí. A saber hasta dónde habrá tenido que alargarse.

DON LUIS. (¡Luz! ¡luz, Dios todopoderoso!)

ALICIA. ¿Muchos días en Guadalema, señor de Salazar?

DON LUIS. (¡Se ha acercado un poquitito!...) No sé... todavía no sé...

ALICIA. ¿No sabe?

DON LUIS. No; no sé... Según...

ALICIA. ¿Según?

DON LUIS. (Su aliento es tibio... envenenador... Y ¡qué perfume el de su personal!...)

ALICIA. Se lo preguntaba, no por curiosidad, sino porque deseo enviarle con usted una futesilla a su hermana.

DON LUIS. Je... Lo agradecerá tanto...

ALICIA. Y eso que estoy muy resentida con ella.

DON LUIS. ¿Por...?

ALICIA. La muy pícara no fué para ponerme dos letras siquiera cuando me caí del caballo.

DON LUIS. ¿Del caballo? Le aseguro a usted que lo ignora; que lo ignorábamos completamente.

ALICIA. ¿Es posible? Si hablaron de ello todos los periódicos... Por hablar, hasta indicaron el defecto que me quedaría en una pierna...

DON LUIS. ¡Es cojal)

ALICIA. Y en la nariz...

DON LUIS. ¡Es chatal) Pues nada... no... ni una palabra, no... Je...

ALICIA. (Este hombre se me va a desmayar.)

DON LUIS. (¿Por qué no habrá un incendio en la casa?) Vaya, vaya, con el caballito... ¡Qué diablo de percancel... Sí que pasaría usted unos ratos crueles.

ALICIA. ¡Ay, don Luis, para mí ningún dolor es cosa nueva! Estoy harto avezada a ellos. Además, la belleza exterior, la belleza física, yo no la estimo.

*Es como el heno, a la mañana verde,
seco a la tarde...*

ya que le agradan a usted los versos. Hay en la vida algo de más precio y valor, algo más puro, algo más duradero... ¿verdad?

DON LUIS. Indudablemente. (¡Esta mujer es fea como un demonio!)

ALICIA. *Suspirando.* ¡Ay!

DON LUIS. (¡Canario! Como se ponga tierna va a comprometerme.)

ALICIA. ¡Ay!

DON LUIS. (¡Y dale! Estoy nervioso... pero muy nervioso...)

ALICIA. Si se quedara usted en Guadalema siquiera ocho días, señor don Luis, yo me honraría mucho en sentarlo a mi mesa alguna noche...

DON LUIS. Yo me honraría doblemente en ello, señora... Agradecidísimo...

ALICIA. Y una tarde iríamos a *Mira al Río*.

DON LUIS. ¿A *Mira al Río*?

ALICIA. Una casita de recreo que tengo a cuatro leguas de distancia.

DON LUIS. ¿A cuatro leguas?

ALICIA. Poco más.

DON LUIS. ¿Que es adonde ha ido ése por las velas?

ALICIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Por las velas!... ¡Ja, ja, ja! ¡Es usted muy ocurrente... muy gracioso!...

DON LUIS. ¡Oh!

Se ríen los dos: ella de puro burlona y el de puro nervioso.

ALICIA. La campiña de Guadalema es muy linda; por más que como usted viene de un país tan hermoso... Su país de usted ¿es muy pintoresco?

DON LUIS. Muy pintoresco, mucho.

ALICIA. Pero mal clima, ¿eh?

DON LUIS. Sí; mal clima: lloviendo siempre... Mucha enfermedad: paludismo, viruelas...

ALICIA. ¿Viruelas? ¿Ha dicho usted viruelas?

DON LUIS. Viruelas, sí; pero no se alarme... no son cosa de siempre. En la actualidad no hay viruelas. ¿Le teme usted a esa pícara enfermedad?

ALICIA. *Con fingida pena.* Ya no.

DON LUIS. (¡Atízal!) *Se aparta un palmo.*

ALICIA. (Está sufriendo todo lo que yo gozo.)

DON LUIS. (Cuando vengan las velas me las pueden encender a mí en los carrillos.)

ALICIA. ¡Jesús, qué desesperación de luz! Estoy frita: puede usted creerme.

DON LUIS. Je...

ALICIA. La verdad, voy sintiendo impaciencia de conocer su cara.

DON LUIS. Je...

ALICIA. Un hombre tan culto, tan ocurrente, tan amable, tan fino... — *Sopla sofocado don Luis* — ¿Está usted soplando?

DON LUIS. Sí... sí, señora... es costumbre... Costumbre muy fea... pero es costumbre.

ALICIA. ¿Por qué ha de ser fea? Como estamos a oscuras, voy a permitirme una libertad.

DON LUIS. (¿Qué irá a hacer?)

ALICIA. La de decirle que usted no puede tener nada feo. *A don Luis se le cae la chistera.* ¿Qué es eso?

DON LUIS. El sombrero, que se me ha caído.

ALICIA. ¡Vaya por Dios! Esta oscuridad no favorece más que a mis confianzas con usted... Por lo demás, es bien enojosa. Y cuidado que dice el poeta

*que la mujer amada
oída es más temible que mirada.*

Bien es verdad que aquí no hay amor: la cita es importuna. ¿Digo mal, don Luis?

DON LUIS. (¡Yo no contesto sin un arco voltaico!)

ALICIA. *Después de esperar en vano la respuesta.* (Como todos; lo mismo que todos.)

RUPERTA. *Saliendo.* Señora...

ALICIA. ¿Ruperta?

RUPERTA. ¿Aún no ha venido Manuel con las bujías?

ALICIA. Aún no; ¿te parece?

RUPERTA. ¡Dichosa luz! ¡Qué angustia! Yo le respondo a usted de que no se verá nunca más en estos compromisos.

ALICIA. Por mí no lo siento; ya sabes que estoy acostumbrada. Pero hazte cargo: este caballero...

DON LUIS. ¡Oh, no!

ALICIA. ¿Quieres ver si por allá dentro hay un mal quinqué de petróleo; aunque sea un velón?

DON LUIS. ¡Aunque sea una pajuelal ¡Jel...

RUPERTA. Creo que es inútil, pero iré... *Pónese en el lugar que ocupaba Alicia, y ésta se esconde tras un mueble.*

ALICIA. Por más que ya parece que vuelve la luz: he notado una oscilación... ¿No, don Luis?

DON LUIS. Yo no he notado nada... nada... *Pausa breve.* ¡Ahora sí! *De repente ilumínase todo como al principio estaba. Don Luis se halla cara a cara con Ruperta y ahoga un grito de espanto. Luego quiere sonreír y hace una mueca horrible. Alicia contiene la risa. Ruperta mira a don Luis maliciosamente.* Gra... gra... gracias a Dios que nos vemos las caras... (¡Es un fenómeno!) Je... Bueno, pues... ¿De modo que a cenar una noche?... Je... Yo me marchó en seguida: no quiero molestar más tiempo... Ya que he tenido el gusto de verla... Je... *Alicia suelta una carcajada que sorprende al par que estremece a don Luis, ante quien se presenta de improviso sin dejar de reírse.* ¿Eh?

ALICIA. Para broma, ya basta, ¿no es verdad?

DON LUIS. ¿Esa voz? ¿Usted es Alicia?

ALICIA. Sí, señor; yo soy. Y esta muchacha, mi doncella.

RUPERTA. Servidora.

ALICIA. De acuerdo con su hermana de usted, le he dado esta broma, y ahora le pido mil perdones.

DON LUIS. Como el fin de la broma ha sido haberla visto a usted de verdad, bien puede perdonarse y hasta agradecerse. Pero lo que no se me alcanza es el fundamento, la intención que a usted ha guiado...

ALICIA. De eso ya hablaremos más adelante... en el supuesto de que usted me favorezca con nuevas visitas.

DON LUIS. El favor, el gusto, la satisfacción, el encanto... todo es para mí.

ALICIA. ¿Lo espero a usted a cenar una noche?

DON LUIS. Más bien a almorzar una mañana; con sol, con mucho sol... Sí, porque ya creo que hasta el siglo que viene no habrá otro eclipse.

ALICIA. ¡Ja, ja, ja! Adiós, señor de Salazar.

DON LUIS. Adiós, Alicia encantadora: la broma, como de usted, deliciosísima... Me voy a la fonda con fiebre, pero deliciosísima... Usted... superior a toda ponderación de todo poeta nacido... (¡La doncella, un rifeño!) A los pies de usted... Buenas noches...

RUPERTA. Se deja usted el sombrero, señor.

DON LUIS. Es verdad... Estoy un poco aturdido, lo declaro... A cualquiera le ocurre... Pero, en fin, hechizado, complacidísimo... ¡muy bonita la bromal... Buenas noches... *Vase tropezando.*

ALICIA. Adiós, don Luis.

RUPERTA. ¿Está usted satisfecha ya, señora?

ALICIA. Lo estoy por el buen efecto que me

ha hecho don Luis, y porque me he convencido de mi tontería.

RUPERTA. ¿De su tontería?

ALICIA. Sí, hija, sí; porque yo también, mientras lo oía en la oscuridad, hubiera dado algo por verle la cara.

RUPERTA. Me lo había figurado: otra cosa no tendré, pero penetración... Y ¿no cree usted que se haya dolido de la broma?

ALICIA. Eso no. Sin la broma, acaso no volviera más; con la broma, vuelve. *Al público:*

Público amigo y señor:
perdón para mi simpleza.
Ya he visto, aunque con dolor,
que en el mundo la belleza
es la puerta del amor.

FIN

Madrid, febrero, 1906.

LA CASA DE GARCÍA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO ELDORADO, de Barcelona, el
8 de junio de 1904.

REPARTO (1)

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA.....	SRA. GUERRERO.
DANIELA.....	SRTA. SUÁREZ.
FILITO.....	— ASQUERINO.
DONA GOYA.....	— CANCIO.
JENARA.....	SRA. SALVADOR.
CLARITA.....	SRTA. GARCÍA.
LUISA.....	— VILLABONA.
GARCÍA.....	SR. DÍAZ DE MENDOZA (F.)
CÉSAR.....	— CODINA.
MOMO.....	— DÍAZ DE MENDOZA (M.)
ALFREDO.....	— VARGAS.
PICHARDO.....	— SANTIAGO.
DON MARCOS.....	— DÍAZ.
MOZO DE CAFÉ.....	— CAYUELA.

(1) Este es el reparto de la primera representación en Madrid. El estreno, en Barcelona, estuvo encomendado a los excelentes artistas señoras y señoritas Pino, Catalá, Bremón, Alverá, Asquerino, Toscano y Egido, y señores Balaguer, García Ortega, Tallaví, Manrique, Mora, Liri y Marchante, pertenecientes entonces a la compañía del Teatro de la Comedia.

LA CASA DE GARCÍA

ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza, en casa de García, en Madrid. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor. Chimenea encendida a la derecha, en primer término. Balcón, en segundo. Muebles que fueron lujosos y elegantes. Es de noche. Luces.

Pichardo, amigo más que íntimo de la casa, correveidile, secretario oficioso de García y de mucha gente, de curiosidad siempre despierta y viveza ratonésca, está tumbado ante la chimenea en una butaca. La pereza lo invade. Sueña con la Gloria. La Gloria es una corista de Apolo.

PICHARDO. *Canturreando.*

*Me gustan todas, me gustan todas,
me gustan todas en general...*

Soy feliz. ¡Cuidado que está hermosa con el traje de girasol!... Pero, hombre, ¿por qué tendré yo tantísima suerte con las mujeres?

*Me gustan todas, me gustan todas,
me gustan todas en general...*

Viene Jenara del comedor, por la puerta del foro. Es una hija de Madrid, de buen ver, y que, a juzgar por la autoridad con que reina en la casa, más que criada parece señora.

JENARA. Señorito Pichardo.

PICHARDO. ¿Qué hay? Ven acá. Tú también me gustas.

JENARA. ¿Sí, eh? Pues usted a mí ni pa quitarme el hipo.

PICHARDO. Igual empiezan todas y luego... ¿Qué hay?

JENARA. Dice don Pedro que por qué no se va usted al comedor.

PICHARDO. Dile que porque no me da la gana.

JENARA. Clarito, ¿verdá?

PICHARDO. Y de paso dile también que tú me gustas más que la Remedios. Verás cómo se ríe.

JENARA. ¡Que lo maten a usted, si pueden! *Se va por donde vino.*

PICHARDO. *Gritándole.* ¡Con pólvora de tus ojos, retrechera! *Volviendo al canturreo.*

*C'étaient deux amants
lasses des amours banales...*

¿Quién viene? ¡Carambo, la suegral! Si lo sé me voy al comedor!

Doña Goya, la suegra a quien se refiere Pichardo, es una vieja loca, de extraña catadura y poquísimos pelo. Su flaco es la extremada susceptibilidad. Su fuerte son las pullas. Usa en casa manteleta y

mitones. Viene del comedor, sollozando y suspirando con honda pena, a tomar el café allí tranquila.

DOÑA GOYA. ¡Ayl... ¡ayl...

PICHARDO. ¿Qué es eso, doña Goya?

DOÑA GOYA. Se lo han propuesto... y acabarán conmigo... ¡Ayl... ¡Es mucha familiar... ¡mucha familiar... No me quieren, no me han querido nunca...

PICHARDO. *Procurando apaciguarla y consolarla.* Vamos, señora, vamos...

DOÑA GOYA. ¡Que me den un puntapiél... ¡que me echen al arroyo!... ¡que me recoja la traperal... ¡Infeliz de mí!... ¡Ayl... ¿Usted quiere café, Pichardo?

PICHARDO. Muchas gracias. Tómelo usted, que le hará buen provecho.

DOÑA GOYA. ¡Sí; buen provecho!... *Bebe un sorbo y se quema.* ¿Ve usted? ¿ve usted si me odian? Me lo dan echando fuego para que me abraze.

PICHARDO. No...

DOÑA GOYA. ¡Sí! Y con poco azúcar, sabiendo que me gusta como lamedor...

PICHARDO. Señora mía... *Saca del bolsillo un terrón y se lo ofrece con cariño y solicitud.* Todo tiene remedio en este mundo.

DOÑA GOYA. No, Pichardo, no; eso de ningún modo. Usted lo lleva para su perra.

PICHARDO. Mi perra y yo lo cedemos con muchísimo gusto.

DOÑA GOYA. Gracias, entonces. Se lo reservaré al *Empecinado*.

PICHARDO. ¿El loro?

DOÑA GOYA. Sí. ¡Pobrecito! Nadie se acuerda de él... Como es cosa mía... ¡Me tiran al degüello, Pichardo!

PICHARDO. ¿Y las ratas blancas, qué tal están?

DOÑA GOYA. Monísimas; pero muertas de hambre... ¡Si aquí parece que nos tienen a todos de limosnal...

PICHARDO. ¿Y los conejitos de Indias?

DOÑA GOYA. ¡Ahl! ¡Da gloria verlos!... Tan vivos, tan graciosos... ¡Ángeles del Señor! Veinticuatro más tengo ya. ¡Pero no comen! ¡no comen!...

PICHARDO. ¡Carambol! ¡pues parece que sí!

DOÑA GOYA. Le digo a usted que a quien se le cuente que esto me ocurre a mí viviendo con una hija mía, no lo cree. *Bebese el café de dos tragos*.

PICHARDO. Como ella para poco en la casa...

DOÑA GOYA. ¡Porque no puede resistir a ninguno!... ¡Esto no es casa: esto es un rancho de gitanos! ¿Usted quién cree que tiene menos vergüenza, el padre o los hijos? ¡Pues anda, que las sobrinitas baturras que nos han caído a última hora!... ¡Vaya dos alhajas! Ni a misa voy con ellas. ¡Mire usted la Daniela, con un novio albañill...

PICHARDO. ¡Arquitecto, señoral

DOÑA GOYA. ¡Albañill! ¡Se lo digo en su cara a ellal! ¡Albañill! ¡Tiene un novio albañill!

PICHARDO. No se sofoque usted...

DOÑA GOYA. ¡Si levantara la cabeza mi hermana, la marquesa del Astro Rey!... Por supuesto, ¿qué se podía esperar?... Ese García y toda su gente siempre fueron unos sablistas, unos aventureros... ¡Ay, qué paso más torpe dió mi pobre hija al casarse con él!... ¡Bien le predicó mi marido! Dios lo tenga en su gloria. ¡Si el pobrecito levantara la cabeza...!

PICHARDO. ¡Qué tiro se pegaba!

DOÑA GOYA. ¿Eh?

PICHARDO. Usted calcule: ver a su alrededor estas cosas...

DOÑA GOYA. Es que si lo ha dicho usted con segunda intención, es usted un indecente.

PICHARDO. ¡Señora!

DOÑA GOYA. Adulador, cochino, que viene aquí nada más que a ver lo que saca... ¡Mal caballero! ¿Se creía usted que yo estaba loca, verdad?

PICHARDO. Por Dios, doña Goya; no lo tome usted de esa manera...

DOÑA GOYA. No; si a mí me tiene usted sin cuidado... A mí lo que me importa es mi gente... ¡Qué gente, amigo mío! La Daniela, con el albañil; y la María, la mosquita muerta, esa que parece que nunca ha roto un plato... acuérdesse usted, acuérdesse usted... ésa nos da un disgusto el mejor día... ¡Yo veo crecer la yerba!... ¡La primera papilla no se digiere!... Y la madre de esas niñas

se comió la olla antes de las doce. Pero ¿y mi café? ¿Quién se ha bebido mi café?

PICHARDO. ¡Usted, señora!

DOÑA GOYA. ¿Yo? ¡Habría sido usted!

PICHARDO. Señora, no tengo esa costumbre...

DOÑA GOYA. Sí, sí; dime con quién andas... ¡En el nombre del Padre!... ¡Dónde he venido yo a caer!... ¡Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal!... ¡Qué amigos tienes, Benito!... ¡Ya sé yo quién se ha llevado la rata pintal

Viene Daniela también del comedor.

DANIELA. ¿Se va usted a su cuarto, tía Goya?

DOÑA GOYA. No; me voy al Real. ¿No me ves descotada?

DANIELA. ¿Quiere usted que la acompañe?

DOÑA GOYA. Gracias, pimplollo. Más vale estar sola... *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha, cantando.*

*Tan tarantán que los higos son verdes,
tan tarantán que ya madurarán...*

DANIELA. ¡Jesús!

PICHARDO. Me parece de un peligro indudable tener a esta señora suelta.

DANIELA. ¡Pobrel Está maniática.

PICHARDO. ¡Está como un cencerrol

DANIELA. Debe tenersele por lo menos piedad, y aquí la tratan de cualquier modo.

PICHARDO. ¡Si es inaguantable, Daniela! Y cuidado que a mí me hace reír.

DANIELA. A mí no. Nada de lo que veo en esta casa me hace reír.

PICHARDO. Es según se mire...

DANIELA. Mi tío lo espera a usted en el comedor.

PICHARDO. ¡Qué empeño!

DANIELA. Se ha puesto malo.

PICHARDO. ¿Malo?

DANIELA. El estómago: lo de siempre. Le han dado la comida los hijos.

PICHARDO. ¡Carambol! Allá voy... Verá usted, verá usted... *Al ir a marcharse al comedor, saluda a María, que llega, y se detiene para dejarla pasar.* Pase usted, María. Buenas noches.

MARÍA. Buenas noches, Pichardo.

Daniela se ha sentado. María, pensativa y triste, se sienta lejos de ella después que cambian las primeras palabras. Daniela es fuerte, impetuosa, rebelde; María, suave, reconcentrada, serena. Las dos visten de alivio de luto.

DANIELA. ¿Vienes llorando, hermana?

MARÍA. Sí. No puedo ver aquello tranquila.

DANIELA. Yo estoy echando fuego. ¿Sigue el espectáculo?

MARÍA. Sigue. Tío Pedro ha llorado también.

DANIELA. Y acabarán con él entre todos. *Silencio.* ¿María?

MARÍA. Qué.

DANIELA. ¿Vámonos de esta casa?

MARÍA. Mujer, por Dios: ¡vuelves a lo de siempre! ¡Qué locura!

DANIELA. Locura es aceptar más tiempo por familia a esta gente.

MARÍA. Fué voluntad de nuestro padre: recuérdalo.

DANIELA. Nuestro padre conocía sólo al tío Pedro, que es más bueno que el pan.

MARÍA. Por eso, cuando se vió venir la muerte, pensó en él y en su casa para nosotras.

DANIELA. ¿Crees que lo habría hecho si hubiera conocido esta casa?

MARÍA. No lo sé.

DANIELA. Yo sí. Y aseguro que no.

MARÍA. Mala o buena, siquiera tenemos aquí una familia.

DANIELA. No le llames familia a esta gente, ni a esta casa hogar. Llámala posada, mesón, sitio para comer y dormir; porque no es otra cosa.

MARÍA. Dices bien, no es más que eso... Ni puede ser más que eso tampoco. Ya ves tía Lorenza: menos aquí... está en todas partes.

DANIELA. ¡Así han salido los retoños!

MARÍA. Así han salido, sí. Son fieras... Unos a otros se aborrecen, se ocultan las alegrías, se venden las cosas...

DANIELA. No tienen más que un sentimiento común: el desprecio a su padre.

MARÍA. Y el odio a César.

DANIELA. También. ¡Qué raro es César!

MARÍA. *Intencionadamente.* En el fondo... tal vez sea igual que sus hermanos. ¿No?

DANIELA. No.

MARÍA. ¿Verdad que no?

DANIELA. César podrá ser caprichoso, huraño, quizás calavera... pero tiene otro fondo moral.

MARÍA. Parece de otra casta. Yo disculpo que cuando está aquí, quiera estar siempre encerrado en su cuarto, sin hablar con nadie, sin ver a nadie. César no es feliz.

DANIELA. En casa. Por ahí fuera bien que se divierte y que luce.

MARÍA. Quién sabe si buscará el ruido para aturdirse y olvidar.

DANIELA. Puede. Sea como quiera, hay gran distancia de él a los otros. Todavía Alfredo... anda con Dios; aunque de puro frívolo es malo. Pero Momo es un cínico repugnante. Y con Filito la emprendería a bofetadas.

MARÍA. ¡Y quieres tú que nos vayamos de aquí! ¿No te da pena del tío Pedro?

DANIELA. Mucha. Eso me ha detenido siempre que he intentado escaparme, contigo o sola.

MARÍA. ¿Ves tú? Pobrecillo. Ha llegado a querernos de veras. Alguna vez pienso yo que nosotros hemos venido a esta casa para hacerle llevarla la vida.

DANIELA. Yo quisiera ser tan buena como tú.

MARÍA. Y lo eres. ¿Verdad que es un crimen muy grande dejar a ese hombre solo con su mujer y con sus hijos?

DANIELA. Y con su suegra; que se te ha quedado en el tintero.

Pasa César de derecha a izquierda por el pasillo del foro. María lo ve y lo llama.

MARÍA. ¡César! *Advirtiéndole que no la ha oído.*
¡César!

CÉSAR. *Asomándose a la puerta del foro. Viene de gabán, con el cuello alzado, y sombrero de copa. Es hombre de buen porte, un poco adusto de fisonomía, huraño, triste, receloso, descontento de sí, y al mismo tiempo altivo, soberbio, susceptible.* Hola, primitas. Buenas noches. No os había visto.

MARÍA. Lo raro es que te veamos a ti.

DANIELA. ¿De dónde vendrás tú a estas horas?

CÉSAR. Oye: ¿habéis acabado de cenar?

MARÍA. Sí.

CÉSAR. ¿Están allá todos?

MARÍA. Todos.

CÉSAR. Me alegro de saberlo; para no ir.

MARÍA. Anoche no viniste, César.

CÉSAR. ¿Quién te lo ha dicho?

MARÍA. Al menos hasta las cinco de la mañana, que me quedé dormida, no sentí el llavín de la puerta.

DANIELA. Entró por el balcón, mujer.

CÉSAR. Tuve que hacer toda la noche en el

escritorio. Se acerca fin de año y hay una de cosas por delante...

DANIELA. Por eso te fuiste de frac.

CÉSAR. ¡Vaya! La que no cojas tú, primita...

MARÍA. ¿Vas a cenar ahora?

CÉSAR. Sí, pero no de casa; del café.

DANIELA. Para todo hay gustos.

CÉSAR. Para todo. Hasta luego.

MARÍA. Hasta luego.

DANIELA. Adiós.

*Cesar se retira hacia la izquierda, por el pasillo.
Las dos hermanas callan.*

MARÍA. A su concha, a su celda... Es extraño ese hombre.

DANIELA. ¿Qué tienes tú?

MARÍA. Nada; tristeza, aburrimiento... ganas de llorar... Lo que tiene toda persona que sueña una vida... y vive otra.

DANIELA. ¿Y aún te aferras en seguir aquí?

MARÍA. ¿Es incomprensible, verdad? Pues ya ves...

Sale por la puerta del foro Filito. Viene del comedor. Su figura es angelical y su carácter endemoniado.

FILITO. ¡Jesús, qué fatigal! Empieza y no sabe acabar.

MARÍA. ¿Quién?

FILITO. Mi padre. La ha emprendido con el ¡ay! ¡ay! ¡ay! del dolor de estómago, y lleva diez minutos imposibles. ¡Se pone más pesado!

DANIELA. ¡Mujer, si le duele!

FILITO. ¡No le duele! Es gana de amargarnos la cena. Si le doliera según hace visajes, se moría esta noche.

DANIELA. Me llegaré yo a ver, porque lo que es tú tienes un alma... *Vase hacia el comedor.*

FILITO. ¿Subirás conmigo al segundo, María?

MARÍA. No. Siento pereza.

FILITO. Yo subo por no estar en casa. ¡Digo! ¡y esta noche que le toca a papá el cilindro del dolor de estómago! Además, voy a reñir con Arturete.

MARÍA. ¿Con tu novio?

FILITO. Sí. Se ha pelado al rape y no me gusta.

MARÍA. Ya le crecerá el pelo, mujer.

FILITO. Mientras le crece tengo yo tiempo de casarme con otro. ¿Tú sabes cómo está? Luego, ha dado en el chiste de encenderse en la coronilla los fósforos de trueno, y me pone nerviosa.

MARÍA. Lo creo. Escucha: ¿este jueves daréis reunión?

FILITO. Como todos.

MARÍA. Pues ¿no dice tu madre que va a Toledo?

FILITO. ¡Que vaya! ¡Bastante falta hace mamá! ¡Y bonita es la gente para quitarle un día! Le echarían la culpa a la alfombra, que ya se clarea con tanto baile...

Sale Alfredo, que viene tambien del comedor. Es

un pollo engomado y vacío. Siempre que no habla está silbando.

ALFREDO. Chica, ¡qué tabarra! El ¡ay! ¡ay! ¡ay! del estómago de papá me ataca los nervios. Prefiero a Wagner. No sigo allí, porque me va a sentar mal la cena.

MARÍA. A él se conoce que le ha hecho daño antes que a ti.

ALFREDO. ¡Como que se pone a comer y no acabal! Parece un chico.

FILITO. Y cuidado que yo se lo previne: «Papá, no tomes macarrones.» ¡Macarrones! «Papá, no tomes mayonesa.» ¡Mayonesa! Pero se goza en quejarse después.

ALFREDO. Yo me alegro, ¿sabes? A ver si se corrige. Y en cuanto venga mamá, se lo espeto. Por oírlos. ¡Esta mañana tuvieron una pelotera más graciosa!...

FILITO. ¿Vas al teatro?

ALFREDO. No: estoy sin una perra. Iré un rato a la Cervecería. A aburrirme.

MARÍA. Vete con Filito al segundo.

ALFREDO. ¡Lagarto! ¡lagarto! Es una reunión que da sueño.

Sale Momo, que viene, como sus hermanos, del comedor. Es un perfecto sinvergüenza, de aspecto simpático y trato zumbón e ingenioso.

MOMO. ¡Pues, señor, cuando la toma papá con el ¡ay! ¡ay! ¡ay! del estómago, y suelta toda la petenera, se echa de menos el escotillón!

ALFREDO. ¡No me hables! Hoy está desatado.

MOMO. ¡Calla, hombre! ¡Se ha fundido una bombilla por no oírlo!

FILITO. El que se pone también nervioso es el gato.

ALFREDO. ¡Ah! sí; *Petrarca*.

FILITO. Le ha querido arañar. ¡Animalito!

Sale Jenara por la puerta de la izquierda y se va por la del foro después de detenerse un momento.

ALFREDO. ¿Qué tal la murga, tú?

JENARA. Se ha callao un poco. Se conoce que está escogiendo pieza pa seguir.

Los tres hermanos sueltan la carcajada.

ALFREDO. ¡Qué golpes tiene éstal

MOMO. *A María.* Oye, primita, ¿por qué te saliste del comedor? ¿Por lo que dije de Daniela?

MARÍA. Por lo que voy a salirme de aquí: por no oiros.

MOMO. ¿Hola? ¿Está la mar picada?

FILITO. ¿Verdad, prima, que en la disputa de la lotería tengo yo razón?

ALFREDO. Como yo en la de los botines. ¿Verdad?

MARÍA. No pude hacerme cargo. Chillabais todos a la vez.

FILITO. Verás tú...

MOMO. ¿A qué vais a renovar la cuestión?

FILITO. Yo quiero que se entere. Me pidió Momo el otro día dos duros y medio para comprar un décimo de cinco. Yo no tenía suelto y le

dije: «Cómpralo, que mañana te los daré». Y va y lo compra, y no me vuelve a pedir nada, y le tocan cincuenta duros. ¿No me corresponden a mí veinticinco?

MARÍA. En ley de Dios, sí.

MOMO. ¿Quién lo niega? Es indudable que te corresponden; pero es indudable también que yo no te los doy.

FILITO. ¿Ves tú? Y si no te hubiera tocado un céntimo...

MOMO. Te habría reclamado los cincuenta reales. Ese era mi plan.

ALFREDO. Pues ¿y lo mío de los botines? Se los cambio por tres cuellos del 39, que le vienen chicos; se los entrego de buena fe... y ahora no hay modo de sacarle ni los botines ni los cuellos.

MOMO. Pero que no hay modo. Y tú no me vas a matar. Sería un crimen. Y un crimen por unos botines, ni tiene misterio, ni tiene *nota pasional*, ni hablarían de él los periódicos... No te conviene.

FILITO. ¿Tú oyes? Pues siempre hace lo mismo. No le paga a nadie.

MOMO. ¡A nadie!—en buena hora lo diga—. Y esto me abre mucho horizonte en mis negocios.

MARÍA. Y la cabeza también te la pueden abrir.

MOMO. ¡Nunca! Al que debe y piensa pagar, tal vez. Pero ése es un ser despreciable. Al que debe y no piensa pagar, jamás le ocurre nada.

ALFREDO. ¿Sí, eh? No opinabas ayer así, cuando me propusiste el cambio.

MOMO. ¡Toma! Ni opinaré mañana como esta noche. La única manera de tener razón siempre es pensar cada cinco minutos una cosa distinta.

FILITO. Y siempre lo que te convenga a ti.

MOMO. Choca.

FILITO. Vete a paseo. No tienes vergüenza ninguna.

MOMO. Ninguna.

MARÍA. ¡Pero, hombre!

MOMO. Ninguna, primita. ¿Para qué? Mira: de veinte personas que trato, diez y nueve no tienen vergüenza. ¿Y voy yo a dar una nota discordante? No en mis días. Prefiero ponerme al nivel general.

Sale por la puerta del foro un Mozo de café con un servicio, y se va hacia la izquierda. Jenara, que aparece tras el, lo detiene y le hace marcharse por el mismo pasillo del foro, hacia dentro. A poco vuelve a pasar el Mozo en sentido contrario, sin el servicio ya.

MOZO. Buenas noches.

MARÍA. Buenas noches.

JENARA. Pero ¿adónde va usted? ¿No le he dicho que to seguido?

MOZO. ¡Ah, ya!... Ustedes perdonen, señoritos.

JENARA. Por ahí, por ahí.

MOZO. Sí, sí; ya sé...

MOMO. ¿Hola, hola? Parece que nuestro misterioso hermano don César, Blas el ermitaño, como

quien dice, va a ponerse como el chiquillo del esquilador.

ALFREDO. Se trata bien el hombre. ¿De dónde saldrán esas misas?

MOMO. ¡Y que tú no lo sabes! ¡Ni yo!

FILITO. Ni yo, aunque soy una niña inocente.

MARÍA. ¿De dónde? De su sueldo en la Casa de banca, ¿no?

MOMO. Primita, tú eres una azucena, y yo no debo manchar tu virginal blancura... ¿Qué sabes tú de ciertas damas elegantes y caprichosas... con palacios y trenes lujosos... espléndidos... magníficos?...

MARÍA. No te entiendo, Momo.

MOMO. Ni falta.

ALFREDO. Esta tarde se ha hablado de todo eso en la Cervecería.

Se oye a García dentro quejándose angustiosamente.

GARCÍA. ¡Ayl... ¡ayl... ¡ayl...

MOMO. ¡Adiós! ¡Sigue la serenata!

ALFREDO. ¡Sálvese el que pueda! *Vase corriendo por la puerta de la izquierda.*

FILITO. ¡Huyamos! *A María.* ¿Tú no subes por fin?

MARÍA. No.

FILITO. Pues yo voy por mi abrigo. *Vase tras Alfredo.*

GARCÍA. ¡Ayl... ¡ayl... ¡ayl...

MOMO. Ya viene. ¡En seguida me pesca a mí!

Dios te dé paciencia, muchacha. Oye, y no estés seria conmigo.

MARÍA. No estoy seria, no.

MOMO. Ni te enfades porque me guste más Daniela. Mi afecto hacia ti es puramente fraterno... El que le profeso a Daniela, sin dejar de serlo, lleva en sí una veta que no le va bien a la fraternidad. Adiós, feúcha. *Vase tambien por la puerta de la izquierda.*

MARÍA. Adiós.

GARCÍA. *Saliendo, al fin, por la puerta del foro, apoyado en Pichardo.* ¡Ayl... ¡ayl... ¡ayl... Indudablemente yo voy a dar un estallido.

MARÍA. Pero ¿no está usted mejor, tío Pedro?

GARCÍA. Hola, sobrina. Sí, hija mía, sí. No me hagas caso.

MARÍA. Como se queja usted...

GARCÍA. *Con amargura.* Es un recurso. Empecé a quejarme en el comedor para que se fueran mis hijos.

MARÍA. El recurso no puede ser más triste.

GARCÍA. Pues ninguno me da mejor resultado. Creí que estaban aquí; por eso empecé a gimotear cuando venía.

MARÍA. Apenas lo sintieron a usted, salieron huyendo.

GARCÍA. ¿Ves tú? ¡Si no falla! ¡Ay, Señor, Se-

ñor; como no haya más vida que ésta... me he lucido! Pero sí, sí habrá otra; para mi desquite.

MARÍA. Dios nos manda creerlo.

GARCÍA. Pues te aseguro que si hay otra vida, lo que es yo en la otra vida no me caso.

MARÍA. ¡Jesús, tío Pedrol! ¿Qué salidal

PICHARDO. Ganas de hablar, le advierto a usted...

GARCÍA. ¿Cómo ganas de hablar? ¡Claro! Tú me juzgas por ti. Como tienes una mujer que es un encanto, y un chico que se mira en tus ojos, volverías a casarte cien veces.

PICHARDO. *Al oído de su amigo, con inflexión cómica.* ¡No lo creas!...

GARCÍA. ¡Granuja!

MARÍA. ¿No ha tenido usted más que un hijo, Pichardo?

PICHARDO. Uno nada más. Mi señora ha tenido tres, pero no son míos: son de su primer matrimonio.

MARÍA. ¡Ah! ¿De manera que es viuda?

GARCÍA. Era, era viuda. Éste, aún, aún...

PICHARDO. ¿Qué quiere decir aún, aún?... ¡Esa benevolencia es ofensiva!

GARCÍA. ¡Ja, ja, ja! Me encantas, tocayo. ¡Dichoso tú, que puedes hablar del matrimonio sin renegar de él!

MARÍA. Pero, tío, ¿todo el mundo ha de maldecirlo porque le haya salido a usted la criada respondona?

GARCÍA. ¿La criada? ¡Si no fuera más que la criada, estaría yo en el cielo! Pero mi mujer, mi suegra, mis hijos... ¡todos me han salido respondones! ¿Qué falta habré yo cometido para purgarla así? A mí no me acusa la conciencia. Yo soy buen padre, buen cristiano... Dice Dios: «Crece.» Y he crecido. «Multiplícate.» Y me he multiplicado. Lo que no dice Dios es qué hace uno cuando le sale mal la multiplicación.

MARÍA. Le ayuda a usted a vivir el humor que tiene.

GARCÍA. También me va faltando ya.

MARÍA. ¡Cal Genio y figura...

GARCÍA. ¡Ah! La figura, precisamente, es lo que me ha perdido: porque fué la que cautivó a mi mujer. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Para cuándo son las jorobas, señor?

MARÍA. Tía Lorenza dicen que era preciosa.

RICHARDO. ¡Preciosal Certifico.

GARCÍA. Lo fué; no cabe duda. Yo estoy en que me la han cambiado una noche mientras dormía.

MARÍA. Vaya, vaya; veo que se fué el dolor de estómago.

GARCÍA. En cuanto se fué la familia.

MARÍA. Pues hasta mañana, tío Pedro.

GARCÍA. Adiós; hasta mañana.

MARÍA. ¿Y Daniela?

GARCÍA. En el comedor se quedó cociéndome un brebaje.

MARÍA. Buenas noches, Pichardo.

PICHARDO. A los pies de usted.

-Vase María por la puerta de la izquierda.

Este señor García, como se ve, es un desdichado. Hombre de excesiva bondad y escaso carácter. Está todo «hacia abajo»: el bigote, los pocos pelos que le quedan, la mirada, los brazos... Todo. Tiene cincuenta años y representa muchos más. Viste decentemente. En casa usa batín.

GARCÍA. ¡Pobrecillas! Son dos santas conmigo.

PICHARDO. Dos santas; es verdad. Ahí viene tu hija.

GARCÍA. *Rompiendo a quejarse con amargura.*
¡Ayl... jayl... jayl...

FILITO. *Saliendo por donde se fue, con un abrigo al brazo.* ¿Qué es eso? ¿No te alivias?

GARCÍA. ¡Ayl... jayl... jayl...

FILITO. Yo me voy un rato al segundo. A las doce que suban por mí. *Se va por la puerta del foro, hacia la derecha.*

GARCÍA. ¡Ayl... jayl... jayl... Tenga usted hijos para esto.

PICHARDO. Calla, chico. Indigna el espectáculo. Se llega a dudar, viniendo con frecuencia a tu casa, de lo más sagrado, de aquello que debe haber de más puro en nuestro corazón... de... de... ¿Te parece que nos vayamos a ver a ésas?

GARCÍA. *Mirándolo como a un iluminado.* ¿Dónde las tienes?

PICHARDO. *Bajando instintivamente la voz.* En Apolo: en un anteproskenio.

GARCÍA. *Vacilante.* Tocayo: eres un peligroso Mefistófeles...

PICHARDO. *Riendose.* No; yo no...

GARCÍA. Oye, y ¿quién te ha regalado ese palco? Porque no te concibo en la taquilla comprándolo tú.

PICHARDO. Haces bien. Me lo ha regalado Picavea. Se le ha muerto la suegra de repente, y no puede ir.

GARCÍA. ¿La suegra? ¿Aquella señora que no se cortaba las uñas para que no cayeran rayos en la casa?

PICHARDO. Justo: que apostabais tú y él cuál de las dos estaba más loca: si tu suegra o la suya.

GARCÍA. ¡Y ganaba siempre la mía!

PICHARDO. ¡Naturalmentel

Oyese silbar a Alfredo, que se acerca.

PICHARDO. Alfredo.

GARCÍA. *Volviendo a los quejidos lastimeros.*
¡Ayl... ¡ayl... ¡ayl...

Sale Alfredo por la puerta de la izquierda, de gabán y hongo, y se va por donde Filito, silba que silba, y sin detenerse un momento.

PICHARDO. Adiós; buenas noches.

GARCÍA. ¡Ayl... ¡ayl... ¡ayl...

PICHARDO. Calla, que ya se ha ido.

GARCÍA. ¡Ayl... ¡ayl... ¡ayl...

PICHARDO. ¡Que ya se ha ido!

GARCÍA. Pero viene ahí el otro. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!...

En efecto, sale Momo detrás de Alfredo y se larga también. Va de capa y chistera.

MOMO. ¡Aliviarse, don Pedro!

PICHARDO. Gracias.

GARCÍA. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... Me adoran; ya lo ves.

PICHARDO. Chico, la indignación me ofusca, me ciega, me...

GARCÍA. Doblemos la hoja.

PICHARDO. ¿Sabes que la Lolilla va con la falda de barro que tú le regalaste?

GARCÍA. ¿Sí, eh?

PICHARDO. ¡Brindada! No dirás que no. Esa mujer te quiere.

GARCÍA. *Esquivando la tentación.* Mira, Mefistófeles de tres al cuarto, vete ya a tu palco de Apolo y déjame en paz.

PICHARDO. Pero, tocayo...

GARCÍA. Márchate, márchate; no estoy para fiestas. No es sólo que me duele el estómago —porque me duele, aunque me queje más de lo justo—; es que tengo sobre mí una tristeza que no me deja respirar... Además, ese palco es donativo de un hombre que ahora mismo está velando a su suegra... La juerguecita nos iba a resultar macabra... Vete tú, vete tú...

PICHARDO. Haré lo que quieras...

GARCÍA. Sí; vete, vete. Y mira que estas aven-

turillas baratas son lo único apetitoso que me queda en la vida... lo único que me divierte y me aleja de mí... ¡Ay!... ¡Salidillas al ideal que todos tenemos!... ¡Quién le había de decir a la Lola que alguna vez iba a encarnar el ideal de este pobre hombre!

PICHARDO. Vaya, chico: estás hecho un sauce llorón. Te dejo. *Cambiando de tono y de actitud.* ¿En dónde nos veremos mañana?

GARCÍA. *Lo mismo.* En Bolsa. Espéreme usted a las tres.

PICHARDO. Corriente.

GARCÍA. ¿Le escribió usted a González Fresneda?

PICHARDO. Pues ¿no recuerda usted que le leí la carta?

GARCÍA. Es verdad. Mañana quiero que vaya usted a Fomento. Apúntelo por si a mí se me olvida.

PICHARDO. ¿Se le ofrece a usted algo más?

GARCÍA. Nada. Hasta mañana.

PICHARDO. Hasta mañana. *Volviendose, ya en la misma puerta del foro.* Oye, chico, ¡si supieras que cada vez me joroba más esta maña tuya de que nos hablemos de usted al tratar los negocios!

GARCÍA. ¡Ah! pues es muy sana, y no pienso abolirla. Y menos con un secretario tan sirvergüenza como tú. ¡A la calle!

PICHARDO. Está bien, hombre, está bien. *Refiriendose a Luisa, que sale por la puerta del foro*

y se va por la de la izquierda. ¡Qué bonito tipo tiene esta chica!

GARCÍA. Anda, hombre, anda. No sabes irte nunca.

PICHARDO. ¡Jel Adiós. *Vase riendo.*

GARCÍA. ¡Diablo de secretario!... La verdad es que burla burlando me alegra la vida. Más bien que mi secretario es mi escudero.

*Llevan, porque se presume
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás
y el de adelante con pluma.*

PICHARDO. *Volviendo a escape, con un periódico en la mano, que le da a García.* Toma: ahí tienes distracción. Lo echaban cuando yo salía. Adiós.

GARCÍA. Adiós y gracias, hombre.

PICHARDO. *Desde la puerta, como antes.* Oye: ¿quieres ver si debuta mañana la *Bella Linares*? Por más que tiempo tengo de mirarlo! Adiós.

GARCÍA. Adiós.

García ojca el periódico. A poco llega Daniela del comedor con una taza de manzanilla, que le ofrece.

DANIELA. A ver si con esto se alivia usted.

GARCÍA. Dios te lo pague, Daniela de mi alma. ¿Qué es, manzanilla?

DANIELA. Manzanilla.

GARCÍA. Aunque fuera rejalgar me sabría a jarabe. Siéntate. ¿Tienes algo que hacer?

DANIELA. Darle a usted compañía.

GARCÍA. Que me place—respondió el del Verde Gabán.

DANIELA. ¿Y mi hermana?

GARCÍA. A su cuarto se retiró hace un ratillo. Es tan metida en sí, tan amiga de estar siempre sola... Por cierto que si tu pobre padre te viera cuidándome y acompañándome como lo haces, diría que le usurpabas a ella su puesto y condición.

DANIELA. ¿Por qué?

GARCÍA. Como tu genio es más resuelto, más arrebatado y fogoso que el de María, tu padre pensaba de vosotras—recuerdo que me lo dijo la última vez que habló conmigo en Zaragoza, paseando por Zocodover—¡ay, que esto es de Toledo!—paseando por el Coso—; tu padre pensaba que si hubierais vivido cuando la guerra de los franceses, María se hubiera dedicado a cuidar heridos y a rezar por los muertos, y tú te habrías puesto a tirar trabucazos en la muralla. ¿Eh? Que no está mal; que pinta al vivo vuestros dos caracteres.

DANIELA. Es cosa que decía papá con mucha frecuencia. En todo y para todo sacaba ejemplo de los Sitios.

GARCÍA. Es verdad. Aquella tarde llevaba un

perro y le llamaba Palafox. ¡Qué aragonés era más simpático! Pero ¡bah, bah, bahl... No hay por qué entristecerte.

DANIELA. Recordando a mi padre, ¿por qué no?

GARCÍA. Con todo. ¿Quieres un sorbito de manzanilla?

DANIELA. No; gracias. Bébasela usted.

GARCÍA. *Tose que tose, atragantado.* ¡Diantre!

DANIELA. ¿Qué es eso?

GARCÍA. Nada, hija: se fué por mal camino. *Tose un poco más.* Ya pasó.

DANIELA. ¡Vaya!

GARCÍA. Celebro que la casualidad nos haya dejado solos naturalmente, porque hace días que quiero que hablemos, y no se ha presentado ocasión.

DANIELA. ¿Que hablemos? ¿De qué?

GARCÍA. De un asuntillo bastante espinoso... que a mí me preocupa.

DANIELA. Ya.

GARCÍA. No; y no vale arrugar el ceño, ni apretar los dientes, ni dar pataditas en el suelo.

DANIELA. De buena tierra soy yo para que me lleven la contraria.

GARCÍA. Mira, mira, no es eso: si lo vas a tomar en baturro, no sigo. «¡Chufal! ¡chufal! ¡Como no te apartes tú...!» Por ahí no vamos a ninguna parte. Óyeme en calma, Danielita: ¿estás decidida a seguir en tus amores con ese mozo?

DANIELA. ¿Por qué no, tío? ¿Hay alguna razón que lo estorbe?

GARCÍA. En la vida, hija mía, es imposible tirar y rajar por donde se le pone a uno entre ceja y ceja... Las diferencias de clase en los matrimonios son siempre funestísimas.

DANIELA. Bueno, ¿y qué? *Bromeando*. Eso vendría que ni de molde si yo fuese una princesa encantada; si yo tuviese la sangre azul...

GARCÍA. El color de la sangre no importa. Azul o colorada, a los seis años de matrimonio ambos cónyuges la tienen frita, y el color es el mismo. Pero, bromas a un lado, vamos a lo que importa. ¿Me negarás, nenita, que tu novio es hijo de una lavandera del Manzanares?

DANIELA. ¿Qué he de negarlo yo, si él lo tiene a orgullo?

GARCÍA. *Desconcertado*. ¿Lo tiene a orgullo?

DANIELA. Es natural.

GARCÍA. No, sí; en eso sí le asiste la razón al muchacho... No ser nadie, querer hacerse un hombre, moverse en otro medio, trabajar... estudiar... Sí; en todo eso hay motivo de orgullo... ¿Cómo he de negar yo una cosa tan clara?

DANIELA. ¿Entonces?...

GARCÍA. ¿Entonces qué?

DANIELA. ¡Ay, tío! Me da el corazón que no es usted quien habla conmigo, sino mi tía Lorenza.

GARCÍA. ¿Cómo? ¿Supones?... No, hija, no; mi

debilidad no llega a tanto... Ciertamente que tu tía pierde los estribos hablando del particular. «Que si la blusa y la levita; que si el advenedizo; que si el obrero...» Como ella tiene su puntillo de aristocracia...

DANIELA. *Indignada.* ¡Lo que pretende mi tía es que yo me case con Momo! Pero dígame usted, ya que es usted su embajador, que se fije primero en la diferencia que va del uno al otro. A mi novio lo quiero, y Momo me repugna; mi novio me quiere, y Momo me codicia. Y por lo que toca al linaje, dígame usted que mi novio no es un obrero, aunque lo haya sido; y que suponiendo que aún lo fuese, mejor le doy mi mano a un obrero que sepa levantar una casa, que a un señorito vicioso que ayude a destruir la que tiene.

GARCÍA. ¡Cáspita, si te explicas! ¡A cualquier hora le digo yo a doña Lorenza todo eso!... Pero dejémonos de desplantes: discutamos con serenidad. ¿Tú estás segura de que ese muchacho te quiere?

DANIELA. Me quiere: con toda su alma.

GARCÍA. Bien, eso pudiera ser... Él, naturalmente... Pero, en fin, yo no digo... Claro está que el cariño solo no basta... ¿Es bueno ese hombre?... ¿es honrado?...

DANIELA. Creo en él como en mí.

GARCÍA. ¡Anda con Dios!

DANIELA. Es honrado; es bueno.

GARCÍA. ¿Quién te lo ha dicho?

DANIELA. La Virgen del Pilar.

GARCÍA. ¡Pues cualquiera le enmienda la plana! Y ¿tú lo quieres de verdad? ¿No será un capricho?...

DANIELA. Eso pregúnteselo usted a él.

GARCÍA. Entonces, niña, entonces...

DANIELA. ¿Volvemos al entonces? ¿Entonces qué?

GARCÍA. *Rindiéndose.* Nada; que tienes más razón que una santa; que es verdad lo que presumías; que estas son cosas de mi mujer; que yo pienso lo mismo que tú y que la Virgen del Pilar; que te casas cuando te dé la gana; que te escapas con tu novio si se te antoja; que yo te abro la puerta; que seréis muy felices; que el muchacho será un gran arquitecto... y que puede que yo le encargue una casa con un juego de habitaciones especial para no ver más a ninguno de mi familia.

DANIELA. ¡Ja, ja, ja! ¿Ni a César tampoco, tío Pedro?...

GARCÍA. ¡Ahl ¡César!... Si no fuera por él le pegaba fuego a la casa con mi gente dentro. Me arrollan, me arrollan entre todos... El día menos pensado cometo un crimen, porque me convencen, me empujan, me arrastran a él...

DANIELA. Calle usted, que se acerca tía Goya.

GARCÍA. ¡Vaya por Dios! Tan a gusto como estábamos los dos solitos.

Vuelve por la puerta del foro doña Goya, con una palmatoria encendida.

DOÑA GOYA. Oye, Pedro.

GARCÍA. ¿Qué quiere usted, señora mía?

DOÑA GOYA. Tu mujer acaba de mandar recado. No viene esta noche. Se queda velando a la de González, que está si las lía.

GARCÍA. ¡Bien, hombre, bien! Cuando pitos, flautas; cuando flautas, pitos...

DOÑA GOYA. ¡No; si debes criticarla; si es una maldad velar a un enfermo!... *Encamínase hacia la puerta de la izquierda.*

GARCÍA. Pero ¿cuándo va a morirse alguien que no sea amigo de mi mujer? *A doña Goya, gritándole.* ¿Adónde va usted con esa vela?

DOÑA GOYA. ¿A ti qué te importa? ¡El demonio del viejo, que en todo ha de meter su cuchasadal *Vase.*

DANIELA. Irá a ver sus pájaros.

GARCÍA. Acompáñala tú, mujer, no queme algo por ahí. ¡Esta manía de que la luz eléctrica es cosa del demonio!... ¡Ay, qué castigo!

DANIELA. Voy con ella. Buenas noches, tío Pedro.

GARCÍA. Adiós, hija mía. Hasta mañana.

Vase Daniela detrás de doña Goya.

GARCÍA. Está bien, señor. *Se acerca a la chimenea y de pie junto a ella se dispone a leer el periódico.* Vamos a ver qué pasa por el mundo. O qué dicen que pasa. ¿Dónde he echado los ojos?

Saca del bolsillo unos lentes y se los pone para leer. Jenara sale a po o por la puerta del foro.

JENARA. Señor.

GARCÍA. ¿Eh? ¿Quién? ¡Ah! ¿Qué hay?

JENARA. Por teléfono preguntan si ha salido usted de casa esta noche.

GARCÍA. Por teléfono, ¿verdad? Probablemente habré salido. ¿Quién lo pregunta, sabe usted?

JENARA. El señor Guinea; desde el Círculo.

GARCÍA. ¿Ah, sí? Contéstele usted, no que he salido, sino que estoy fuera.

JENARA. ¿Que está usted fuera?

GARCÍA. Sí. Y que no vuelvo hasta que él se haya muerto.

JENARA. Ya, vamos. Descuide usted, que llevará lo suyo.

GARCÍA. Allá usted.

JENARA. *Al ir a marcharse, deteniéndose.* Pero esta es mucha luz pa leer. Con la de la chimenea tié usted de sobra. *Apaga la lámpara central y se va por donde salió.*

GARCÍA. Gracias. Es verdad. Me conmueve el rasgo económico. *Mientras pasa la vista por el diario.* ¡Caray con Guinea!... Para un asuntillo que sale que valga dos cuartos, a cuánto majadero hay que aguantar. *Lee.*

Aparece César en la puerta del foro en traje de casa, y se detiene contemplando a su padre. Su expresión es sombría.

CÉSAR. Allí está... Solo; siempre solo... ¿Tendré valor para confesarle lo que he hecho?... Si él no me salva, no me salva nadie. *Da unos pasos por el gabinete.*

GARCÍA. ¿Quién anda ahí? ¿César?

CÉSAR. Sí: yo soy.

GARCÍA. ¡Chicol ¡dichosos los ojos! ¡No hay quien te eche la vista encima!

CÉSAR. Psche...

GARCÍA. ¿Qué novedad es ésta? ¡Tú en casa una noche! ¡Milagro! ¡milagro!

CÉSAR. No, no es milagro. Ya sabes tú que tengo rachas...

GARCÍA. Es cierto, sí; pero llevabas una — la más larga de todas — en que para verte eran precisos memoriales... Por eso me sorprende ahora.

CÉSAR. Todo se acaba; todo llega a aburrir...

GARCÍA. ¿Qué me cuentas?

CÉSAR. Sí, papá. Me cansa ya la vida estúpida que vengo haciendo.

GARCÍA. ¿Qué me cuentas?

CÉSAR. Lo que oyes.

GARCÍA. Fuí el primero en pronosticarte ese hastío.

CÉSAR. Ya lo sé.

GARCÍA. Hay muchas cosas en la vida que pa-

recen de oro, y es porque les da el sol. Se va el sol... y se acabó el encanto.

CÉSAR. Por eso son tan peligrosas.

GARCÍA. Bien te dije que te metías en un mundo de ficción, de tramoya, en el que no podrías vivir tú mucho tiempo, tal como eres. Y te lo dije, porque no quería perderte a ti también. Al fin y al cabo—tú lo sabes—tengo en ti mis cinco sentidos. Eres el único en esta casa que me respeta, que me quiere...

CÉSAR. Eso sí.

GARCÍA. Todos me debéis igual consideración y, sin embargo, sólo tú pareces mi hijo. Tú eres, además, el único en quien puedo mirarme con orgullo; el único a quien no le falta la naturaleza moral que yo quise que tuvierais todos. ¿No he de disculpar tus locuras, tus devaneos, hijos no más que de la sangre moza?... Pero ¿qué tienes? ¿Qué te ocurre?

CÉSAR. No me hables así.

GARCÍA. ¿Por qué?

CÉSAR. Porque me haces daño.

GARCÍA. ¿Te duele que reconozca en ti buenas cualidades?

CÉSAR. Si las tuviera, no.

GARCÍA. Y ¿dudas que las tienes?

CÉSAR. Lo niego. Las tenía.

GARCÍA. ¿Eh?

CÉSAR. Ahora soy el peor de todos.

GARCÍA. ¿Qué estás diciendo, César?

CÉSAR. El propio Momo, que es un vividor desvergonzado, puede arrojarme de esta casa.

GARCÍA. Vamos, tú deliras; tú no estás bueno de la cabeza.

CÉSAR. Porque estoy bueno de ella digo lo que digo.

GARCÍA. Mira, César, no sé qué advierto de siniestro en tus medias palabras. Sácame de esta incertidumbre. ¿Qué te pasa? ¿Has hecho alguna tontería?... ¿Esa mujer?...

CÉSAR. No.

GARCÍA. ¿Algún mal negocio?... ¿Alguna falta?... Dí.

CÉSAR. Me avergüenzo... Mi ánimo se resiste...

GARCÍA. ¿En el escritorio no será? Tu jefe, ayer, se hizo conmigo lenguas de ti.

CÉSAR. Muy pronto cambiará de opinión.

GARCÍA. ¿Qué?

CÉSAR. Sí. Muy pronto.

GARCÍA. César, mírame: mírame, que no quiero creerte, que me asustas... Estás desencajado, febril... Las manos te arden...

CÉSAR. ¡Me arden!... ¡me arden!... ¿Por qué no me ardieron la primera vez que las puse en lo que no era mío?

GARCÍA. ¡César!... ¡César!...

CÉSAR. Ya ves lo que es tu César... Escúpeme.

GARCÍA. ¡Jesús!... *Atribulado, lloroso.* Pero ¡si no puedo creerlo!... César, hijo mío, por la salva-

ción de tu alma, cuéntamelo todo... quiero saberlo todo... Eso no puede ser. Tú me engañas.

CÉSAR. No... no te engaño, no. ¡Ojalá!

GARCÍA. Pues dime.

CÉSAR. Aguarda.

Pasa lentamente doña Goya con su vela de la puerta de la izquierda a la del foro, por donde se va, sin quitarles ojo al padre y al hijo.

DOÑA GOYA. Junta de rabadanes... oveja muerta.

GARCÍA. *Apenas desaparece la vieja.* Habla.

CÉSAR. Escucha.

García espera con avidez las palabras de César, fijo en su cara, como si quisiese leerle en ella lo que ha de decir. Cesar, con angustiosa mímica, expresa que no sabe cómo empezar.—Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Comedor en casa de García. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor. Chimenea encendida, a la derecha. Mesa en el centro de la escena, con tapete. Aparador a la derecha de la puerta del foro. En primer término, a la derecha, sofá. Ante la chimenea, butacas. En torno de la mesa, sillas. Cuadros. Colgada sobre la mesa, una lámpara. Pendiente de ella, timbre eléctrico. Es de noche.

Momo, tumbado en el sofá en traje de casa, fuma y lee un libro. Dentro, hacia la derecha, en la sala, algo lejos, óyese a una muchacha cantar una guajira al piano. Cuando termina, estalla un aplauso, que no se sabe si es de admiración o de cortesía.

Momo. *Burlándose.* ¡Oh! ¡encantador! ¡admirable!... Y parece un grillo la niña. Bien me ha cogido el carro este jueves. *Sale Daniela por la puerta del foro, y se detiene un instante mirando hacia la sala. Luego, segura de que nadie la sigue ni la ve, corre hacia la puerta de la izquierda y se va sin fijarse en Momo. Éste, que al sentir pasos ha hecho un movimiento para incorporarse y huir, al ver que es su prima, se está quieto.* ¡Hola! ¿Una

escapadita al balcón?... ¡Inocente paloma! Pues que se ande con cuidado el noble hijo del pueblo, porque, como yo pueda, le doy una broma de salón. De esas que se agradecen toda la vida. *Lee. Sale Jenara por la puerta de la izquierda, mirando para dentro. Momo, al reparar en ella, le dice sonriéndose:* Se figura que no la ve nadie.

JENARA. *Sorprendida.* ¿Eh? Hola, Momo. ¿Qué te parece la mocita?

MOMO. De la buena cepa.

JENARA. Pa mi que ésta se te escapa de entre las manos.

MOMO. Menos lo sentirás tú que yo, ¿no es verdad?

JENARA. Calla, granuja.

MOMO. ¿Viene alguien?

JENARA. Sí.

MOMO. Pues, señor, no quiero enfermar del corazón. Me largo a mi alcoba, aunque me hiele. *Vase huyendo por la puerta de la izquierda.*

JENARA. ¡Y que voy yo a dejar que tú la toques al pelo de la ropa! ¡Sería un pueblo! *Se pone a hacer que hace algo para ver quien llega.*

Salen por la puerta del foro don Marcos y Pichardo. Don Marcos trae a este cogido del brazo, y no lo suelta ni a tres tirones. Viene contándole el argumento de un drama suyo.

DON MARCOS. Hay una escena fuerte entre el padre y los hijos, y así acaba el acto primero. ¿Qué tal?

PICHARDO. ¿Me permite usted que beba un poco de agua?

DON MARCOS. *Sin soltarlo.* Acto segundo. La misma decoración del acto primero.

PICHARDO. ¿Me permite usted que beba un poco de agua?

DON MARCOS. Sí, señor: yo también beberé. ¿Sabe usted que se me secan las fauces?

PICHARDO. ¡Lo creo!

Beben los dos. Pichardo amenaza con el puño al otro, mientras bebe. Fenara se va por la puerta del foro hacia la izquierda.

DON MARCOS. Acto segundo.

PICHARDO. Vamos a la sala.

DON MARCOS. Aquí estamos bien.

PICHARDO. Sí, pero sería una desatención. Sobre que aquello está animadísimo.

DON MARCOS. Cuéntemelo usted a mí. Yo no vengo a esta casa, ni voy a ninguna, más que a observar tipos y costumbres...

PICHARDO. ¿Ah, sí?

DON MARCOS. Es la misión del autor dramático. *Cogiéndolo por el brazo otra vez, y tirando de él para la sala.* Volvamos a lo nuestro. Acto segundo. *Pichardo sopla sofocado.* ¿Cómo dirá usted que empiezo yo el acto segundo? Verá usted, verá usted si hay malicia, si hay ojo... Verá usted, verá usted... *Se van por la puerta del foro, hacia la derecha.*

Queda la escena sola unos momentos. Despues

sale García por la misma puerta, pero viene del otro lado de la casa. Viste de levita. Pasea abstraído.

GARCÍA. Sí, sí... Hablaré con sus hermanos... Es lo mejor... No tengo fe ninguna, pero... Por mí, que no quede. Y ¿quién sabe, quién sabe?... ¿Han de ser tan malos? *Silencio. Continúa paseándose. Pichardo asoma por la puerta del foro. Viendo que su amigo gesticula y monologea, quedase en la puerta observándolo. Allá en la sala suena un vals tocado al piano: la reunión baila que se las pela.* Sí, sí... Después, cuando se vaya toda esa gente... ¿Qué pierdo yo con proponérselo?

PICHARDO. ¡Tatel ¡tatel!

GARCÍA. *Sobrecogido.* ¿Qué? ¡Ah! ¿eres tú?

PICHARDO. ¡Niégamelo ahora!

GARCÍA. ¿Qué?

PICHARDO. Niégame que te pasa algo: niégame que estás hablando solo.

GARCÍA. *Contemplándolo con burla.* ¡Pero mira que eres curioso, Pericol!

PICHARDO. ¿Curioso yo?

GARCÍA. Hasta la locura. Ayer les decía yo a mis sobrinas, refiriéndome a ti, que el peor día de tu vida será el de tu entierro.

PICHARDO. ¡Naturalmentel

GARCÍA. No; pero no porque te hayas muerto.

PICHARDO. Entonces, ¿por qué?

GARCÍA. Porque no podrás ver quién va en los coches.

PICHARDO. ¡Hombrel ¡hombrel ¡El chistecitol...

GARCÍA. *Procurando disimular.* Lo que tengo, tocayo—y te lo digo para que no te inquietes—, es que no puedo soportar en calma estas reuniones semanales: este nuevo martirio que ha ideado mi mujer. Me he refugiado aquí huyendo de ese charlatán de don Marcos, que escribe un drama por semana y me cuenta a mí el jueves el argumento.

PICHARDO. ¿A ti nada más? ¡A todo el que pasa por su lado! Oye, ¿y en dónde está Lorenza, que no la he visto?

GARCÍA. Se marchó el martes en peregrinación a Toledo.

PICHARDO. Pues ¿cómo no me he enterado yo?

GARCÍA. Porque se te van las mejores. Habrá ido a pedir por la paz de la familia, y si mientras vuela la casa, al menos no le coge dentro.

Filito y Clarita vienen por la puerta del foro en busca de Pichardo.

FILITO. ¿Ves? Aquí está. ¿No te dije?

CLARITA. Pero, Pichardo, por Dios: ¿qué hace usted aquí como un tonto?

FILITO. ¡Lo que se ha perdido usted!

PICHARDO. *Desconsolado.* ¿Qué? ¿qué?

CLARITA. ¡Lo que se ha perdido!

PICHARDO. ¿Qué?

FILITO. Ese chico, Fernando Olona, es un artista.

CLARITA. A mí me atrae.

FILITO. Y a mí. ¡Ha imitado el vapor del estanque de una manera!... ¡Oh!

CLARITA. Hasta echaba humo. ¿Usted no lo ha visto nunca, don Pedro?

GARCÍA. No; pero he visto el vapor del estanque, y si tanto se le parece...

CLARITA. No tiene usted idea. Una maravilla. Yo me llevaba a casa a ese hombre para verle hacer cosas.

PICHARDO. ¿Y a mí no, Clarita? Yo también echo humo cuando se tercia.

Risas.

FILITO. Este Pichardo a todo le pone mostaza. ¿Vámonos para allá?

PICHARDO. Sí, sí; vámonos.

FILITO. Ahora va a adivinar el pensamiento. ¡Figúrese usted!

CLARITA. Eso a mí me da miedo. Porque como el pensamiento no tiene valla...

PICHARDO. Vamos, vamos allá. El brazo, Filito. Clarita, el brazo. *A García.* Tú, ¿qué tal? ¿Voy solo?

FILITO. ¡Qué suerte tiene!

CLARITA. La suerte es la nuestra, llevando a este galán prendido...

PICHARDO. ¡Atíza! ¡Como ese pollo me adivine a mí el pensamiento... me echan de la tertulia!

Risas generales. Se van por la puerta del foro, hacia la derecha, animadamente. Filito vuelve en seguida, y se encara con su padre, sofocadísima.

FILITO. ¡Papá!

GARCÍA. Hija.

FILITO. ¿Tú crees que esto está bien? Me habéis dejado sola con Alfredo. María se escabulle; Daniela se escabulle; tú no te asomas por allí... Es una grosería. Para esto, sería muchísimo mejor no recibir a nadie.

GARCÍA. ¡Ay, sí; sería muchísimo mejor!

FILITO. Anda, anda, anda y anda. ¡Estos jueves van a acabar conmigo! *Se va tras de los otros.*

GARCÍA. ¡Señor, Señor!... Para mí son jueves los siete días de la semana. ¡Ay!... Trabajo me está costando sostener la careta.

Sigue paseando abstraído. Vuelve don Marcos solo por la puerta del foro, con el argumento de la semana entre ceja y ceja; se va derecho al aparador, y se empina un vaso de agua. Al ir a marcharse repara en García y cae sobre él como un aerolito.

DON MARCOS. ¡Pero, hombre! Pero ¿qué hace usted aquí?

GARCÍA. ¡Hola!

DON MARCOS. ¿Qué hace usted aquí?

GARCÍA. Nada... Me dió un mareillo... La bu-lla, la gente...

DON MARCOS. ¿Estorbo? ¿Molesto?

GARCÍA. Calle usted... Usted está en su casa, y en su casa usted no molesta nunca.

DON MARCOS. Gracias, querido. *Pegando la hebra.* Pues... antes... cuando nos separó aquella señorita... ¿Quiere usted un cigarro?

GARCÍA. Venga.

Pasean y fuman. García aguanta resignado la nube.

DON MARCOS. Quedamos — ¿lo recuerda usted?...

GARCÍA. Sí; habla usted de su obra, ¿no?

DON MARCOS. ¡Claro!

GARCÍA. Quedamos en la escena... Cuando el hijo va y le dice al padre que... y el padre va y le dice : ¿hijo...

DON MARCOS. Aguarde usted un poco. No la enredemos. Ahí quedé con otro señor, que parece interesarse mucho: el señor Pichardo. A usted lo dejé en otra cosa. Ya recuerdo.

GARCÍA. ¿Vámonos a la sala?

DON MARCOS. *Sin hacerle caso.* Verá usted qué problema más hondo.

GARCÍA. ¿Nos iremos a la sala?

DON MARCOS. Pasa aquella escenita de los dos rivales, ¿comprende usted?... «Que tú, que yo, que infame, que tal»... Frase cortada, efecto; el teatro es efecto... y el efecto es *taquilla*. Y en seguida encajo un pasaje cómico para no cansar.

GARCÍA. ¡Muchol

DON MARCOS. ¿Eh? ¿Hay autor? ¿Hay vista?

GARCÍA. *Mitad suspiro, mitad afirmación.* ¡Hay!

DON MARCOS. Pues verá usted qué recurso más ingenioso y más infalible. Como el duque anda tan abatido, tan triste, pensando nada más que en lo suyo, ¡zas! llega un señor de estos pe-

sados, de estos que no se hacen cargo de las circunstancias, y la emprende a contarle al buen hombre una cosa larguísima, que no le importa nada absolutamente. ¿Qué le parece a usted?

GARCÍA. ¡Muy humano!

DON MARCOS. ¿Verdad? ¡Eso pasa todos los días!

GARCÍA. ¡Y todas las noches!

DON MARCOS. Pues hay majadero que me lo discute; que me dice que el duque no aguanta...

GARCÍA. ¡Sí, hombre, sí lo aguanta! ¿Qué va a hacer el pobre señor?

DON MARCOS. Usted ve largo: usted va lejos. Final del acto: ¡zas! llega el padre; ¡zas! llega la madre; ¡zas! llega el hijo: se reúnen los tres. ¿Se hace usted cargo de la escena?

GARCÍA. Sí, señor: ¡zas! llega el padre; ¡zas! llega la madre... Completamente.

DON MARCOS. Bueno, pues agárrese usted. Bomba. El chico declara, confiesa. Lo que ha hecho para sostener aquel boato, aquel lujo, la vida aquélla, es robar.

GARCÍA. *Turbado momentáneamente.* ¿Qué?

DON MARCOS. Sacar dinero, descubriendo el resorte, de la caja de hierro de la herencia. *Observando la turbación de García.* ¡Qué efecto le ha hecho a usted, amigo! ¡Hasta ha perdido usted color! ¿Es bonito, verdad? ¿Impresiona, verdad?

GARCÍA. Sí, sí, señor; no cabe duda. Impresiona...

DON MARCOS. *Metido en harina.* Telón rápido; entreacto cortísimo: acto tercero.

GARCÍA. ¿Por qué no nos vamos a la sala?

DON MARCOS. Vamos donde usted quiera. Allí también podemos hablar.

GARCÍA. Vamos, sí; no adviertan mi falta...

Encamínanse hacia la puerta del foro.

DON MARCOS. Acto tercero. La misma decoración del segundo. El despacho del duque, ¿eh?

GARCÍA. Sí.

DON MARCOS. Con las dos puertas laterales, ¿eh?

GARCÍA. Sí, sí.

DON MARCOS. La mesa, las panoplias... el escudo en el fondo...

GARCÍA. Sí, hombre, sí. La misma: ya estoy.

Vuelve nuevamente Pichardo.

PICHARDO. Perico, Perico, que te esperan allá.

GARCÍA. Para allá vamos.

DON MARCOS. Y ¿quién cree usted que aparece en escena? ¿El padre? ¿La madre?

GARCÍA. Es difícil... No sé...

DON MARCOS. ¡El señor pesado! Elemento cómico. Para ganarme al público, ¿entiende usted? ¿Hay chispa? ¿Hay ojo? ¿Hay picardía? ¿Hay madera? ¿Hay *hombre de teatro*? ¿Sé mover los muñecos?... Con permiso de usted voy a beber otro poquillo.

GARCÍA. ¡Sí!

Mientras bebe, se le escapa cautelosamente García. Pichardo celebra el lance.

DON MARCOS. *Acaba de beber, y le echa mano a Pichardo sin verlo, como si fuera el otro.* ¡Bah! Acto tercero. Escena primera.

PICHARDO. ¿Eh?

DON MARCOS. Atardece, y a la conclusión del acto es ya de noche.

PICHARDO. ¿Cómo que atardece?

DON MARCOS. *Sorprendidísimo.* ¡Ah, que es usted! ¿Y el señor García?

PICHARDO. En el pasillo lo aguarda a usted, lleno de impaciencia.

DON MARCOS. Voy, voy: no se pique. Está interesadísimo. Esta noche no duerme. Ya seguiré luego con usted. *Vase hacia la sala hablando sol, y dispuesto a no soltar a García hasta el fin de la obra. De la suya, naturalmente.* Atardece, ya digo...

PICHARDO. ¡Carambo con el dramaturgo! ¡Qué nubel Por salvar yo a Perico, por poco se me cuelga a mí.

Sale Daniela por la puerta de la izquierda, enjugándose el llanto. Pichardo la detiene.

DANIELA. Esto es hecho.

PICHARDO. ¿Danielita?

DANIELA. ¡Ah!

PICHARDO. No se asuste usted, que soy yo.

DANIELA. No, si no me asusto. ¿Queda ahí gente?

PICHARDO. Alguna; pero pronto se irá. ¿Qué le sucede a usted, Danielita?

DANIELA. Nada.

PICHARDO. Me parece que está usted inquieta.

DANIELA. ¿Por qué?

PICHARDO. Qué sé yo. Ese semblante... esos ojos... ¿Puedo hacer algo por usted?

DANIELA. Sí.

PICHARDO. Usted dirá.

DANIELA. Dejarme sola.

PICHARDO. ¡Ah, vamos! ¡Jel Ya se ve que es usted de Aragón. *A Jenara, que sale por la puerta del foro a tiempo que el se va, le indica por señas que Daniela quiere estar sola. Jenara no lo entiende.*

JENARA. ¿Cómo?

PICHARDO. *En tono misterioso.* Que quiere estar sola.

JENARA. Lo que no quiere es estar mal acompañada.

PICHARDO. ¡Carambol ¡carambol! Ya se ve que es usted de Madrid. *Vase rabiando de curiosidad.*

JENARA. *Conteniendo a Daniela, que va a hablar.* Espere usted un poco. *Asómase a la puerta del foro, temerosa de que Pichardo ande por allí.* Se fué.

Hablan en voz baja, precipitadamente y con recelo de ser sorprendidas.

DANIELA. ¿Viene usted de la calle?

JENARA. Sí.

DANIELA. ¿Lo ha visto usted?

JENARA. Sí.

DANIELA. ¿Está bien enterado?

JENARA. ¡Andal

DANIELA. ¿A las tres, verdad?

JENARA. A las tres en punto. Me ha dicho que aunque caigan rayos.

DANIELA. No lo permita Dios.

JENARA. La llave de la puerta de abajo está en el cajoncillo del perchero.

DANIELA. Ya, ya lo sé. Separémonos.

JENARA. Señorita, muchísima suerte. Y de gracias, un carro. Aunque bien sabe Dios que no me ha guiado ningún interés.

DANIELA. Gracias yo a usted, Jenara.

JENARA. Hasta que Dios quiera.

DANIELA. Hasta pronto.

Vase Jenara por la puerta del foro. A poco sale Momo por la de la izquierda.

MOMO. ¿Danielilla?

DANIELA. *Volviéndose sorprendida.* ¿Quién? ¡Momo! *Con sorna.* Pero ¿no has salido de casa, o saliste y has vuelto ya?

MOMO. No; no he salido. Llevo malucho un par de días. Y hace mucho frío por ahí... ¿Verdad?

DANIELA. No sé.

MOMO. ¿No sabes?

DANIELA. En casa se está bien.

MOMO. Basta que tú lo digas. Pero mi cuarto no es ninguna estufa.

Encaminase Daniela a la puerta del foro.

MOMO. *Estorbándole el paso. ¿Adónde vas?*

DANIELA. A la sala: déjame.

MOMO. ¿Qué vas a hacer allí?

DANIELA. Me echarán de menos.

MOMO. Yo también, si te vas.

DANIELA. Contigo tengo confianza. Déjame.

MOMO. No.

DANIELA. Bueno. Paciencia.

MOMO. ¿Necesitas mucha para permanecer a mi lado?

DANIELA. Alguna; y ya me queda poca.

MOMO. ¿Te trato mal?

DANIELA. Me dices cosas que no me agradan.

MOMO. ¡Extraña mujer! La enoja que la llame bonita, que es todo mi pecado.

DANIELA. Como no lo soy...

MOMO. Eres más que bonita: eres preciosa.

DANIELA. Mejor para mi novio.

MOMO. Y peor para mí: ya lo sé. *Contemplándola con codiciosa admiración.* ¡Qué ojazos!... ¡qué bocal!... ¡qué busto!... ¡qué cintural!... De mejor gana que lo digo...

DANIELA. No te acerques, Momo.

MOMO. ¿Estoy apestado, primita?

DANIELA. Lo están tus intenciones.

MOMO. Te engañas.

DANIELA. *Tratando de irse otra vez. Momo se lo impide.* Déjame salir.

MOMO. No quiero.

DANIELA. ¡Es mucho suplicio! Me marcharé a mi cuarto.

MOMO. Y yo detrás.

DANIELA. Hasta la puerta, no lo dudo.

MOMO. Me gustas por lo entera, por lo bravía.

DANIELA. Y tú a mí por lo...

MOMO. Dilo. Por lo... ¿qué? Dilo.

DANIELA. Por lo...

MOMO. ¿Por lo golfo?

DANIELA. Cabal.

MOMO. No eres tú la primera mujer a quien le gusto por lo golfo.

DANIELA. A mí ni por eso, ni por nada. Fué gana de hablar.

MOMO. También por la franqueza me gustas. Si tú y yo acabaremos por querernos mucho. ¿A qué te empeñas en alejar lo que ha de venir?

DANIELA. Ya, ya.

MOMO. No me desprecies; no me hieras. Ello está escrito, y como te resistas, conseguirás que un día se me encienda el humor, y baje a la calle, y le busque la cara a tu novio.

DANIELA. Se me olvidó: sólo me gustas por valiente. Lástima que algunas veces, como ahora, te encierres en casa, porque en la calle te acecha un hombre que te quiere pegar.

MOMO. ¿A mí?

DANIELA. A ti. El... Fulano... el que sea: el

querido de una de esas mujeres con quien tratas, y a las que pretendes igualarme.

MOMO. Pero ¿quién ha inventado?... ¿Ves si eres injusta conmigo? Pues cuanto más injusta eres, más te quiero, más te deseo, más me seduces, más me arrastras...

DANIELA. No te acerques, Momo.

MOMO. No me atraigas tú.

DANIELA. Mira que huyo; que doy voces.

MOMO. Comprendo el ser esclavo... el placer de los latigazos en la espalda... *Intentando cogerla.* Ven acá.

DANIELA. ¡Estate quieto!

MOMO. Pero ¡qué tonta eres!... ¡Ven acá!

DANIELA. ¡Que grito, Momo!

MOMO. *Asiéndola al fin por una mano.* Grita. Acudirá la gente. Perderás tú; yo, no.

DANIELA. ¡Suéltamel!

MOMO. ¡Si al fin ha de ser! *La abraza.*

DANIELA. ¡Canalla! ¡Suéltamel! *Lo despide violentamente.*

MOMO. ¿Sabes que tienes buenos puños?

Oportunamente llega por la puerta del foro María.

MARÍA. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Momo?

MOMO. Nada. Tu hermanita, que por las señas siente lo trágico.

DANIELA. Y que no sabe tratar con rufianes.

MARÍA. Momo...

MOMO. Primita...

MARÍA. Por ser ella quien es, y por estar en la casa de tus padres, debieras respetarla.

MOMO. Pero oye, ¿de cuándo acá son los abrazos faltas de respeto, y menos entre dos primos que se quieren bien?

MARÍA. *Va a contestarle con indignación y violencia, y se reprime.* Vete. Déjanos.

MOMO. ¿Qué ibas a decirme?

MARÍA. No sé. Te quería insultar; pero en mi lenguaje no hay palabras para insultarte a ti. Vete, vete.

MOMO. ¡Ah! ¿tú también te pones por las nubes? Vaya, hay lances sin fortuna. Desde hoy os trataré con exquisita cortesía. Empezaré esta noche. *Haciéndoles una reverencia.* Señoritas... a los pies de ustedes. *Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda, cantando.*

DANIELA. Tú harás lo que quieras, pero mi resolución está tomada.

MARÍA. Y ¿cuál es?

DANIELA. La de irme de aquí; la de escaparme, para que nadie me detenga.

MARÍA. No lo harás.

DANIELA. Lo haré. Todo me arroja de esta casa; pero el asedio de Momo bastaría. ¿Me seguirás tú?

MARÍA. Y ¿adónde vas?

DANIELA. Adonde sea; a no estar aquí. ¿Me seguirás?

MARÍA. No.

DANIELA. ¿Por qué?

MARÍA. No sé explicártelo.

DANIELA. Pues contigo o sin ti, yo me voy.

MARÍA. Yo me quedo.

DANIELA. Pronto irás a buscarme.

MARÍA. Tal vez.

DANIELA. Estoy segura.

MARÍA. Calla, que alguien viene.

DANIELA. Pues adiós.

MARÍA. Si es tío Pedro.

DANIELA. Quien sea. No quiero ver a nadie.
Se va por la puerta de la izquierda.

MARÍA. *Viendo irse a Daniela.* Al fin y al cabo, tú tienes un cariño, una esperanza; pero yo... César... César...

Vuelve a salir García por la puerta del foro. En seguida, por la misma puerta, sale Filito.

GARCÍA. ¡Loado sea Dios! ¡Ya se fueron! ¡Qué noche más largal

FILITO. Papá, Alfredo dice que está muerto de sueño, y que se acuesta, y que se acuesta, y que se acuesta.

GARCÍA. Pero, señor, estos hijos míos... ¿No sabe que os tengo que hablar?... Cosa que yo les pida... ¡Es mucha desgracia! *Vase.*

Sale Momo por la puerta de la izquierda.

MOMO. Chica, ¿qué tripa se le ha roto a don Pedro?

FILITO. Qué sé yo: le tiemblo cuando se pone misterioso.

MOMO. A mí me encargó antes con el mayor sigilo que viniese aquí cuando todos se fueran... ¿Y el gran don César no asistirá al conciliábulo?

FILITO. Como sea para sacar tajada...

GARCÍA. *Volviendo.* ¿Momo? ¡Ahl que estás aquí. Ahora vendrá Alfredo. *A María.* Hijita, tú has de dispensarme; pero ya que por casualidad los pillo en casa a todos, quiero charlar a mis solas con esta gente.

MARÍA. Sí, tío, sí. Mañana hablaremos usted y yo.

GARCÍA. ¿Nosotros?

MARÍA. Sí.

GARCÍA. ¿De qué?

MARÍA. De una cosa.

GARCÍA. Bien está. Hasta mañana.

MARÍA. Hasta mañana. Adiós, Filito.

FILITO. Adiós.

MARÍA. Buenas noches, Momo. *Se va por la puerta de la izquierda. Momo le hace una extrema-da cortesía, sin palabras.*

MOMO. ¿Por lo visto tenemos sesión secreta?

GARCÍA. Secreta y grave.

FILITO. ¡Nos hemos caído!

Llega Alfredo por la puerta del foro, bostezando.

ALFREDO. Papá, como te descuelgues con una tontería, vas a oírme.

FILITO. Oye, tú: no hosteces así, que contagias.

GARCÍA. Sentaos si queréis. *Cierra las dos puertas. Los hijos se colocan con la mayor comodidad posible.*

ALFREDO. Pero ¿va a ser esto muy largo?

GARCÍA. Hay para un rato, Alfredo de mi vida.

MOMO. ¿Telegrafiamos a mamá?

GARCÍA. Déjate de burlas ahora. *Contrariado y triste.* Yo os aseguro que, si hubiese podido resolver por mí mismo el asunto de que quiero hablaros, nada os diría, ya que tanto os molesta. Cuando os llamo aquí, es porque no tengo más remedio. Perdonadme.

ALFREDO. ¿A que vas a salir con una simpleza?

GARCÍA. Siendo tu padre, no sería extraño que saliese.

MOMO. Eso está bien. Chóquela usted, don Pedro.

GARCÍA. Seriedad. Os pido seriedad y atención.

ALFREDO. *Luchando en vano con el sueño.* Pero a César, ¿por qué razón se le deja dormir?

GARCÍA. César a estas horas no duerme. César está bajo el peso de una enorme desgracia, de la cual vamos nosotros a tratar aquí.

MOMO. ¿Hola? ¿Anda don César en el ajo?

FILITO. ¡Espantárame yo! Pues desde ahora te advierto que si hay que pagarle alguna trampa, yo de lo mío no doy ni una perra.

GARCÍA. Silencio, Filito.

MOMO. Empiezo a escamarme *asaz*.

GARCÍA. *Triste y solemnemente*. Vuestro hermano César ha cometido una gran locura.

MOMO. Rumores.

GARCÍA. Locura que no puede hallar disculpa ni en sus pocos años, ni en sus arrebatos de joven, ni en nada. Yo soy su padre, y no lo absuelvo. Pero hay que salvarlo.

FILITO. Pues ¿qué gansada ha hecho?

GARCÍA. Es algo muy grave, con cuyo descubrimiento padecería la honra de vuestro hermano, que es al mismo tiempo la vuestra y la mía. Oídmelo, que ya veis que el caso no puede ser más serio, ni de más doloroso interés.

Alfredo ronca.

FILITO. Y si no, que se lo pregunten a ése.

GARCÍA. *Sublevándose*. ¡Alfredo!

ALFREDO. Papá.

GARCÍA. ¿Tan grande es tu cansancio que no puedes atenderme cinco minutos? ¡Levántate y sacude el sueño!

ALFREDO. A ver si acabas.

GARCÍA. *Con amargura*. ¡Si casi no he debido empezar! César, por necesidades de la vida en que sabéis que anda, por no sufrir humillaciones ante la mujer de quien en mal hora se enamoró, por

deudas del juego, por cien causas distintas, ha venido durante varios meses disponiendo de algunas cantidades de la caja confiada a él.

MOMO. ¡Bueno!

ALFREDO. ¡Arrea, manco!

FILITO. ¡Qué bruto!

GARCÍA. Callad. Esas cantidades no ha podido restituirlas a la caja; ascienden a una suma considerable, y ahora, con motivo del recuento y balance de fin de año, se ha de notar la falta si no se remedia, y César estará perdido. Fijaos bien: perdido. Este es el caso. Meditad sobre él. Entre todos, con voluntad y con cariño, no dudo que podremos acudir a su reparación, salvando así a César de la deshonra, que, si bien lo miráis, es salvar nuestro crédito, nuestra casa: porque a mí, ¿qué me quedará para sostenerla si pierdo mi buen nombre?

MOMO. Pues, señor, vivir para ver. Declaro que mi escama ha podido sugerírmelo todo, menos eso. Conozco hombres imbéciles en el mundo, pero como mi señor hermano don César no he visto otro.

ALFREDO. ¿Verdad que no?

FILITO. ¡Qué barbaridad, qué barbaridad y qué barbaridad!

MOMO. De modo que haciendo del corrido y del calavera, entra en relaciones con una señora casada — relaciones autorizadas por el marido; hasta aquí vamos bien —; con una señora que

vive a lo grande porque puede, que da reuniones y escándalos todos los martes, y que tiene más caprichos que joyas; y mi caballeroso hermano, no sólo no se aprovecha de la viña — como hubiera hecho yo —, sino que se pierde y se busca la ruina por causa de ella. ¡Qué listo es! ¡Qué listo!

ALFREDO. ¡Mira que hace falta discurrir con las botas!

FILITO. Merecía que le dejáramos ir a presidio.

GARCÍA. Pero, por Dios, por Dios... ¿Vosotros suponéis que César hubiera podido aceptar...?

MOMO. ¿Cómo si lo suponemos? ¡Es lo que cree todo Madrid!

ALFREDO. Anoche se habló de eso en la Cervecería.

MOMO. Señor, las señas son mortales: una dama muy rica y un galán sin dos cuartos, y que viste, y que luce, y que juega, y que se abona a los teatros, y que va al tiro de pichón, y que veceranea... ¡A ver qué va a pensar la gentel!

ALFREDO. Tiene éste razón.

GARCÍA. La gente puede pensar lo que se le antoje, pero vosotros estáis obligados a pensar de otro modo. Conocéis bien a César...

MOMO. *Burlándose.* ¡Ooooooh!

GARCÍA. Conocéis su orgullo, su intransigencia altiva en ciertas cuestiones...

MOMO. ¡Ooooooh!

ALFREDO. ¡Ooooooh!

GARCÍA. Pero ¿qué significa esto? ¿Es que tomáis a broma el conflicto? Si no por él, consideradlo en serio por mí. ¿No veis mi tortura?... Yo he sido el primero en acusar a César; en condenarlo; pero esto no quita para que piense que lo tenemos que salvar.

FILITO. No sé cómo. ¡Ni que estuviéramos nosotros nadando en la abundancia!

MOMO. *A Alfredo.* ¡Adiós, Urquijo!

GARCÍA. Disponéis de lo suficiente...

MOMO. A ver: explícate.

GARCÍA. ¿Hay más que vender vuestra casa?

LOS TRES. *Como si los pinchasen.* ¿Quéeee?

FILITO. ¿Vender nuestra casa?

GARCÍA. Sí, hija mía: la honra de todos ¿no vale quizás ese sacrificio? Comprendedlo. Os lo propongo yo: yo, que fuí quien a costa de mil trabajos consiguió verla edificada para vosotros cinco.

ALFREDO. ¿Cómo cinco?

GARCÍA. Cinco: los cuatro que vivís... y la pobrecita que murió.

ALFREDO. ¡Ah! es verdad.

MOMO. ¡Qué animal es éste!

GARCÍA. Aunque yo os la dí, nada mando en ella: sólo por acuerdo vuestro puede venderse. Yo os pido que lo hagáis, y espero que lo haréis sin pensarlo, por natural impulso de vuestro corazón.

Silencio largo. Unos a otros se miran consultándose. Alfredo se rasca la cabeza.

FILITO. ¿Tú qué dices, Momo?

MOMO. Lo que piensas tú: ¡que es una triste gracia!

ALFREDO. Pero así como suena.

MOMO. El juego de don César está más claro que la luz: se da vida de príncipe, gasta y triunfa, seguro de que tiene las espaldas cubiertas con nuestra casita. Son habas contadas.

GARCÍA. ¡Momo, por Dios!

MOMO. ¡Papá, por la Virgen!

FILITO. Tú podrás dorarla; pero lo que lleva la píldora dentro, es lo que ha dicho Momo.

ALFREDO. ¿Si creerá ése que aquí nos chupamos el dedo?

MOMO. Convengamos en que es de un desahogo encantador. Y luego hay que verlo: entra en la casa perdonándonos a todos la vida; huye de nosotros, miserables gusanos, gentecilla desprovista de sentido moral...

GARCÍA. *Suplicante.* No es eso... Olvidemos ahora...

ALFREDO. 'Sí, sí, olvidemos: todavía me acuerdo yo de lo que discutió mis seis mil reales, cuando caí soldado. ¡A la fuerza quería verme con el chopo!

MOMO. Porque tú eres un ser inferior.

FILITO. ¿Y yo, también lo soy? Pues ahora bien que ha tenido barro a mano, y no ha sido

para comprarle a su hermana ni un par de guantes.

GARCÍA. Estoy horrorizado de oiros: sois crueles, sois malos...

MOMO. ¡El ángel de Dios es el otro!

FILITO. ¡Aquí, ya se sabe: en diciendo César...!

ALFREDO. ¡Siendo cosa de César...!

MOMO. ¡Don César tiene bula!

GARCÍA. ¡Basta ya!

MOMO. ¿Eh?

GARCÍA. ¡Basta ya! Esto se acabó. Momo, vete a tu alcoba.

MOMO. ¡Ya lo creo que me voy! Después de todo... la cosa no vale la pena de trasnochar. Salud.

Vase por la puerta de la izquierda.

GARCÍA. Adiós. Filito, Alfredo, retiraos vosotros también.

FILITO. *A Alfredo.* ¡Mira que la pretensión de papá...

ALFREDO. Chica, yo tengo un sueño que no veo. Me han partido con variarme las horas de oficina.

FILITO. Compadéceme a mí, que todavía antes de acostarme tengo que hacer examen de conciencia.

ALFREDO. Hasta mañana, papá.

GARCÍA. Hasta mañana, Alfredo.

FILITO. Papá, buenas noches.

GARCÍA. Buenas noches, hija. A dormir tranquilos... si podéis.

Alfredo y Filito se van por la puerta del foro, cada uno hacia un lado.

GARCÍA. *Después de una pausa, con amargura.*
¡Y dicen que esta casa es cristiana, porque mi mujer ha pegado una estampita de Jesús detrás de la puertal

Vuelve María por la puerta de la izquierda.

MARÍA. ¿Tío Pedro?

GARCÍA. María. ¿Estabas ahí?

MARÍA. *Timidamente.* Confieso mi delito: ahí estaba. Pero he llegado ahora.

GARCÍA. Ya.

MARÍA. Oí gran tremolina desde mi cuarto, y aunque eso aquí no puede chocar, como las mujeres somos tan curiosas, me acerqué...

GARCÍA. Pero ¿te has enterado...?

MARÍA. De nada; no... Al llegar lo he visto a usted ya solo. ¿Qué ha sido?

GARCÍA. Lo de siempre, hija de mi alma: que quiero sembrar en mi casa un poco de cariño, y cada vez encuentro la tierra más seca y más dura. Vente aquí.

MARÍA. *Obedeciéndolo y sentándose cariñosamente al lado suyo.* De muy buena gana. Haré yo lo que no hacen nunca los otros: acompañarlo,

quererlo, vivir con usted... ¿Qué importa que éstos coman y duerman bajo el mismo techo, si viven a miles de leguas de distancia?

GARCÍA. A miles de leguas, dices bien.

MARÍA. ¡Qué triste es estar tan lejos de quien se está tan cerca!

GARCÍA. No te cases nunca, María.

MARÍA. No se alarme usted: es difícil. Soy tan pava, tan sosa... Además, no soy rica. Luego, hay muchachas que hablan mirando, que con los ojos dicen lo que les interesa... Yo no sé; no puedo... No sé más que callar.

GARCÍA. ¿Callar? Pero ¿es que estás enamorada?

MARÍA. No...

GARCÍA. ¡Sí!

MARÍA. Lo afirma usted de una manera...

GARCÍA. Hija mía, lo niegas tú de un modo...

MARÍA. Diciendo que no...

GARCÍA. ¡Ay, ay, ay!... Te voy a encerrar en una habitación y te voy a poner a pan y agua.

MARÍA. Dejemos eso, tío.

GARCÍA. ¿Quién es él? ¿quién es él? Ahora soy yo el curioso.

MARÍA. Quien usted quiera. Puesto a ello, élíjamele usted a su gusto.

GARCÍA. Bien está. Debo respetar tu reserva. Y dime, dime: ¿de qué me querías hablar? *María calla.* ¿No me advertiste que tenías que hablarme de una cosa?

MARÍA. Sí.

GARCÍA. Vamos a ver: ¿qué es ello?

MARÍA. ¿Usted sabe qué le ocurre a César?

GARCÍA. ¿A César? ¿A mi hijo?

MARÍA. Sí.

GARCÍA. Pero ¿le ocurre algo? No sé... ¿Por qué me lo preguntas?

MARÍA. Verá usted. Ayer tarde pasaba yo por su cuarto a tiempo que de él salía un mozo de café. La curiosidad me hizo mirar instintivamente hacia dentro, y pude ver a César. Estaba en una actitud que me dió miedo.

GARCÍA. ¿Sí?

MARÍA. Miedo y lástima. Sentado ante su mesa, ¿sabe usted? con la cabeza entre las manos, pálido... y los ojos muy fijos... Al pasar yo, me parece que me vió y que dijo: «María». Pero no estoy segura de ello. Escuché unos momentos a ver si me llamaba otra vez y no me llamó. ¿Qué le ocurre, tío Pedro? Usted lo sabe.

GARCÍA. No, no... De verdad te digo que nada sé. No te alarmes... no agrandes las cosas con tu imaginación. Cada hombre es un mundo... Vaya usted a saber si algún devaneo... alguna aventura de muchacho...

MARÍA. Ya.

GARCÍA. César se ha metido en una vida que no es para él.

MARÍA. Y ¿por qué no sacarlo de ella? *García hace un gesto.* ¿Tan atado está?

GARCÍA. Puede que no esté atado más que por un cabello; pero si es de mujer...

MARÍA. *Súbitamente.* ¿De mujer?

GARCÍA. Sí.

MARÍA. ¿Quiere a alguna?

GARCÍA. La quiso. Y aun creo yo que la quiere.

MARÍA. ¿Por qué?

GARCÍA. Porque cuando se llega a la pasión, querer es una cuesta abajo, y olvidar es una cuesta arriba.

MARÍA. Según eso, ¿él trata de olvidarla?

GARCÍA. Sí.

MARÍA. Sin duda porque ella no merece...

GARCÍA. No merece, no...

MARÍA. Y ¿quién es ella?

GARCÍA. Una de tantas. Me repugna hablar contigo de esto. Es una historia que vale más que ignores. Pertenece a lo que llaman crónica escandalosa. La víctima ha sido mi hijo César.

MARÍA. *Emocionada.* Bueno, sí... tiene usted razón. Calle usted. *Se levanta.*

GARCÍA. ¿Te vas ya?

MARÍA. Sí; es tarde. Debe usted recogerse, descansar... Yo también. Es muy tarde, muy tarde... Hasta mañana, tío Pedro.

GARCÍA. *Oyendola y mirándola sorprendido.* Adiós, mujer. *María va hacia la puerta de la izquierda. Al llegar a ella, García, que no ha dejado de contemplarla, la llama. Ella contesta sin volver la cabeza.* María.

MARÍA. ¿Qué?

GARCÍA. Mírame. *María permanece quieta. Mírame.*

MARÍA. ¿Para qué?

GARCÍA. *Acercándosele.* ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?

MARÍA. No lloro.

GARCÍA. *Comprendiendo de pronto.* ¿Acaso tú...?

MARÍA. Sí.

GARCÍA. ¿Es él?

MARÍA. Él. *Se va, llorando silenciosamente.*

GARCÍA. *Atónito, confuso.* ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Y en qué momentos!... ¡en qué momentos!...

Sale por la puerta del foro Luisa.

LUISA. Señor.

GARCÍA. Pero ¿cómo no he advertido hasta ahora...?

LUISA. Señor.

GARCÍA. ¿Qué quieres?

LUISA. Que son ya las tantas de la noche. Usted dirá si puedo acostarme.

GARCÍA. ¡Ah! sí: ¡ya lo creo! ¡Es verdad; que te dije que te esperarás! Acuéstate, sí. No; si vamos a perder todos la cabeza. ¡Jesús, Jesús, Jesús!... *Vase por la puerta del foro, haciéndose cruces.*

LUISA. A este pobre señor me lo vuelven loco. Si no llego a asomarme, estoy de plantón hasta la madrugada. *Apaga la luz del comedor y vase por la puerta del foro, dejándola cerrada.*

El escaso fuego de la chimenea brilla en la oscuridad. Queda la escena sola unos momentos.

Abre sigilosamente la puerta del foro Doña Goya, y sale con su palmatoria encendida. Habla en voz baja y llena de misterio.

DOÑA GOYA. Creí que no se iban nunca... ¿Qué habrán traído?... ¿Qué tramarán entre todos contra esta pobre vieja?... Ladrones... criminales... A ver qué ha quedado esta noche... *Deja la luz, abre el aparador y hurta de él codiciosamente y se echa en la falda recogida lo que va nombrando.* ¡Ah!... ¡gran festín! ¡Quesol ¡quesol ¡tenemos queso!... ¡Pobrecitas ratas!... Estas galletas... y estas uvas... Nada más, nada más... no lo noten... *Cierra el aparador, coge su luz, y se va tan sigilosamente como vino.* ¿Qué os creíais, pillos? ¿que nos ibais a matar de hambre?... *Queda otra vez la escena sola durante unos momentos.*

Por la puerta de la izquierda sale Daniela, que huye, caminando cautelosamente hacia la del foro. Viste gabán negro y lleva toquilla negra también a la cabeza.

DANIELA. Es mejor que no me despida de ella... Me retendría, como siempre... ¡No! ¡no! Ya vendrá conmigo... ¡Maldita casal...

Aparece César en la puerta del foro. Daniela, temerosa de ser sorprendida, ahoga un grito y se echa hacia atrás. César viene sombrío, silencioso, abstraído. Se detiene en la misma puerta un instante. Después, orientado por el resplandor de la

chimenea, avanza hasta ella despacio. Dejase al fin caer con gran abatimiento en el sofá. Lloro. Daniela lo observa inmóvil.

CÉSAR. Huír, huír... No hay otro remedio que huír.

Daniela, con los ojos llenos de espanto y fijos en César, gana al fin la puerta y escapa. Cae el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Despacho en casa de García. Una puerta a l. derecha y otra a la izquierda. Chimenea a la derecha. Al foro, dos balcones. Entre ellos, la mesa. Sillería de cuero. Una butaca. Teléfono. Es a la caída de la tarde.

García, sentado a la mesa, revuelve papeles y trabaja. A poco sale Doña Goya por la puerta de la derecha, buscando un almirez que hay sobre la chimenea.

DOÑA GOYA. ¿En dónde me lo habrán escondido?... Envidiosos... tunantes...

GARCÍA. ¿Eh? ¡Ah!

DOÑA GOYA. ¿Le parece a usted si es picardía el sitio en que han ido a ponerlo? Siempre habrá sido la señorita del pan pringado. *A García.* O puede que hayas sido tú; tú, que me estás oyendo y haces como que no me oyes.

GARCÍA. Señora, ¿quiere usted dejarme en paz?

DOÑA GOYA. Lo que tú pensarías: quito de en medio el almirez, viene la primavera, no puede tocarlo... y un día de tormenta se le mueren todos los gusanos de seda

GARCÍA. *Dejando sus papeles.* ¡Bueno! Usted dirá cuándo puedo seguir.

DOÑA GOYA. Más valía que te dedicaras a meter en la cárcel a tu sobrinita, la que se escapó con el albañil. Y eso que era una santa... Anda, búscame las cosquillas otra vez. *Cantando.*

*Espartero a Bilbao
tres veces atacó...*

GARCÍA. ¡Yo voy a parar en el *Año Cristiano!*

Viene Pichardo de la calle, por la puerta de la derecha, ajeno al roción que le aguarda.

PICHARDO. Salud.

DOÑA GOYA. *Al verlo.* ¡El otro! ¿Trae usted algún recadito misterioso de las chulillas, no es verdad? Tan pirandón y tan marrano es usted como ese viejo verde.

PICHARDO. ¡Doña Goya!

DOÑA GOYA. ¡Doña Cuerno! Así, así; no tengo pelos en la lengua. Y como vuelvas a esconderme el almirez...

PICHARDO. ¿Yo el almirez?

DOÑA GOYA. Tú, sí, no te vale disimularlo. Y tú has sido también quien me ha quitado un capullo color de oro. Y quien se come el maíz de *Fernando VII.* ¡Ea, ya la solté! ¿Te hace falta otra banderilla? Pues escucha: en la antigüedad, a los de tu oficio los echaban a galeras o les daban

azotes. ¡Jopó! *Se va por la puerta de la derecha con su almirez, dejando atónito a Pichardo.*

PICHARDO. Me ha dicho con todas sus letras que soy un al... al... Al tiempo. Esta vieja nos da un disgusto el día menos pensado. Le planta las verdades al lucero del alba.

GARCÍA. ¿Las verdades?

PICHARDO. Bueno, a su manera... Lo que ella cree...

GARCÍA. Te aseguro que ya no sé si mandarla a una casa de locos o siirme yo. *Pausa.* ¿Entregó usted esos documentos?

PICHARDO. Esta mañana.

GARCÍA. Y ¿qué le ha dicho a usted esa señora?

PICHARDO. Que haga usted por verla esta noche.

GARCÍA. Esta noche va a serme imposible. Escribale usted cuatro letras diciéndole que la veré mañana.

PICHARDO. Perfectamente. ¿Manda usted algo más?

GARCÍA. Nada más.

PICHARDO. Pues oye una noticia que va a alegrarte. A la portuguesita le ha salido un argentino con la mar de pesos.

GARCÍA. Mira, o te callas, o te tiro por el balcón. ¡Pues a fe que está el horno para rosquillas! *Óyense dentro, hacia la izquierda, voces de altercado entre Alfredo y Fenara.* ¿Eh?... ¿Qué es eso?...

¿Quién grita? ¿Qué pasa ahí? *Levantándose.* ¿A que me voy a trabajar a la Puerta del Sol para estar más tranquilo?

El altercado arrecia. Las voces se aproximan.

PICHARDO. Es Jenara, que tiene unos repentines...

GARCÍA. ¡Qué alboroto! *Llamando.* ¡Jenara! ¡Jenara!

JENARA. *Dentro.* ¡Y ahora mismo lo echo to a rodar!

GARCÍA. ¡Jenara!

JENARA. ¡Lo que es de esta prójima no se ríe ningún sietemesino! *Sale por la puerta de la izquierda.*

GARCÍA. ¿Me quiere usted decir qué escándalo es ése?

JENARA. Don Pedro, esto me pasa a mí por buena, por considerá; por salir a mi madre, que no podía ver lástimas; por tener un corazón que no coge por la Puerta e Toledo. Pero comprenda usted que to se acaba, y antes que perder yo lo que he ganao con tanto trabajo, me oyen a mí hasta las piedras de la calle.

Pichardo, apenas ve el rumbo que toma la conversación, quiere hacerse invisible.

GARCÍA. Bueno, bueno; tranquilícese usted y dígame: ¿qué es ello?

JENARA. Ello es que a estas horas no está señalao su hijo de usted el menor, porque hoy es lunes, y yo me corto las uñas los lunes pa que no me duelan las muelas.

GARCÍA. Che, che, che... poquito a poco.

JENARA. ¿Cómo poquito a poco? Dé usted gracias a Dios, que todavía parece que respeto, y por estar hablando con usted escojo las palabras. ¿Usted sabe la partida serrana que me ha jugao el niño? ¡Vamos, hombre! De na me ha servío tratarlo como si fuera mismamente un hijo natural. «Jenara, que no tengo pa tabaco.» Tome usted, señorito. «Jenara, que me hacen falta cuellos rusos.» Tome usted, señorito. «Jenara...»

GARCÍA. Pero ¿mi hijo le ha pedido a usted...?

JENARA. ¡Sí, señor!

GARCÍA. ¡En el nombre del Padre! *Llamando.*
¡Alfredo!

JENARA. Aguarde usted, que aún no he hecho más que principiar. Lo bueno es lo que falta. Dos mil reales me debe, y ahora me sale con que él no hace memoria. ¡Y me niega la firma de los recibos!

GARCÍA. *Paseándose agitado.* ¡Jesús, Jesús!

JENARA. Así es que yo, viendo que he visto que se porta de esa manera, he cogío el mantón de ocho puntas y me he plantao en el ministerio.

GARCÍA. ¿En el ministerio?

JENARA. Sí, señor: con los eléctricos no hay distancias.

GARCÍA. Y ¿para qué?

JENARA. ¡Tomal ¡Pa retenerle la paga, ni más ni menos!

GARCÍA. ¡Bien! ¡bien! ¡Admirable espectáculo!

¿De quién habrá aprendido ese mozo a pedirle dinero a la criada?

JENARA. ¡A ver! ¡De toa la familia!

GARCÍA. ¿De toda la familia?

JENARA. Y de algunos amigos, que se quieren hacer los espetros.

GARCÍA. ¿Cómo?

PICHARDO. *Afrontando la situación.* Si lo dice usted por mí, yo no le he pedido más que cuatro duros, a pagar un mes no y otro no, digo y otro sí, y me parece que hasta ahora voy cumpliendo.

JENARA. Pero ¿quién se ha metido con usted, señor?

PICHARDO. ¡Por si acaso!

GARCÍA. ¿De manera que no es sólo Alfredo...?

JENARA. ¿Qué ha de ser? La señora también me debe lo suyo. Y el señorito Momo. Y yo me hubiera callao toa la vida, pero el comportamiento del señorito Alfredo me ha ocecao. Porque usted comprenderá que yo no soy el Banco Hipotecario ni la Equitativa.

GARCÍA. No, si ha hecho usted muy bien en decírmelo. Ahora me toca a mí. ¿Está ahí mi mujer?

JENARA. No, señor; ha salido.

GARCÍA. ¡Milagro!

JENARA. Creo que ha ido a buscar casa.

GARCÍA. ¿A buscar casa ella? ¡Si la buscara yo!

PICHARDO. Pero ¿os vais a mudar otra vez?

GARCÍA. ¡Por lo visto! ¡Ay, ay, ay! ¡En ocho meses tres mudanzas! Pichardo, amigo leal, coge un revólver y pégame un tiro en la cabeza. ¿Y el señorito Alfredo, está?

JENARA. Ese sí.

GARCÍA. Pues venga usted conmigo. Venga usted, venga usted.... *Vase resueltamente por la puerta de la izquierda.*

JENARA. Pocas veces he visto al señor tan sofocao.

PICHARDO. ¡Razón tiene!

JENARA. ¿Y yo no, verdá? ¡Nos ha fastidiado el don Pichardo éste! *Vase tras García.*

PICHARDO. *Descargando su cólera contra Jenara.* Embustera, chulona, sacacuartos; que con lo que sisas aquí vas a hacer un hotel en la Castellana... Si yo dijese más de cuatro cositas que he visto... *Mirando hacia la puerta de la derecha.* ¡Ah! María. *Llamándola.* ¡María! ¡María! Haga usted el favor. ¡Lo que va a alegrarse!...

MARÍA. *Saliendo.* ¿Qué hay, Pichardo?

PICHARDO. ¿Adónde iba usted tan abatida, tan silenciosa?...

MARÍA. Huyendo de todos.

PICHARDO. ¿Huyendo?

MARÍA. Sí. Únicamente con el tío Pedro puedo hablar. Desde que se escapó Daniela estoy condenada a sufrir los comentarios más soeces... Esa tía Goya... esa Filito...

PICHARDO. ¡Mire usted Filito!... Las mujeres

no perdonan nunca lo que otras hacen y ellas harían si se atrevieran. Yo entiendo un poco de esto. *Bajando la voz.* Ahora vengo de allá.

MARÍA. ¿De dónde?

PICHARDO. Espere usted. *Mira receloso a ambas puertas.* Le temo a la vieja más que a un automóvil. De allá: de ver a Daniela.

MARÍA. ¿La ha visto usted?

PICHARDO. La he visto. No se me cocía a mí el pan hasta saber, por investigaciones propias, dónde estaba depositada, qué camino había llevado el asunto, etc., etc. Crea usted que nada tienen que reprocharle sus dichosos primitos. Lo que ha hecho Daniela está bien hecho.

MARÍA. Con todo, no lo ha debido hacer.

PICHARDO. ¡Justo! No lo ha debido hacer, pero está bien hecho. Le advierto a usted que los parientes del novio, en cuya casa está, son gente honrada, humilde, deliciosa. Los tiene encantados la chica.

MARÍA. Y ¿cómo está mi hermana?

PICHARDO. Palidilla y con ojeras, que dice la copla. Se la ve que sufre. Su eterna cantinela es llevársela a usted en cuanto se case. A mí ya me ha invitado a la boda.

MARÍA. ¿Irá usted?

PICHARDO. ¡Antes falta el cural! Mi mujer dice que ando siempre metido en lo que no me importa --y tiene razón, generalmente; porque mi mujer es una mujer que generalmente tiene ra-

zón—; pero ¡si viera usted qué de satisfacciones trae consigo el meterse en vidas ajenas!

MARÍA. Según sean las vidas. Las hay tales, que dará miedo conocerlas por dentro.

PICHARDO. Y por fuera. No, si yo estoy conforme; pero no puedo remediarlo. Me entra un hormiguillo... un desasosiego... ¡Si viera usted!... Y a propósito: usted que es tan observadora y tan lista, María: ¿qué ocurre en esta casa?

MARÍA. *Disimulando.* ¿En esta casa? No sé que ocurra nada nuevo. ¿Por qué?

PICHARDO. Mi tocayo hace unos días que es otro: ni café, ni tertulia, ni bromas, ni... Es otro, es otro. Habla solo por los rincones... se le van palabras incoherentes... Es otro.

MARÍA. Mire usted no lo haga todo su hormiguillo...

PICHARDO. ¡Ca! Aquí pasa algo; y algo de eso que no pasa todos los días. Tengo un olfato de podenco. Debe de ser cosa de Momo, que quería establecer una casa de juego combinada con una freiduría a la andaluza. ¿No?

MARÍA. Es posible...

PICHARDO. Y si no es de Momo, es de Alfredo, que anda a ver si logra casarse con una señorita con mancha... pero que tiene un dineral. ¿No?

MARÍA. También eso es posible...

PICHARDO. Y si no es de Alfredo, es de César, y si no es de Filito, y si no es de la vieja... ¡y si no es del diablo que me lleve! ¡Vaya! Estoy des-

esperado, María. ¡O me entero yo de lo que pasa aquí, o dejo de llamarme Pichardo!

MARÍA. Pero, hombre, ¡qué afán! ¿Y si no es nada?

PICHARDO. Si no es nada... si no es nada, me llevo el chasco mayor de este mundo.

Llega Cesar por la puerta de la derecha. Trae al brazo el gabán y el sombrero en la mano.

CÉSAR. Hola.

PICHARDO. A la orden, don César.

CÉSAR. ¿Y mi padre?

PICHARDO. Aquí estaba conmigo. Pero no sé qué asunto doméstico... ¿Cuándo no es Pascua? ¿Quiere usted que le avise?

CÉSAR. No. Ya vendrá.

PICHARDO. ¿A que va a ser cosa de usted?

CÉSAR. ¿Cómo?

PICHARDO. Nada... nada... no sé lo que me digo... Estaba en otra parte. Voy a llamar a su papá.

CÉSAR. Pero si no me corre prisa, señor Pichardo.

PICHARDO. De todos modos; tengo yo muchísimo gusto... *Se va corriendo por la puerta de la izquierda.*

MARÍA. ¿Vienes de la calle?

CÉSAR. No: voy a ella. ¿Por qué? ¿Quieres algo?

MARÍA. No; nada: saberlo.

Pausa.

CÉSAR. ¿Qué hacías aquí charlando con ese botarate? En tu genio, es raro.

MARÍA. Huía de los demás. Al menos, Pichardo, el infeliz, me trata con afecto, me considera...

CÉSAR. ¿Y los otros, no?

MARÍA. Los otros, no.

CÉSAR. Más vale: eso ganas tú.

Nueva pausa.

MARÍA. César.

CÉSAR. ¿Qué?

MARÍA. Yo necesito hablar contigo.

CÉSAR. ¿De qué?

MARÍA. De lo que te sucede.

CÉSAR. ¿De lo que me sucede?... Si a mí no me sucede nada, criatura...

MARÍA. Sí.

CÉSAR. Tú ¿qué sabes?

MARÍA. Todo. No sufras por ello contrariedad. Más corazón pongo yo en tus tristezas, que esos que se llaman tus hermanos.

CÉSAR. Pero ¿quién te ha dicho...?

MARÍA. Tu padre.

CÉSAR. ¿Mi padre?

MARÍA. Sí. Hace días que lo observo a él, que te observo a ti, y que comprendo la tribulación de los dos. Cuando esta mañana salió de tu cuarto, de hablar contigo, yo estaba acechando su salida. . Lo ví afligido, trémulo, sin voluntad, sin

fuerzas... nos vinimos aquí los dos, y aquí mismo, llorando como un niño, me confesó toda la verdad.

CÉSAR. ¡Qué vergüenza, Maríal ¡Por qué me has dicho que lo sabes? ¡Por qué no has callado?

MARÍA. Porque me dolía tu soledad entre tu gente; porque quería llevar a tu alma palabras de consuelo...

CÉSAR. Eres muy buena y muy generosa, pero yo te aseguro que no he sentido en el rostro toda la vergüenza de mi culpa, hasta ahora que tú me dices que la conoces. Déjame solo: te lo suplico. No me mires siquiera.

MARÍA. Ahora me iré, sí: cuando venga tu padre. ¿Vas a aceptar la solución que él te ha propuesto?

CÉSAR. ¿Tú sabes lo que me ha propuesto?

MARÍA. No.

CÉSAR. Si lo supieras, no me habrías hecho esa pregunta. Mi padre es tan bueno que no acierta a llegar al mal sino por el camino del bien.
Pausa. Maríal

MARÍA. ¿Qué quieres?

CÉSAR. A pesar de mi gran vergüenza, a pesar de que no puedo resistir tus ojos, voy sintiendo que entra en mi alma el consuelo de tu compasión... Ven acá: yo quiero preguntarte una cosa.

MARÍA. Habla, César, habla; mi corazón está sediento de oírte.

CÉSAR. ¿Verdad que no abandonarás nunca a

mi padre; que vivirás siempre con él y aliviarás sus penas con tu cariño? ¿Verdad que sí?

MARÍA. Siempre, César. Pero dime: ¿es que tú...? ¿Qué piensas hacer tú?...

CÉSAR. María, a ti ya puedo confíártelo: mi único recurso es huír.

MARÍA. *Conmovida.* ¿Qué dices?

CÉSAR. Huír: no hay otro. Huír es salvarme. Mi libertad vale todavía más que mi culpa. Huír es escapar a la venganza, al ultraje, al escarnio de la misma gente que me ha hecho caer. Tendré otro nombre, conoceré otro mundo... donde puede que alguien me quiera.

MARÍA. ¿Y aquí nadie te quiere, ingrato?

CÉSAR. Es verdad. Me quiere mi padre, me consuelas tú... No estoy tan solo como me hace pensar mi amargura.

MARÍA. No estás tan solo, no.

CÉSAR. ¡Qué desesperación cuando no me encuentres! ¡Qué dolor el suyo!

MARÍA. ¿El suyo nada más?

CÉSAR. Nada más: los otros... los otros de mi casa, de mi familia, lejos de sentirlo, celebrarán no volverme a ver.

MARÍA. *Conteniendo el llanto.* No volverte a ver...

CÉSAR. Por eso te pido que no abandones a mi padre. *Se miran.* Pero ¡qué egoísta soy! Por no llevar este remordimiento, pretendo esclavizarte a ti.

MARÍA. No es esclavitud, César.

CÉSAR. ¿No ha de serlo? Ahora, bien está; puedo admitir que no lo sea; pero rodará el tiempo, vendrá un hombre digno de ti, te dirá que te quiere por buena, por hermosa; tratará de llevarte consigo... y entonces... entonces... *María rompe a llorar, cubriéndose el rostro con las manos. César, sorprendido y turbado, se aparta mirándola.* ¿Qué? ¿Lloras?... María...

MARÍA. Déjame.

CÉSAR. ¿Qué? *Comprendienao.* ¡Ahl... ¡Necio de mí, que hasta ahora no he sabido verlo! María, María...

MARÍA. Déjame, César. Ahora soy yo quien te pide a ti que me dejes.

CÉSAR. ¿Por qué ha querido Dios que yo sepa esto en tan tremenda crisis de mi vida?

MARÍA. Perdóname, César; perdóname si lo que yo pensaba ahogar en mi silencio, ha salido a mis ojos y sube ahora a mis labios. Mi sentimiento ha sido más fuerte que yo. Perdóname.

CÉSAR. María, te juro que esta revelación me desconcierta, me aturde, me llena de dolor... Yo no he sentido nunca impresión más honda, mayor tristeza, pena más grande de mí mismo. Podía creer en tu piedad, en tu lástima... pero jamás en otra cosa. ¿Cómo no me desprecias? ¿Cómo no me rechazas?

MARÍA. ¿Por qué?

CÉSAR. Por lo que hice... por lo que soy.

MARÍA. Si no hubiera perdón en el mundo, yo lo inventaría para ti.

CÉSAR. Por Dios, María...

MARÍA. Silencio.

CÉSAR. ¿Quién?

MARÍA. Debe de ser tu padre.

CÉSAR. Mi padre, sí... Silencio, silencio...

Procuran serenarse los dos. Despues de una breve pausa, dice María:

MARÍA. No es tu padre: es Pichardo.

PICHARDO. *Volviendo por donde se fue.* Ahora viene el papá.

CÉSAR. ¿Cómo?

PICHARDO. Que ahora viene el papá.

CÉSAR. ¡Ah, vamos!

PICHARDO. ¡Dios mío, la que hay armada en el comedor! ¿Usted ha llorado, Mariquita?

MARÍA. ¿Yo?

PICHARDO. Serán mis ojos. *Se queda mirando a Cesar y hace un gesto.*

MARÍA. Bueno, César, puesto que tienes que hablar con tu padre... hasta luego.

CÉSAR. Hasta luego, María.

MARÍA. ¿Te veremos esta noche o te meterás en tu celda, como de costumbre?

CÉSAR. No, no; pasaré la noche con vosotros.

MARÍA. ¿De veras?

CÉSAR. De veras.

Vase María por la puerta de la derecha.

Pichardo repite el mismo gesto que hizo antes.

PICHARDO. Qué interesante, ¿eh?... y qué cariñosa, ¿eh?... y qué... ¿eh?

CÉSAR. ¿Eh?

Pausa. Pasean en dirección opuesta.

PICHARDO. Parece que ha templado el tiempo...

CÉSAR. Sí...

PICHARDO. Como lo he visto a usted con el gabán...

CÉSAR. Sí...

Nueva pausa.

PICHARDO. *Tarareando una polca.* ¿De dónde es esto?... ¿De dónde es esto, hombre?

CÉSAR. Será la única cosa que usted no sepa en este mundo.

PICHARDO. No, señor, no. Desgraciadamente no es la única.

Sale García por la puerta de la izquierda sin ver a Pichardo, y la cierra tras sí.

GARCÍA. ¡Ay, César, gracias a Dios que estoy contigo!... ¡Qué casa! ¡qué familiar!... Esto rinde. Pero, en fin, vamos a lo nuestro. Cerraré esa puerta también, no se cuele Pichardo.

PICHARDO. *Atónito.* ¿Eh?

GARCÍA. *Sorprendido.* ¡Ah! ¿estabas ahí?

PICHARDO. ¡Claro! Perico, a un lado bromas, tienes que convencerte de que cuatro ojos ven más que dos. Y un deber de amistad me ordena a mí tomar cartas en este asunto. *Va a la puerta*

y la cierra. Dices muy bien en lo que dices: tu casa es un infierno. ¿Echo la llave?

GARCÍA. La voy a echar yo.

PICHARDO. No te molestes, bobo.

GARCÍA. No; si digo que la voy a echar yo cuando tú te vayas. Que va a ser ahora mismo.

PICHARDO. ¿De manera que huelgo?

GARCÍA. En absoluto. Mi hijo y yo tenemos que hablar, y no veo la necesidad de que tú te enteres. Cien veces te lo he dicho: tú eres el alma y la vida de todo aquello superficial, agradable, ligero... En cuanto asoma algo de interés, te esfumas, te borras... No existes.

PICHARDO. ¿Conque no existo, eh? Ya me llamarás. Hasta luego. ¿Eh?

GARCÍA. Nada.

PICHARDO. ¡Ah!

Vase muy dignamente por la puerta de la derecha.

CÉSAR. Es de lo más entrometido y fastidioso...

GARCÍA. *Cerrando con llave la puerta por donde Pichardo se ha ido.* Sólo yo lo puedo aguantar. Conque vamos a cuentas, hijo.

CÉSAR. Vamos a cuentas. Dime.

GARCÍA. ¿Terminaste con esa mujer?

CÉSAR. Del todo.

GARCÍA. ¿No me engañas?

CÉSAR. Con nadie más que contigo hablo la verdad.

GARCÍA. ¿Duele la amputación?

CÉSAR. Duele; pero ya pasará. Duele por ella... y por lo neciamente que he empleado algunos años de mi vida. ¿Quién había de decirme que el final de esta aventura iba a ser mi deshonor!

GARCÍA. Cualquiera que conociese el principio. Sírdate de lección, y adelante. Sólo el dolor enseña.

FILITO. *Llamando desde dentro a la puerta de la derecha con los nudillos.* ¿Hay alguien aquí?

GARCÍA. Sí; yo. ¿Qué se te ofrece?

FILITO. Abre.

GARCÍA. No puedo ahora. Déjame.

FILITO. Si es que tengo que hablar con Polín, que está en la calle esperando que salga.

GARCÍA. Pues que aguarde Polín.

FILITO. ¡Clarol! Como tú no sufres el plantón a pie firme!

GARCÍA. Así crecerá.

FILITO. ¡Ay! ¡Esto de que no pueda una hacer en su casa lo que le dé la gana!... *Retírase.*

GARCÍA. Es verdaderamente lamentable, hija mía.

CÉSAR. ¿Qué Polín es ése, papá?

GARCÍA. ¡Qué sé yo! Será el novio de hoy.

CÉSAR. Pero ¿no lo conoces tú?

GARCÍA. ¿Crees tú que es fácil conocer a todos los novios de tu hermana? *Suspira.* Volvamos a lo nuestro.

CÉSAR. Oye una pregunta que quiero hacerte,

y que siempre se me va de la cabeza: ¿sabe mamá esto mío?

GARCÍA. Sí. Como a tus hermanos, la llamé a capítulo un momento, y se lo dije. Era mi deber.

CÉSAR. Y ¿qué se le ocurrió?

GARCÍA. No sé; no recuerdo. Ello fué cosa de encender velas... No me pareció muy seguro, ¿sabes? Por eso resolví no hacer caso de nadie, y salvarte yo solo.

CÉSAR. ¡Qué tristeza!

Pausa breve.

GARCÍA. ¿Has pensado en lo que te propuse esta mañana?

CÉSAR. Sí. Y cuanto más lo pienso más firme estoy en no aceptarlo.

GARCÍA. ¿Por qué?

CÉSAR. Lo que tú quieres es salvar mi nombre manchando tu conciencia.

GARCÍA. Pero ¿no te he dicho que no hay peligro alguno? Se trata del capital de una señora que lo ha puesto en mis manos para que se lo administre y especule con él. Ya sabes mi buen nombre y mi crédito... Ni en sueños puede sospechar... Y si me ayuda la fortuna, a la vuelta de dos o tres años habré repuesto yo con creces la cantidad que ahora nos hace falta.

CÉSAR. Es que no quiero que hagas por mí lo que sin mi culpa jamás te habría pasado por el pensamiento.

GARCÍA. Considera que para mí es una alegría muy grande este sacrificio... Ya que carezco de todas las del mundo, ¿por qué no me das ésta?

CÉSAR. Porque las alegrías, si no tienen el fondo muy claro, son tristezas pronto. Compréndelo tú. ¿Para qué insistes?

GARCÍA. César, hijo mío: no echés por tierra mi solución... Es la única. Acéptala con los ojos cerrados y déjame a mí. Tú empiezas, y yo estoy acabando. Casi deseo acabar del todo. Tu vida puede enderezarse aún; la mía camina torcida a su triste final.

CÉSAR. Nunca, nunca. Tu abnegación pretende llevarme a una indignidad mucho mayor que la que he cometido.

GARCÍA. Eso no.

CÉSAR. Eso sí. Caiga sobre mí solo el peso de mi culpa: yo lo sacudiré. Su expiación me hará hombre, si merezco serlo; y si no lo merezco, ¿para qué te voy a arrastrar conmigo?

GARCÍA. Por Dios, César: reflexiona que yo lo miro desde arriba; desde lo alto de mis años y de mi vida amarga y estéril. Déjame acabarla con un capítulo romántico, que hartó prosaica y triste ha sido toda ella. Aunque no me llamen más el pobre García, el bueno de García, no te importe: el bueno de García, el pobre García quiere sacrificarse esta vez por el único de sus hijos que, andando el tiempo, puede ser capaz de decirle: «Descansa, que hartó trabajaste.»

CÉSAR. Calla, calla.

GARCÍA. ¿No ves claro que hay un fondo de egoísmo en lo que deseo?

CÉSAR. ¡Egoísmo en til... Te suplico que no me hables más; que me dejes...

GARCÍA. Te dejo, sí... Para que vuelvas a pensar en ello. Mira que la solución de tu conflicto es mi vida. Adiós. Piénsalo, piénsalo... por ti, por mí... por... Si yo te dijera...

CÉSAR. ¿Qué?

GARCÍA. Nada, nada; no quiero confundirte más... Hasta luego, César.

CÉSAR. Hasta luego.

Se abrazan en silencio, y César se va por la puerta de la derecha.

GARCÍA. *Sombrio, reflexivo.* ¡Lo pierdo también!... ¡Esto acaba mi vida!... ¿Qué importa?... Para lo que vale... para lo que sirve... *Dejase caer con gran abatimiento en la butaca.*

Sale Filito por la puerta de la derecha con un abrigo puesto y corre a asomarse a un balcón, cerrando tras sí las vidrieras. García, durante esta escena, los mira a todos con honda amargura.

FILITO. ¡Gracias a Dios que abrieron! No se cansan ustedes de hablar tonterías. ¡Pobre Polín! Estará tiritando.

Llega Pichardo por la puerta de la derecha y al observar la actitud de García se le acerca y le habla en tono confidencial.

PICHARDO. ¿Qué es eso, Perico? ¿Qué ha suce-

dido entre vosotros? *García lo mira.* Acabo de ver a tu hijo, descómpuesto, lloroso. Yo necesito una explicación. Yo soy aquí algo más que el amigo superficial y entretenido que toma café y puro de sobremesa.

GARCÍA. Pero tú ¿qué es lo que pretendes?

PICHARDO. ¡Enterarme!

GARCÍA. ¿De qué?

PICHARDO. ¡Hombre, de algo! ¡Si estoy a ciegas! ¡si no sé por dónde van los tiros!... ¿Y he de ver con indiferencia que llega esta crisis, y se me desdeña, y se me excluye, y se me da con la puerta de la ingratitud en las narices de la amistad?

GARCÍA. *Harto ya del sermón.* Mira, tocayo, acaso tengas razón sobrada; pero yo te ruego que te calles.

PICHARDO. ¿Cómo?

GARCÍA. Que te calles.

PICHARDO. ¿Te molesto, quizá?

GARCÍA. Sin duda.

PICHARDO. ¿Por el timbre duro de mi voz o por las ideas?

GARCÍA. Por todo ello junto.

PICHARDO. Dispénsame. No está en mi natural importunar a nadie. Con tu permiso voy a escribir aquí una carta. *Al ir a sentarse a la mesa repara en Filito, y corre a observarla desde el otro balcón.* ¡Oígal! ¿Qué hace Filito? Parece que está cazando moscas. ¡Andal! ¡si es que habla con el

novio! Pues éste es nuevo. ¡Qué chico es! Y ¡qué metido en su gabán está el hombre! *Se sienta a escribir.*

Sale Momo por la puerta de la izquierda, canturreando. Se encamina al aparato del telefono y toca el timbre para pedir comunicación.

MOMO. Hola, Pichardo insigne. Hola, don Pedro. ¿Escribimos alguna cartita de amores?

PICHARDO. ¡Qué más quisiera el gato!... Eso se queda para ustedes los pollos...

Suena el timbre del telefono.

MOMO. ¿Central? ¿Central? Catorce ochenta y nueve.

PICHARDO. ¡Ah! ¡Catorce ochenta y nuevel
¡Buen peine está usted!

MOMO. ¿Y eso?

PICHARDO. ¿No es una cochera de lujo?

MOMO. No, señor.

PICHARDO. ¡Carambol! ¡pues me he trascordado! Entonces es la fábrica del gas.

MOMO. Hombre, ¿a usted qué le importa?

Vuelve a sonar el timbre.

PICHARDO. No... nada... pero yo apostarí...

MOMO. Calle usted ahora; haga el favor.

PICHARDO. *Apuntándolo para verlo luego.* Catorce ochenta y nueve.

MOMO. *Hablando por el aparato.* ¿Con quién hablo? ¿Quién está ahí?

PICHARDO. Esa pregunta la han debido hacer en la otra parte.

MOMO. ¿Se quiere usted callar?—Sí; soy yo;
MOMO.—¿Una copa de Blázquez? Venga, venga.—
Sí; de eso quería tratar contigo.—Bueno.—Sí.—
Sí.—Corriente. ¡Ja, ja, ja!

PICHARDO. *Contagiado de pura curiosidad.* ¡Ja,
ja, ja!

Momo lo mira y ei disimula escribiendo.

MOMO. Pero ¿estáis ahí todos?—¿De manera
que ha habido empalme?—¿Y ésas, también están
ahí?—Que se ponga Matilde al aparato.—Sí.—
Sí.—Descuida.

PICHARDO. Me carga oír hablar por teléfono,
porque... porque como no se oye más que a
uno...

MOMO. ¡Holal ¡buena pieza!—Regular.—Ya sé
que anoche hubo de todo.—Sí.—¡Ya lo creo! Es-
pérate y verás...

PICHARDO. ¡Jel! Ahora comprendo algo.

MOMO. Como quieras.—En Fornos, a las dos.
¡Ja, ja, ja!

PICHARDO. *Como antes.* ¡Ja, ja, ja!

MOMO. Adiós, fiero. Escúchame un secreto.—
¿Que no? Tú te lo pierdes.

PICHARDO. Se la ha oído reír.

MOMO. Hasta luego. *Deja el aparato.*

PICHARDO. Toque usted el timbre, para indi-
car que ha concluído.

MOMO. Es verdad. *Lo hace.* Está usted en
todo.

PICHARDO. En todo.

MOMO. Lo sabe usted todo.

PICHARDO. Todo.

MOMO. El día que sepa usted cuándo debe marcharse de un sitio para no estorbar, tendremos un hombre completo.

PICHARDO. ¡Jel!

MOMO. Deme usted un cigarro.

PICHARDO. Acabo de fumarme el último.

MOMO. Sí. Como siempre. Hasta después, don Pedro. Amigo Pichardo: voy a cenar esta noche con una chata, que si la viera usted, se le ponían de a cuarta los dientes postizos.

PICHARDO. ¡Jel! ¡Los postizos!... *Vase Momo por la puerta de la derecha, canturreando, como llegó. Pichardo se levanta y se dirige al aparato del teléfono. A mitad de camino lo estremece un golpe que da García con el puño cerrado en un brazo de la butaca. ¿Eh?*

GARCÍA. ¡He sentido ganas de ahogarlo!

PICHARDO. ¿Cómo?

GARCÍA. No hablaba contigo.

PICHARDO. Creí... *Buscando en el libro de Teléfonos el número de marras.* Catorce ochenta y nueve... ¡Ah!... Es que me lo estaba figurando. ¡Qué punto! Pero ¿cómo no sabía yo que han puesto teléfono?

Sale Alfredo por la puerta de la izquierda y se encara con él.

ALFREDO. Diga usted, Pichardo.

PICHARDO. ¿Qué hay, Alfredito?

ALFREDO. ¿Qué fué lo que le dijo a usted el sastre?

PICHARDO. ¿El sastre? Pues me dijo que por ser cosa mía, tendría usted el frac a las siete y media.

ALFREDO. ¿A las siete y media, verdad?

PICHARDO. Y ¿adónde se va tan de tiros largos?

ALFREDO. Al Español.

PICHARDO. ¿Qué obra dan esta noche?

ALFREDO. No sé: me es lo mismo. Yo en la sala no estoy más que los entreactos. En cuanto empieza la representación me salgo al vestíbulo.

A García. ¿Qué miras?

GARCÍA. Nada.

ALFREDO. ¡Ah, vamos! *Se marcha por donde salió, silbando.*

Retírase del balcón Filito y lo cierra de golpe demostrando gran indignación.

FILITO. ¡Se acabó lo que se daba, hijo mío! *Levanta un visillo, y con extraordinaria vehemencia hace señales negativas.*

PICHARDO. ¿Qué es eso? ¿Estamos de monos?

FILITO. *Apartándose del balcón y soltando la carcajada.* ¡Ja, ja, ja! ¡Pobrecillo Polín! ¡Lo hago sudar tinal!

PICHARDO. Pero ¿qué ha sido?

FILITO. Nada; ganas de divertirme yo. Asó-mese usted. Mire usted cómo se pasea; mire usted cómo se tira del sitio del bigote.

PICHARDO. ¡Ja, ja, ja!

FILITO. Dentro de cinco minutos tengo aquí una carta chorreando almíbar. *Se va riendose por la puerta de la derecha.*

PICHARDO. Cosas de muchachas... Vaya, no molesto más... Ya me voy. ¡Ah! la carta. *Coge de la mesa la que ha escrito.* ¿De quién es esta caja de fósforos? ¿Es la mía? No. *Se la guarda.* ¡Bueno! *Acercándose a García.* Pues... Perico, yo me voy a cenar. Volveré a la noche.

GARCÍA. Muchas gracias.

PICHARDO. Sin gracias. Ya sabes que en las penas como en las alegrías, soy siempre tuyo.

GARCÍA. Ya lo sé. Te repito las gracias.

PICHARDO. Sin gracias, hombre. Es un deber... un gusto... Tú estás preocupado... Pero, en fin... Buenas tardes... ¿Eh? ¡Ah! no... nada... Buenas tardes. *Se va por la puerta de la derecha.*

GARCÍA. ¡Jesús!... ¡Jesús!... No acabo nunca de descubrir horrores en mi casa... Me ven crucificado, rendido, muerto de dolor, y parece que se complacen en arrojarme al rostro su indiferencia criminal, su bárbaro egoísmo... ¿Y ésta es mi casa? ¿Y mis hijos son éstos?... ¡Jesús, Dios mío!...

Pausa.

MARÍA. *Dentro, con angustia.* ¡Tío Pedrol

GARCÍA. ¿Quién?

Sale María por la puerta de la izquierda, des-

encajada, llena de estupor y de pena. En la mano trae una carta.

MARÍA. ¡Tío Pedro!

GARCÍA. ¿Qué tienes?

MARÍA. César...

GARCÍA. ¿Qué?

MARÍA. ¡César ha huído!

GARCÍA. ¿Qué dices? ¡No es verdad!

MARÍA. Sí es verdad, sí... Llamé a su cuarto... no me respondía... temí... entré... En su mesa estaba esta carta...

GARCÍA. ¿Esa carta?... Pero no, no es posible... ¡César! ¡hijo mío! ¡César! *Vase atribulado por la puerta de la izquierda.*

MARÍA. Que no es posible, dice... Sí, sí es posible, tío Pedro... ¡Lo que no es posible es vivir sin verlo siquiera!... Aquí se despide de mí... la carta es para mí... para mí... ¿Por qué se va si yo lo quiero? ¿Por qué lo dejan ir los suyos? ¿Por qué manda el odio en la tierra, pudiendo mandar el amor?

Reaparece García por la puerta de la derecha.

GARCÍA. No está, no está... Sus hermanos no saben... se encogen de hombros... A ver esa carta, esa carta... ¿Qué dice esa carta?

MARÍA. *Leyendo entre lágrimas.* «María, perdóname... No tengo valor para decirle adiós a mi padre, ni para decírtelo a ti... He estado ciego, ciego... he sido un loco... ¡Cuántas cosas comprendo ahora!... Olvídame... Merezco tu lástima,

tu indiferencia o tu desprecio: tu cariño, no. Olvídame... Me asusta que tu vida me pertenezca... Déjame solo rodar por el mundo como ruedan las hojas... Acaso algún día volveré... Te juro que pensaba perderme en la vida huyendo de mí mismo, y que ahora va entrando en mi alma el anhelo de volver aquí... Tal vez las sacudidas de este gran dolor que de aquí me arroja, revuelvan mi ser y me purifiquen... Entonces volveré... Cuando puedas mirarme tú sin que yo me avergüence... cuando pueda decirle a mi padre: «Pobre viejo, que quisiste hacer una casa y se te volvió un nido de víboras, descansa, que bien lo mereces»... Adiós, María. No dejes a mi padre. Adiós, otra vez... No veo lo que escribo... Olvídame... olvídame... Adiós...»

GARCÍA. *Llorando con desesperación.* ¡Un nido de víboras, es cierto: un nido de víboras!

Por la puerta de la derecha vuelve a punto Filito.

FILITO. Ahí está mamá.

GARCÍA. ¿Eh?

FILITO. Viene contentísima.

GARCÍA. ¿Qué dices?

FILITO. Ha encontrado casa: tenemos casa.

GARCÍA. *Rugiendo de dolor.* ¡No: no tenemos casa; dile que no tenemos casa! ¡Tenemos un sitio donde vivir juntos, para vivir separados, para odiarnos más, para despreciarnos más, para ver día por día y hora por hora toda la lepra moral que llevamos dentro!

FILITO. *Asombrada.* ¡Papá!...

MARÍA. ¡Tío Pedro, por Dios!...

GARCÍA. ¡No tenemos casa! ¡La casa de García, de este desventurado García, se hundió, cayó en ruinas para siempre!

Sale Momo a los gritos por la puerta de la izquierda. A poco sale también Alfredo.

MOMO. ¿Qué es eso?

GARCÍA. ¡Huyó el que quedaba, lo dejasteis ir, lo empujasteis vosotros mismos a la deshonra, a la desesperación, quizás a la muerte!... ¿Os sorprende verme como no me habéis visto nunca, verdad? ¡Es que estoy ciego de dolor y de rabia! ¡Quitaos de delante de mí! ¡Marchaos adonde yo no os vea más, lejos, muy lejos... y dejadme a mí solo! ¡solo!...

MARÍA. Solo no, tío Pedro.

GARCÍA. Es verdad, hija mía; que me quedas tú. El que se fué lleva en su tristeza infinita la ilusión de que alguna vez yo descanse; la ilusión de tu cariño puro... Esperémoslo juntos, María; pero solos, ¡solos! ¡Sin ésos!

Abraza a María, alejándola del grupo que forman los tres hermanos, los cuales comentan entre sí la que se figuran locura de su padre.

FIN

Madrid, marzo, 1904.

A LA LUZ DE LA LUNA

PASO DE COMEDIA

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 21 de enero de 1908.

*A ROSARIO PINO,
mujer encantadora y encantadora
actriz, sus encantados admiradores
y amigos,*

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ELENA.....	ROSARIO P NO.
CARLOS.....	EMILIO THUILLIER.
DON FACUNDO.....	FRANCISCO PALANCA.

A LA LUZ DE LA LUNA

Pintoresca orilla de un río. Es una clarísima noche de verano.

Carlos, recostado sobre la verde alfombra, que dicen los poetas, parece dormir. Sus ropas son de viaje. Al lado tiene un maletín y una manta. Por la derecha del actor salen Elena y don Facundo, también vestidos de viaje. Elena es la única estrella que ha consentido la luna esta noche. Don Facundo es un tío carnal de la estrella. Habla medio dormido y bosteza frecuentemente.

DON FACUNDO. Pero ¿adónde me llevas? ¿Adónde vamos a parar, sobrina de mi vida? ¿No ves que andando andando nos apartamos una legua del tren?

ELENA. Y ¿qué nos importa, tío, qué nos importa, si ha de amanecernos así?

DON FACUNDO. ¿Amanecernos?

ELENA. ¡Pues claro está! ¿Es que cree usted que yo vuelvo a meterme en el tren después de lo ocurrido?

DON FACUNDO. Pero ¡si no ha ocurrido nada, muchachal

ELENA. ¡Nada: es verdad! Media montaña que se derrumba; el tren que choca; la máquina que se hace polvo; el peligro enorme de ir todos los viajeros al río... ¿Le parece a usted poco todo eso, o quería usted más? ¡Ay, qué espanto! ¡qué espanto!

DON FACUNDO. Eres una chiquilla. Yo no le quito importancia al hecho; mucho más que por lo pasado, por lo que ha podido pasar... Pero ya no hay riesgo ninguno... Todos los compañeros de viaje están metidos en sus coches, dándome envidia, dispuestos a dormir hasta que llegue el tren de auxilio. ¿Por qué hemos de permanecer nosotros al raso, a la luz de la luna?

ELENA. Acuéstese usted, si se le antoja; no se ocupe de mí. Estoy aterrada; nerviosísima... ¡Ay, qué nerviosísima estoy! Necesito esta brisa, esta calma, el ruido de las hojas, el rumor del agua del río... Y sobre todo necesito estar sola; quiero estar sola. Váyase usted y déjeme sola. Aquí no hay nadie. No me van a comer los lobos.

DON FACUNDO. ¡Ay, Elena, Elena, qué testarudita te ha hecho Dios!

ELENA. Váyase usted, le digo, y duerma a pierna suelta, ya que tiene pasta para ello.

DON FACUNDO. Lo que tengo es un sueño que me caigo, hija de mi alma. Apíadate de mí.

ELENA. ¿No le he dicho a usted que me deje?

DON FACUNDO. ¡Y dale! ¿Vienes al tren o no?

ELENA. ¡Ay, tío! ¡qué pesado es usted! Com-

prendo la muerte por cansancio de mi pobre tía.

DON FACUNDO. Y yo la muerte repentina de tu pobre marido. Adiós. Ahí te quedas. En la berlina me hallarás. Que te hagan buen provecho el rumor de las aguas, y el de las hojas, y la brisa nocturna, y los gusanitos de luz... ¡Jesús, qué calamidad de sobrina! *Vase por donde salió bostezando siempre.*

ELENA. ¡Señor, Señor! ¡Cuánta prosa cabe en un tío paternol... *Suspirando.* ¡Ayl... ¡Qué bien me va a hacer ésta soledad!... *Pasea.* Hermoso sitio es éste... La luna, soberana del cielo, me mira desde lo alto, asombrada de verme tan sola... ¡Qué buenas amigas somos la luna y yo!... ¡Cuántas confidencias nos debemos!... *Prestando oído.* ¿A ver?... ¿Es un ruiseñor el que canta?... No. ¡Lástima grandel! ¡Me sería tan grato oír cantar a un ruiseñor ahora mismo!... ¡Canta, ruiseñor, cantal! ¡Si entre las ramas de estos árboles anidas, canta, que tienes quien te oiga y quien te comprendal... Nada: silencio... No se percibe otro rumor que el del aire jugando en las hojas, y el del agua del río que corre hacia el mar, y besa al paso estas orillas... ¡Bendita noche!... ¡Ayl... ¡Me alegro de haber descarriladol...

CARLOS. *Soñando en alta voz.* ¡Ningunal ¡ninguna como tú!

ELENA. *Aterrada.* ¿Eh? ¡Dios mío! ¿Quién habla en esta soledad?

CARLOS. ¡Tus ojos me arrastrarán adonde quieras!

ELENA. ¡Jesús, qué miedo!... Pero ¡qué cosa más interesantel *Acercándose cautelosamente hacia el sitio de donde parte la voz.* ¿Quién será la persona que habla? ¡Pues si es un caballero dormidol...

CARLOS. ¡A tu lado siempre! ¡contigo siempre!

ELENA. Y que sueña conmigo... Es decir, con una mujer adorada... Su porte es señoril... Y por las trazas es un compañero de viaje... Buscó la soledad, como yo .. y lo ha rendido el sueño... ¡Si él supiera que otra mujer se está enterando de los secretos de su alma!... ¡Qué bonito! Mi marido nunca soñó en voz alta, como éste... Roncaba nada más. Y de un modo que se quejaban todos los vecinos.

CARLOS. ¡Convenceré a tu madre! ¡estrangularé a tu tutor! ¡incendiaré el convento! ¡haré un racimo con todas las monjas!

ELENA. ¡Ave María P'urísima!

CARLOS. ¡No, no llores, vida mía, no llores! ¡que se empañan tus ojos divinos, y no me puedo ver en ellos!

ELENA. ¡Anda con Dios: ya se metió en la celdal Y parece guapo este hombre... O miente la luz de la luna... Yo voy a despertarlo.

CARLOS. ¡Por aquí, por aquí! ¡La tornera es nuestra; la abadesa está amordazada; al sacristán lo hemos echado al pozol

ELENA. ¡Jesús! Este hombre se va a condenar.

CARLOS. *Despertándose sobresaltado.* ¡Eh! ¡Quién! ¡quién!

ELENA. *Gritando asustadísima.* ¡Ay!

CARLOS. *Asustado a su vez por el grito de ella, se incorpora primero y luego se levanta, sin explicarse claramente la situación.* ¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Quién grita?

ELENA. Caballero, por Dios, no alborote ni asuste; cálmese usted un poco...

CARLOS. ¿Qué?

ELENA. Que se calme usted un poco... que yo no soy el comendador...

CARLOS. ¿El comendador, señorita?... No entiendo... Usted... yo... He tenido el gusto de descarrilar... Digo... Bueno, he descarrilado... Supongo que usted también habrá descarrilado... Vine aquí, me tumbé a la larga... perdone la expresión... y me quedé profundamente dormido...

ELENA. Ya, ya. Y ha soñado usted en voz alta. Lo sé todo.

CARLOS. *Alarmadísimo.* ¿Todo? ¿Cómo todo? ¿He dicho lo de...? ¿He dicho alguna tontería?

ELENA. Dormido, no.

CARLOS. Pues es raro; porque como no manda uno en la voluntad...

ELENA. Justo; sí.

CARLOS. ¿Y usted, señorita, es una ninfa de este paraje, o es una compañera de tren?

ELENA. Lo último nada más.

CARLOS. ¡Oh! Más bien parece usted lo primero.

ELENA. Es usted muy galante, a pesar del sueño que tiene. ¿Iba usted a Madrid?

CARLOS. No, por cierto. Yo debía haberme quedado en un apeadero que hay a dos kilómetros de este sitio. Allí me esperaría con un caballo un criado de mi madre, y montado en él—en el caballo, naturalmente—llegaría al pueblo en que mi madre vive.

ELENA. Ya.

CARLOS. Es decir, que si tenemos la desgracia de descarrilar dos kilómetros más adelante, no nos encontramos aquí.

ELENA. ¡Clarol ¡Si descarrilamos más adelante, qué habíamos de encontrarnos aquí!

CARLOS. Entienda usted lo que quiero decirle.

ELENA. Entendido.

CARLOS. Y permítame usted que bendiga el trozo de montaña que se desprendió de la cumbre, y cayó a la vía, y detuvo al tren en su marcha.

ELENA. Pasado el susto, y sin desgracias que lamentar, bendiga usted todo lo que quiera. Pero me va usted a decir por qué lo bendice.

CARLOS. Porque a ello se debe, señorita, el que me estén mirando ahora mismo esos ojos, más bellos que esta noche clara, y el que estén oyendo mis oídos esa voz más dulce que el rumor del río y más transparente que sus ondas...

ELENA. ¡Oh!... ¡A ver si se entera la monjital

CARLOS. ¿Qué monjita?

ELENA. La del sueño de usted. Estaba usted soñando con una monja.

CARLOS. ¡Milagro!

ELENA. Había usted ahorcado ya a la abadesa del convento, y echado al pozo al sacristan, lo mismo que si fuera un galápago.

CARLOS. Lo de siempre, sí; mi sueño favorito. Así como hay quien sueña frecuentemente que vuela, o que lo coge un toro, o que se le caen todos los dientes de una vez, o que lo persiguen, o que lo matan, yo rara es la noche que no sueño que me llevo a una monja.

ELENA. ¿Colecciona usted?

CARLOS. Parece que sí.

ELENA. ¿Y era bonita la de esta noche?

CARLOS. Era ideal. Comprenda usted que puesto a robarla, no había de cargar con ningún mamarracho. Era encantadora. Pero al despertarme y verla a usted me ha parecido un coco.

ELENA. ¡Jesús!... Le advierto a usted que yo pierdo mucho con el sol... Me va mejor la luna.

CARLOS. Lo dudo.

ELENA. Pues no lo dude usted un momento.

CARLOS. ¿Quiere usted someterse a la prueba?

ELENA. ¿A qué prueba?

CARLOS. Esperemos aquí juntos charlando hasta que llegue el día, y así me convenceré de la verdad por mis propios ojos.

ELENA. ¿Y si la verdad es que, en efecto, me va mejor la luna?

CARLOS. ¡Apago al sol de un soplo como una vela!

ELENA. *Soltando la carcajada.* ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. ¡Oh, qué risa más cristalina y más alegrel! ¡Se ha estremecido el bosque al oírla! *Gritando.* ¡Ecol! ¡misterioso ecol! ¿Qué haces que no te la llevas en tus alas para alegrar los campos?

ELENA. ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. Ríase, ríase más y más, que me refresca el alma... y al mismo tiempo me deja ver su dentadura, que es monísima.

ELENA. Ahí tiene usted: como digo una cosa digo otra: los dientes pierden a la luz de la luna. Ganan con la del sol.

CARLOS. El sol y la luna y las estrellas son los que pierden a su lado de usted, señorita.

ELENA. Señora.

CARLOS. ¡Ah, señoral! ¿No es usted soltera?

ELENA. No, señor. Si fuese soltera, ¿cree usted que estaría aquí?

CARLOS. ¿Cómo es eso? Pues qué, ¿las solteras no descarrilan?

ELENA. ¡Sí, señor! Pero no andan con esta libertad. A menos que descarrilen de otro modo.

CARLOS. Eso sí. ¿De manera, mi dulce aparecida, que, por desgracia, todos sus irresistibles encantos tienen dueño?

ELENA. Lo tenían.

CARLOS. ¿Ha aplastado la máquina a su esposo?

ELENA. ¡Jesús, hijo, qué atrocidad! La máquina no ha aplastado a nadie.

CARLOS. Usted dispense.

ELENA. Ni ha sido preciso. Mi esposo, el pobrecito, se murió repentinamente.

CARLOS. ¡Ah, caramba! ¿Hace mucho tiempo?

ELENA. Cuatro años.

CARLOS. Menos mal. No se ponga usted triste. ¿Usted tiene mucho que hacer esta noche?

ELENA. Pero ¡qué cosas dice usted, hombre de Dios! Esperar a que llegue el tren de auxilio. ¿Y usted?

CARLOS. Yo, nada. Verla a usted; oírle a usted; admirarla a usted. Nada más. Siéntese, siéntese junto a mí.

Se sientan los dos en un tronco caído.

ELENA. Con muchísimo gusto. Me encanta el lance. Todo lo extraordinario me atrae, me subyuga. Y este lance lo es.

CARLOS. Aquí todo es extraordinario: mi suerte, su belleza... todo.

ELENA. ¿Es usted poeta?

CARLOS. Como todo enamorado, señora.

ELENA. ¿Está usted enamorado, caballero?

CARLOS. ¿No lo ha advertido usted, Luisa?

ELENA. ¿Luisa?

CARLOS. Qué, ¿no es su nombre Luisa?

ELENA. No, señor, que es Elena.

CARLOS. ¡Oh, Elena, Elena! ¡Precioso nombre! ¿Cómo no adiviné que era Elena?

ELENA. Porque eso es muy difícil, Mateo.

CARLOS. ¿Quién le ha dicho a usted que me llamo Mateo?

ELENA. *Contrariadisima*. Pero ¿se llama usted Mateo?

CARLOS. ¡No, señoral! ¡De ninguna manera! Me llamo Carlos. Un nombre vulgar, pero bonito.

ELENA. ¡Carlos, Carlos!...

CARLOS. Si no le gusta, me confirmo inmediatamente. Carlos es mi nombre: mi apellido, Quintana. Resido en Madrid casi todo el año; mi carrera es la de arquitecto, pero no hago más que castillos en el aire; vivo de mis rentas; soy libre como el pájaro, y deseo perder esta libertad en seguida. Si es posible, esta noche.

ELENA. ¿Está usted loco?

CARLOS. Completamente loco, Elena. Me han robado el juicio esos divinos ojos de usted, que ojalá me miraran con amor.

ELENA. ¿Con amor y todo?

CARLOS. Con amor, que es todo. ¿Por qué hemos de creer que el amor necesita de preámbulos, ni de antesalas, ni de paseos por la calle, ni de cartas retóricas, ni de presentaciones ridículas a los papás? El amor, o estalla como un incendio, o no es amor: es una amistad bastardeada e indigna.

ELENA. ¡Ahl pienso como usted, Carlos: lo mismo que usted.

CARLOS. Que me place.

ELENA. Si el amor no es un sentimiento tan fuerte que anula y absorbe a todos los demás, que se enseñorea del corazón y del pensamiento, que es capaz de revolverlo todo, de trastornarlo todo, de crear un mundo y unas leyes sólo para él, sólo para sus horas... si el amor no es eso, vaya normala el amor.

CARLOS. ¡Justo, justo! ¡Admirable elocuencial

ELENA. Yo gozo íntimamente cuando leo que un emperador dejó su imperio por el beso de una bailarina, o que un pobre pastor buscó la muerte en un precipicio, porque no tuvo alas para volar hasta el trono de una princesa...

CARLOS. O que dos viajeros descarrilaron una noche, y se hallaron en la soledad del campo, a la orilla de un río, a la luz de la luna, bajo árboles protectores de su dicha, oyendo el beso de las ondas a sus pies, y el beso del aura en el ramaje... y que se miraron, y que se comprendieron, y que él tomó entre las suyas una mano de ella, que tenía cinco hojas, como los jazmines... y que sonó otro beso...

ELENA. No, señor: con el de las ondas y el del aura basta por ahora.

CARLOS. ¿Cómo por ahora? ¡Me deja usted atónito! Pues ¿no acaba usted misma de confesar que el amor, o no es amor, o no se detiene en... *por ahora?*...

ELENA. *Levantándose.* ¡Ja, ja, ja!

CARLOS. ¡La risa otra vez! Las mujeres, cuando no quieren hablar demasiado, muchas veces ríen. Y su risa es careta del amor.

ELENA. Pero ¿está usted seguro de que es amor lo que yo siento ahora y lo que siente usted?

CARLOS. *Yendo junto a ella.* ¡Seguro! ¡Segurísimo! ¿Qué puede ser si no es amor esa sonrisa con que usted me escucha, este ardimiento con que yo le hablo, esa luz que asoma a sus ojos, este fuego que incendia los míos, ese suave temblor de su seno, esta inquietud que de todo mi ser se apodera, esta viva alegría que va por camino invisible de usted a mí y de mí a usted, creciente como la luz de la mañana?... ¿Qué puede ser todo esto, si no es amor, y amor de ese que le encanta a usted leer en los libros?...

ELENA. Tal vez, Carlos, tal vez... No me atrevo a decir que no... Acaño ahora mismo pasa el amor por este bosque solitario...

CARLOS. Pues no lo dejemos pasar, Elena encantadora. Aprisionémoslo aquí entre nosotros.

ELENA. ¡El amor que pasas!... ¡Qué admirable poesía!... ¿Le gusta a usted Bécquer?

CARLOS. Es mi poeta. ¿Y el... tuyo?

ELENA. El mío también. Habla del amor con una delicadeza infinita, con una tristeza desesperada, que me hace llorar

CARLOS. ¡Oh! Preferimos al mismo poeta: señal de que sentimos igual. Los latidos de nuestros corazones marchan a compás de idéntico rit-

mo. Hemos nacido el uno para el otro. ¡Ay, si viniera un cura en el tren!

ELENA. ¿Para qué, Carlos mío?

CARLOS. ¡Para casarnos mañana al salir el sol, como soñó casarse Don Álvaro el indiano! ¿Qué tienes? ¿Por qué se nubla tu semblante, luz de mis ojos?

ELENA. *Con tristeza.* ¡Ay, Carlos! Has pronunciado la palabra trágica. ¡Casarnos!

CARLOS. ¡Casarnos, sí! ¿Qué mal hay en ello?

ELENA. Cuando te digo que has pronunciado la palabra trágica ..

CARLOS. No te comprendo ahora...

ELENA. Entre todas las rimas de nuestro querido poeta, hay una que me ha estremecido mil veces... y me ha hecho pensar mucho.

CARLOS. Dímela. ¿Cuál es?

Vuelven a sentarse.

ELENA.

*¿Quieres que de ese nectar delicioso
no te amargue la hez?*

*Pues aspirele, ácercale a tus labios
y dejale despues.*

*¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?*

*Pues amemonos hoy mucho, y mañana
digámonos «¡adiós!»*

CARLOS. *Abatidisimo.* ¡Ay! Los poetas, siempre, haciendo la realidad imposible.

ELENA. No. Los poetas, siempre, viendo sólo la poesía de la realidad.

CARLOS. Pero ¿por ventura en este amor nuestro no hay poesía?

ELENA. En este amor, sí: pero echaría a volar en cuanto llamásemos al cura.

CARLOS. ¿No hay poesía en el matrimonio?

ELENA. La poesía con que tú sueñas, no.

CARLOS. ¿No hay poesía en tener un hijo?

ELENA. La más pura de todas. Pero por lo mismo que es la más pura, se quiebra de sutil, y como hija del cielo, el más leve aliento mundano la mata.

CARLOS. Tampoco te comprendo ahora.

ELENA. ¡Ayl pues es muy claro. Considera que se van como un sueño las dulces horas de la luna de miel, y que a esa luna sigue otra menos melosa, y que al fin y al cabo entran las aguas de nuestra vida en su cauce corriente... y llama a nuestras puertas un hijo...

CARLOS. ¡Un hijo tuyo!

ELENA. ¡Y tuyo!

CARLOS. ¡Es natural!

ELENA. Ese de que tú hablabas... Sonrosadito... rubio...

CARLOS. Con los ojos azules...

ELENA. Negros... negros...

CARLOS. Azules... como los tuyos...

ELENA. No... como los tuyos, negros...

CARLOS. Azules...

ELENA. Negros...

CARLOS. Bueno: ¡uno azul y otro negro!... Sigue.

ELENA. Imagina que ese ángel de Murillo nos sale llorón, y tienes tú que pasarte las noches, porque te da lástima de tu mujercita, paseándote en camisa de dormir por la alcoba, con el rorro en los brazos, cantándole la nana.

CARLOS. ¡Oh, qué puerilidad! El amor que le tendré a nuestro hijo lo idealizará todo.

ELENA. ¿Y si no es uno solo el que te doy, sino que tras el primero vienen tres o cuatro, o cinco... o seis... o siete?

CARLOS. ¿Llorones todos?

ELENA. Todos. Cuál más, cuál menos. Es ley de la infancia. Lloro porque nace. Los niños son la poesía que cantaba en nuestros corazones, que protesta de verse convertida en realidad... y llora por eso.

CARLOS. Acaso digas una triste verdad... pero recargas los colores del cuadro... Eres cruel, Elena. ¡Mira que siete niños, llorones todos!

ELENA. ¡Y con siete amas!

CARLOS. ¡Amas, no! ¡Prefiero siete cabras o siete biberones!

ELENA. Pues anda... idealiza el biberón, Carlos mío... Te veo metido en la cocina cociendo la leche...

CARLOS. Pero ¿es que yo lo voy a hacer todo en mi casa?

ELENA. Lo harías por tu propia voluntad, infeliz; desconfiarías de toda la servidumbre. Y esto se sabría en el Casino; y los amigos te llamarían padrazo, y calzones...

CARLOS. ¡Horror!

ELENA. Y haciendo traición a tus mejores sentimientos, el recuerdo de tus amigas... de tus amigas... ¿sabes?... empezaría a halagarte como una brisa perfumada...

CARLOS. ¡Ay!

ELENA. Además, yo soy muy celosa.

CARLOS. ¿Sí?

ELENA. Mucho. Sentiría esa brisa de que te hablo y no te dejaría vivir. Te registraría los bolsillos...

CARLOS. ¡Eso no!

ELENA. ¡Eso sí! Te registraría también los papeles de tu despacho, la cartera; te seguiría a todos lados sin que tú me viesen; te daría escándalos; te pondría en ridículo; te lloraría en la alcoba por las noches...

CARLOS. ¿Tú también? ¿No basta con los niños?

ELENA. No basta.

CARLOS. Pero ¿por qué ha de ser así todo eso?

ELENA. Porque así es. Porque la vida está llena de momentos prosaicos, de dolores pequeños, de amarguras ridículas, capaces de acabar con toda la poesía del amor más grande y más puro.

CARLOS. ¡Oh!

ELENA. En cambio, Carlos, si tenemos el valor de separarnos esta noche para no vernos más, eternamente vivirá en tu alma, como aroma ideal, el recuerdo de aquella viajera soñadora, que sorprendió tu sueño una noche para despertarte al amor, y en mí el recuerdo placentero, más placentero por ser triste, de aquel caballero enamorado que soñaba con raptos de monjas, en un bosque poético, a la luz de la luna, arrullado por las ondas de un río... Separémonos, Carlos. Es mucho mejor: separémonos. *Se levanta.*

Silencio. Carlos medita; luego se levanta también.

CARLOS. Separémonos, sí. Pero has de jurarme no olvidar jamás esta noche.

ELENA. Si te lo jurara, puede que la olvidase. Pero no te lo juro, y no la olvido. ¿Y tú, la olvidarás?

CARLOS. Nunca. Y siempre que la luna brille en mi cielo tan clara como esta noche brilla, yo la miraré con este amor que tú me has inspirado.

ELENA. Pues en su luz encontrarás mis ojos. Adiós, Carlos.

CARLOS. Adiós, Elena. ¿Y ahora, me consientes que te bese en la mano?

ELENA. Ahora, ¿para qué? Los besos de este amor que nos separa, no suenan. Adiós... caballero del bosque.

CARLOS. Adiós... rayo de luna.

Se estrechan las manos y se apartan uno del otro emocionadísimo.

Sale don Facundo precipitadamente por donde se fue.

DON FACUNDO. Niña, niña.

ELENA. ¡Ay, tío, que me ha asustado usted!

DON FACUNDO. El tren de auxilio está al llegar, ¿sabes? *Reparando en Carlos.* ¿Eh? *Aparte con ella.* ¿Quién es este viajero?

ELENA. No lo sé: no lo he visto en mi vida hasta esta noche, y ¡ojalá no vuelva a encontrarlo en mi camino! ¡Lo adoro! *Se va por la derecha, dejando estupefacto a su tío.*

DON FACUNDO. ¡Cáspita! Mi sobrina se ha vuelto loca. *A Carlos.* Caballero, usted me dispense. ¿Conocía usted a mi sobrina?

CARLOS. No, señor. Esta noche ideal la he visto por primera vez en mi vida. ¡Haga el cielo que sea la última que la vea! ¡La idolatro! *Se va por la izquierda.*

Don Facundo, mirando alternativamente a uno y otro lado, se santigua sin palabras.

ELENA. *Dentro.*

¿Quieres que conservemos una dulce memoria de este amor?

CARLOS. *Dentro tambien.*

*Pues amemonos hoy mucho, y mañana
digámonos «¡adiós!»*

ELENA. ¡Adiós!

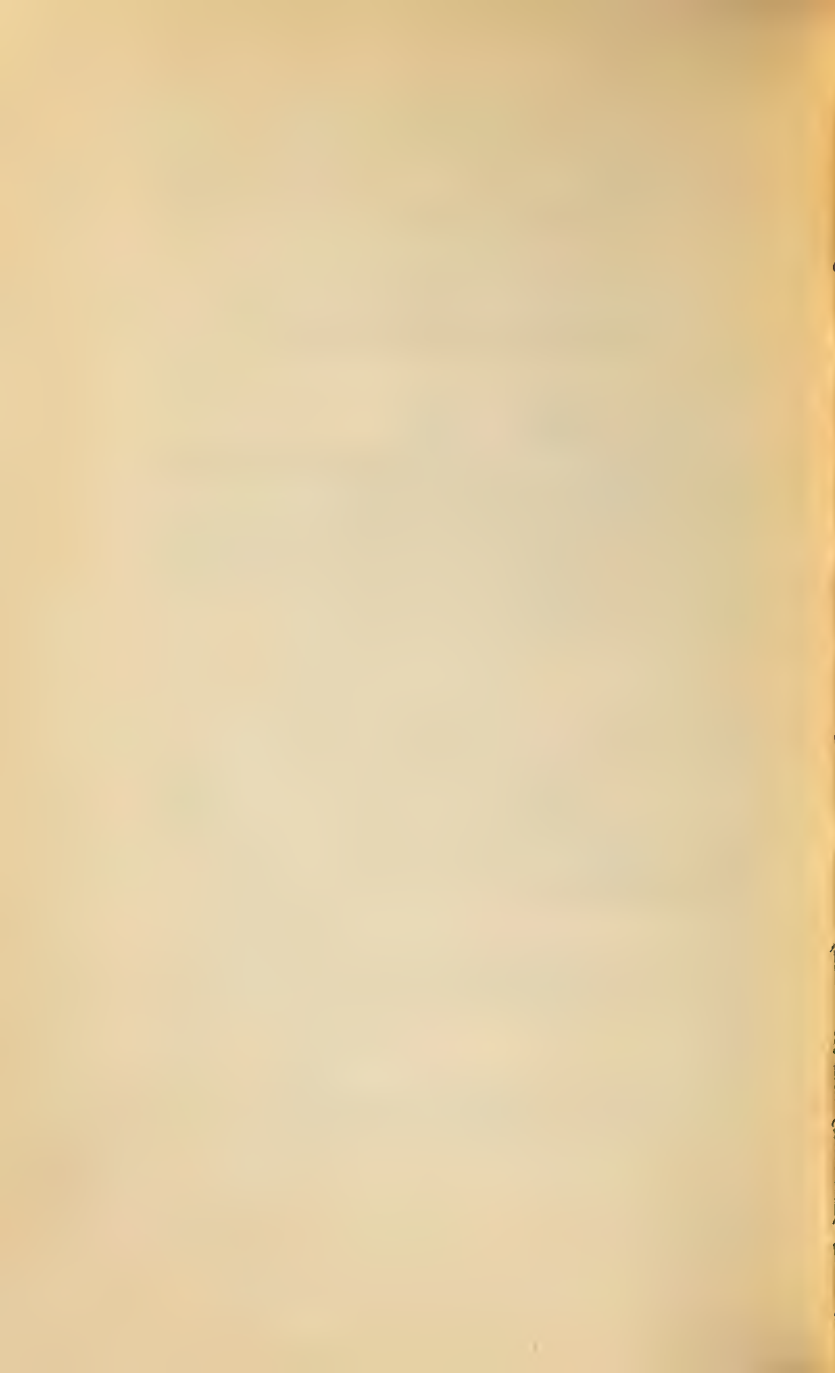
CARLOS. ¡Adiós!

DON FACUNDO. ¡Adiós, Madrid! ¿Pasará por
algún manicomio el tren de auxilio?

*Sigue mirando a uno y otro lado, con un palmo
de boca abierta, mientras cae rápidamente el telón.*

FIN

Madrid, diciembre, 1907.



ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
La zagala	5
Amor a oscuras	133
La casa de García	153
A la luz de la luna	255

TEATRO COMPLETO
DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

TOMO I. — PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino.—Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

TOMO II. — COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes.

TOMO III. — COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

TOMO IV. — SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno. Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

TOMO V. — COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

TOMO VI. — COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

TOMO VII. — PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

TOMO VIII.— COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.
La musa loca.—Herida de muerte.

TOMO IX. — COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

TOMO X. — SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

TOMO XI. — COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo.—Las de Caín.—Sin palabras.

TOMO XII. — COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

TOMO XIII.— PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cuatro palabras.—Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo. Palomilla.

TOMO XIV.— COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

TOMO XV. — COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú
quieras.—Malvaloca.—La cuerda sen-
sible.

TOMO XVI. — SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas.
El patinillo.—La muela del Rey Farfán.

TOMO XVII. — COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena
Teruel.

TOMO XVIII.— COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales. — La consulesa. — Dios
dirá.—El corazón en la mano.

TOMO XIX. — PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace
reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de
Juanillo el de Molares.—Hablando se
entiende la gente.—Chiquita y bonita.
Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—
La historia de Sevilla.—Lectura y es-
critura.—Pesado y medido.—Secretico
de confesión.

TOMO XX. — COMEDIAS Y DRAMAS]

El Duque de Él.—El ilustre huésped.
Cabrita que tira al monte...

TOMO XXI. — COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.
Pipiola.

TOMO XXII. — SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña.
El amor bandolero.—Isidrin o Las
cuarenta y nueve provincias.—Bec-

queriana.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

TOMO XXIII. — COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona.—Pedro López.—La calumniada.

TOMO XXIV. — COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

TOMO XXV. — PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.—La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.—Ganas de reñir.—Y otras.

TOMO XXVI. — COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro

TOMO XXVII. — COMEDIAS Y DRAMAS

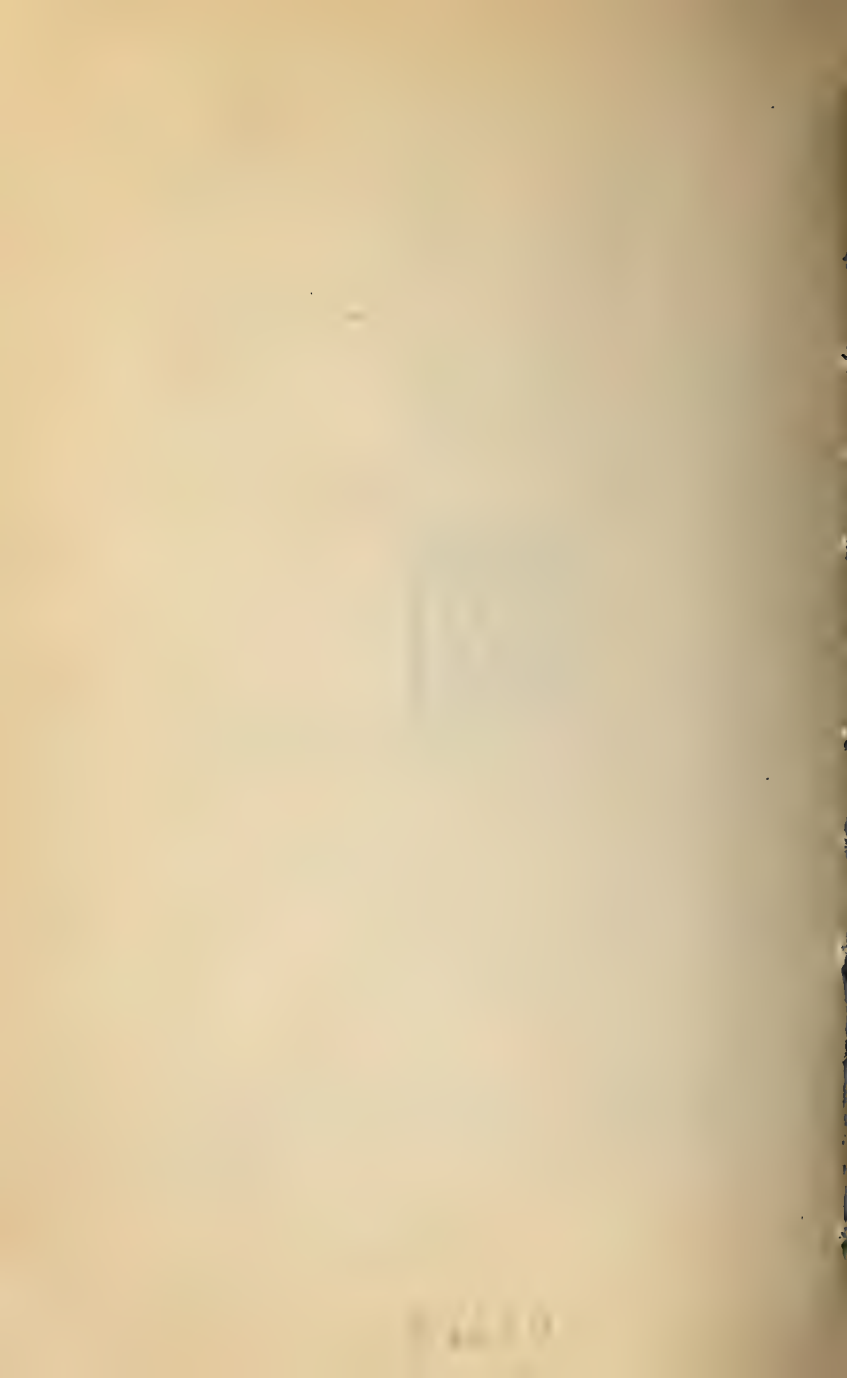
Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

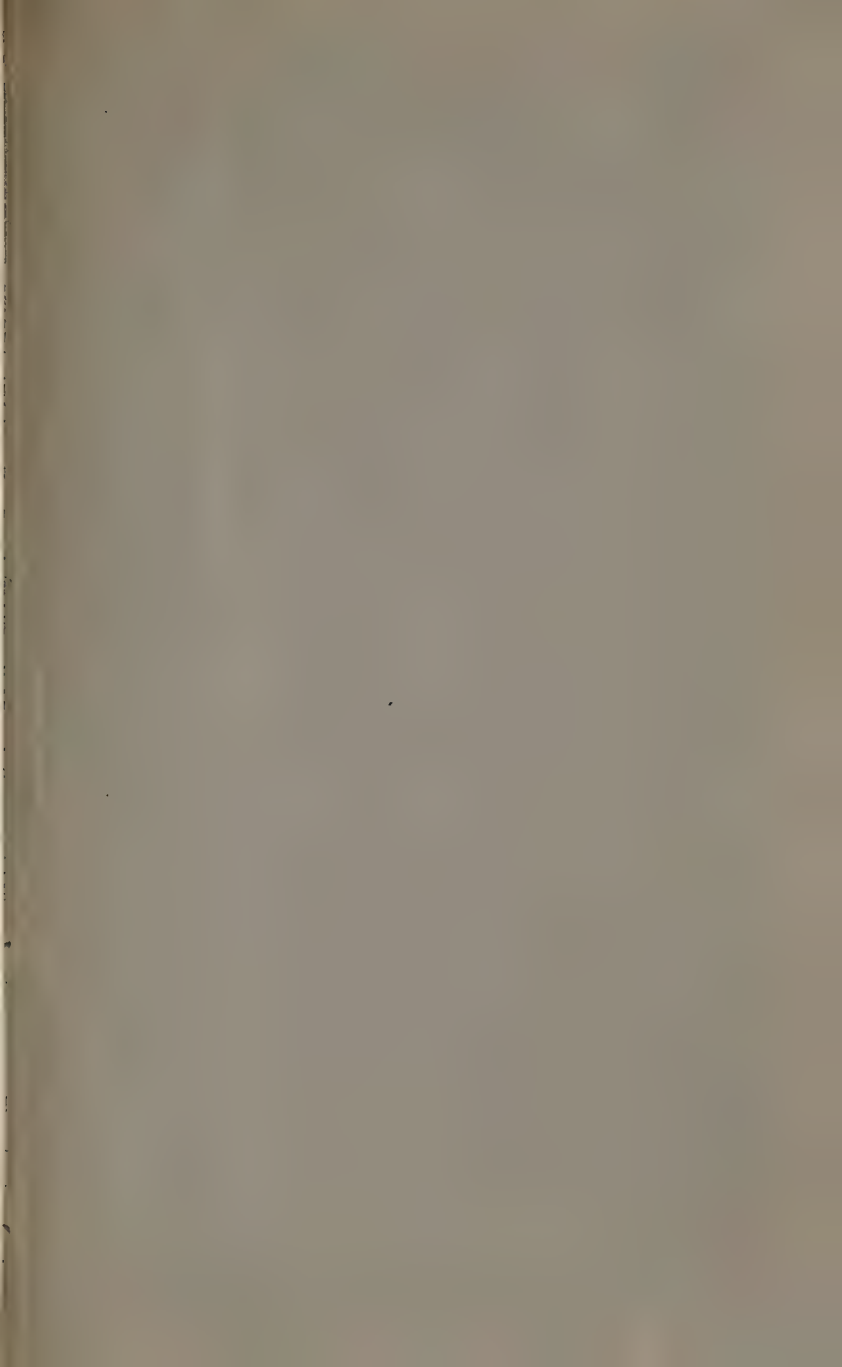
TOMO XXVIII.— SAINETES Y ZARZUELAS

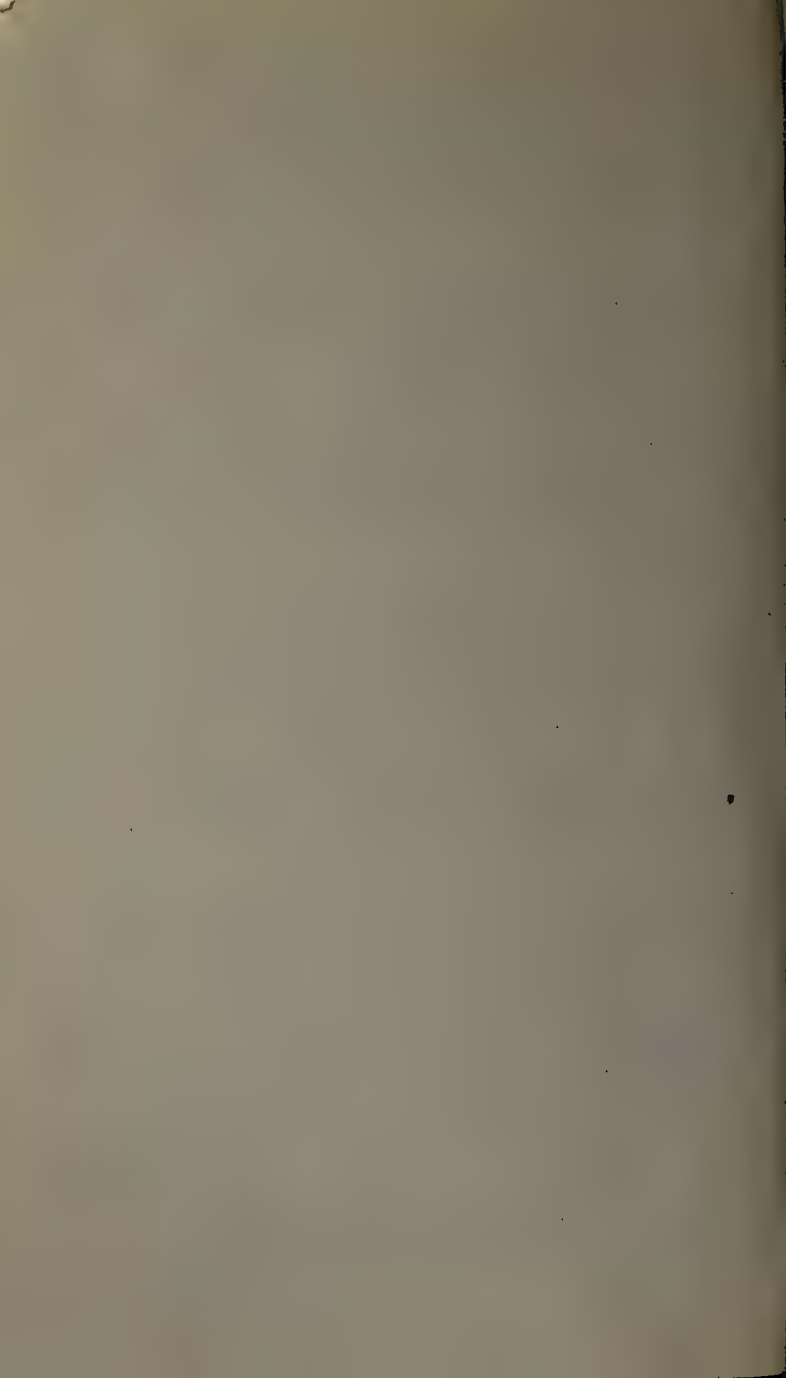
Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

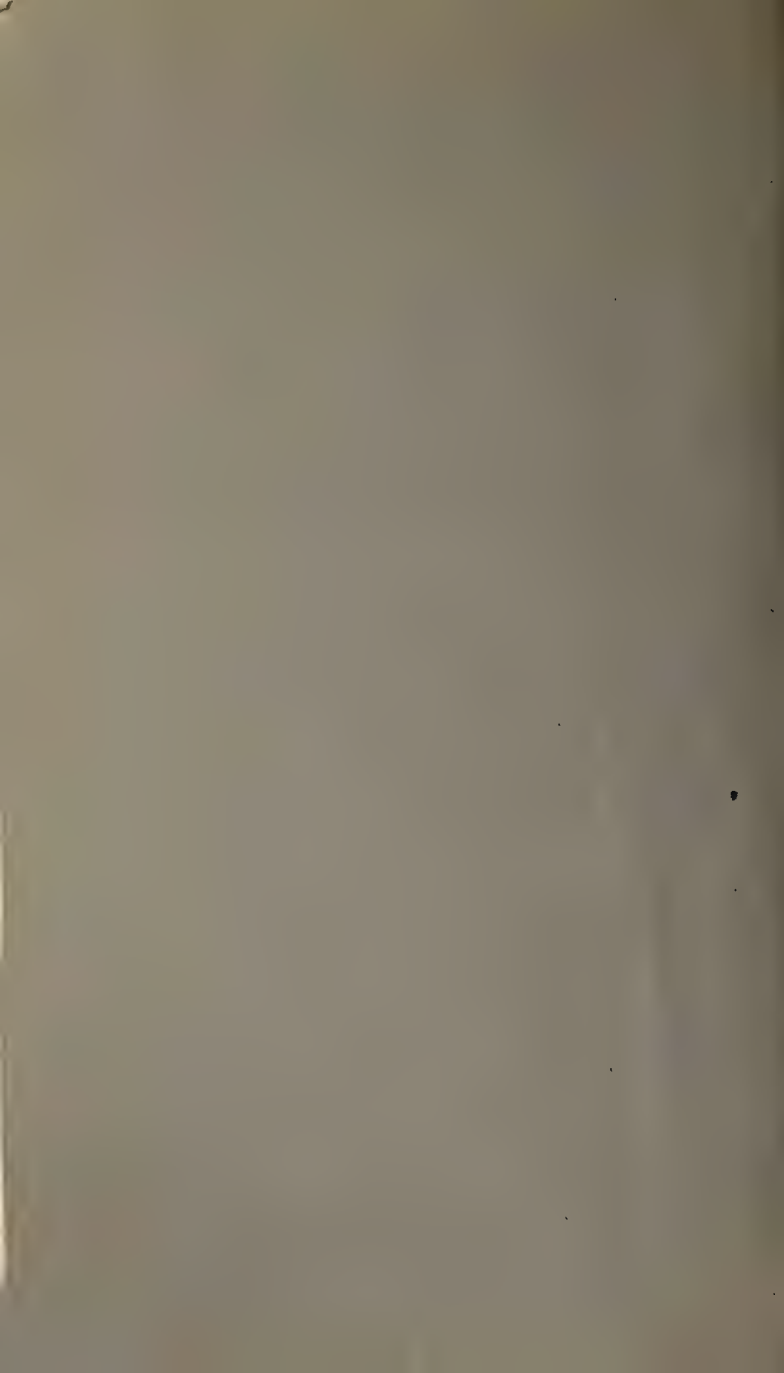
Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Alvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

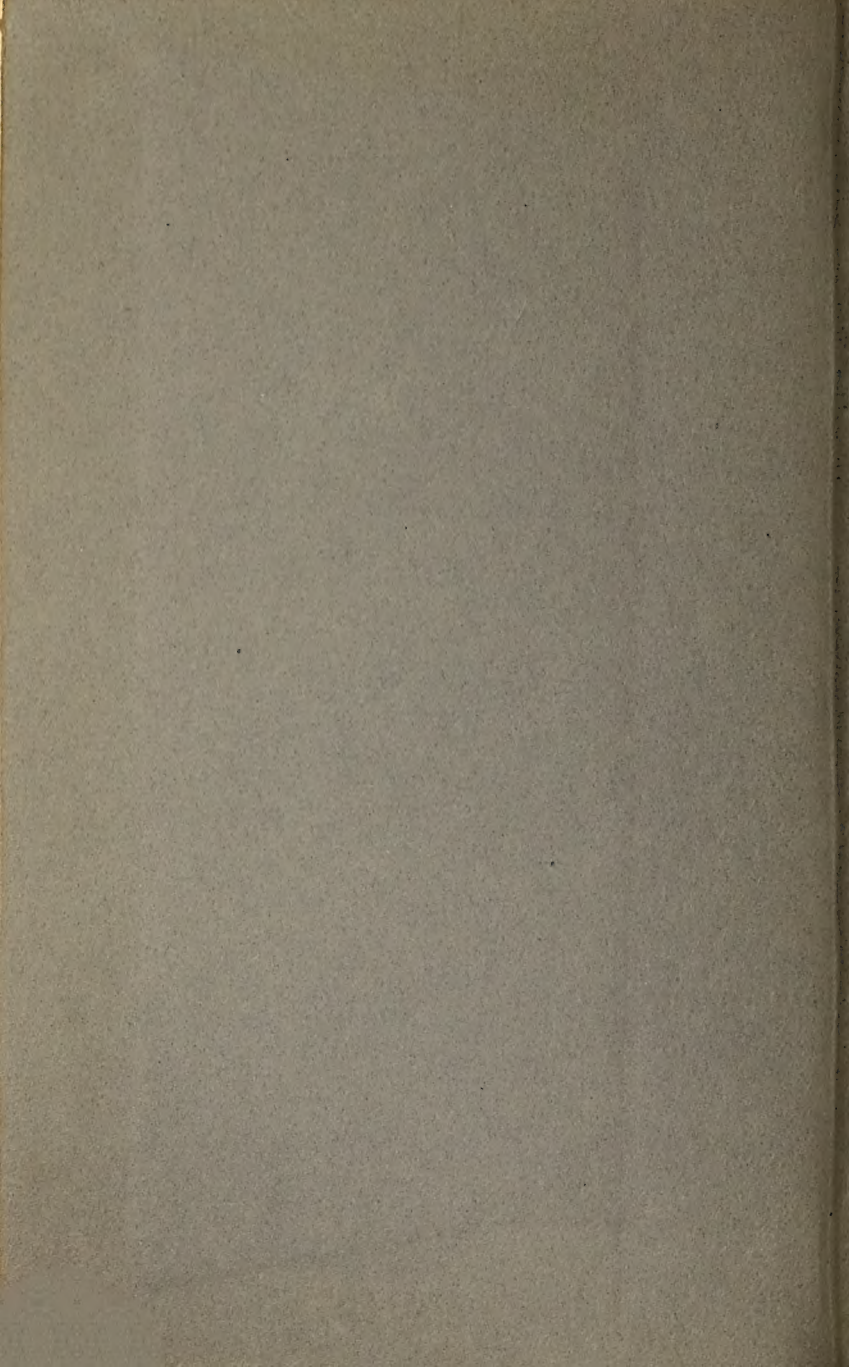














3 0081 007 948 718